
Harlequin
Jazmín™
Teresa Carpenter
El regalo del playboy

El regalo del playboy

Teresa Carpenter

6º Los Hermanos Sullivan



El regalo del playboy (2011)
Título Original: The playboy's gift (2011)
Serie: 6º Los Hermanos Sullivan
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2452
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Rett Sullivan y Skye Miller

Argumento:

De mujeriego empedernido… a padre de familia

Un bebé huérfano no era precisamente lo que Rett Sullivan quería como regalo, pero se encontró sumido en un mar de biberones, pañales y juguetes.

Skye Miller se sorprendió al saber que su difunto hermano y su cuñada habían dejado a su hija pequeña al cuidado de Rett, su primer amor y el mejor amigo de su hermano.

La única manera de proteger su corazón era ayudar al padre primerizo y a la niña a crear un vínculo antes de desaparecer discretamente. Pero ver a Rett meciendo al bebé con sus brazos fuertes hizo que a Skye le temblaran las rodillas…

Capítulo 1

—Gracias por venir, señorita Miller —el abogado le indicó a Skye que tomara asiento en uno de los sillones beis situados frente su escritorio—. Sé que es un momento difícil.

Sí, era un momento difícil. Diez meses después de la muerte de su hermano Aidan, habían enterrado a su cuñada, Cassie. Por raro que pareciese en la actualidad, Skye creía que la viuda de su hermano había muerto de tristeza. Cassie había caído en depresión tras la muerte de Aidan y nunca había logrado recuperarse.

Skye se sentó frente al abogado, preparada para hablar de la custodia de su sobrina huérfana, el precioso bebé al que Skye no se había permitido querer.

—En realidad no entiendo por qué estoy aquí —dijo mientras se sentaba en el sillón de cuero—. Creí que los padres de Cassie se quedarían con Ryann.

—Se lo explicaré todo en unos minutos —le aseguró Phil Bourne —. Estamos esperando a otra de las partes. Ah, ya está aquí.

—Skye —unas manos fuertes y cálidas la agarraron por los hombros con fuerza.

Rett Sullivan. El mejor amigo de Aidan. Y el primer amor de Skye.

La única persona que comprendería su dolor. La única persona que se había enseñado a olvidar.

De pronto todo le pareció demasiado y las lágrimas que había aguantado durante tanto tiempo amenazaron con superarla. Agachó la cabeza e intentó mantener las lágrimas.

—Les daré unos minutos —el abogado salió de la habitación.

—Sé lo sola que debes de sentirte —Rett se agachó a su lado. Un hombre alto, de pelo oscuro y hombros anchos apareció ante ella mientras sus ojos azules inspeccionaban su mirada castaña—. Espero que sepas que puedes llamarme cuando quieras. Los Sullivan te consideran de la familia.

Por supuesto. Los Sullivan.

—Grac… —se le cerró la garganta y terminó con un

asentimiento de cabeza.

—Oh, cariño —le puso un mechón de pelo detrás de la oreja—. Yo también lo echo de menos.

Skye cerró los ojos e intentó respirar. Pero era demasiado; había aguantado las lágrimas durante demasiado tiempo. Con un sollozo ahogado, se puso en pie con la intención de pasar frente a él para tener un momento de privacidad, pero en vez de eso acabó entre sus brazos.

Él la envolvió con los brazos, la apretó contra su cuerpo y deslizó los dedos por su pelo negro y corto.

Entonces Skye sintió la humedad contra la sien. Las lágrimas brotaron como prueba de la tristeza que Rett también sentía.

Skye no supo cuánto tiempo estuvieron llorando juntos, pero durante ese tiempo no se sintió tan sola. Rett olía tan bien, a jabón, a hombre y a especias. Era un olor familiar, casi como regresar a casa.

—Lo echo mucho de menos —dijo ella—. Y ahora Cassie nos ha dejado también.

—Lo sé.

—No puedo creer que los haya perdido a los dos.

—No nos dejarán mientras tengamos su recuerdo.

Eso habría sonado mal viniendo de cualquiera, salvo de Rett, que provenía de una familia unida que había sufrido pérdidas. Era un comentario destinado a consolarla, y por esa razón la ayudó. Pero no mucho.

Nada ayudaba excepto dejar de sentir.

—No es lo mismo.

—No —convino él.

Skye dio un paso atrás y lo miró a los ojos. Lo conocía desde hacía más de veinticinco años, lo había amado durante parte de ese tiempo, pero Rett no había estado en su vida durante mucho tiempo.

Había demasiada historia, demasiado dolor entre ellos como para poder estar cómodos. Skye se había reconciliado con ese hecho hacía mucho.

Pero durante aquellos minutos de pena compartida agradeció su presencia y su cercanía. Por esa razón se apartó y estiró los hombros.

—Ya estoy bien. Gracias —sacó un par de pañuelos de papel de la caja situada en el escritorio.

Rett aceptó el pañuelo, pero la observó atentamente.

—Nadie espera que seas fuerte en todo momento.

—Y llorar no soluciona nada. Disculpa, voy a lavarme —buscó el bolso a su alrededor—. Dile al abogado que volveré en unos minutos.

En el cuarto de baño se lavó las manos y la cara con agua fría. Eso ayudó a recuperar la compostura. El maquillaje y los minutos de soledad ayudaron más aún. Una respuesta a la pregunta que le rondaba por la cabeza sería de más utilidad.

¿Por qué estaba Rett allí para hablar de Ryann?

Con el bolso debajo del brazo, regresó al despacho del señor Bourne para encontrar sus respuestas.

—Rett Sullivan, el diseñador —oyó al abogado hablando con Rett al acercarse—. De Joyas Sullivan, ¿verdad?

—Sí —respondió Rett—. Mi hermano Rick se encarga de la parte empresarial. Aidan Miller era el gerente de la tienda del centro.

—Yo le compré el anillo de compromiso a mi esposa en Sullivan. Sois buenos. No tenéis las mismas cosas que tiene todo el mundo.

—Lo intentamos.

—Siento haberos hecho esperar —los hombres se pusieron en pie cuando Skye entró en la habitación. Ocupó su asiento y comenzó repitiendo su anterior comentario.

—Señor Bourne, por favor, díganos por qué estamos aquí. Como ya le he dicho, creía que los padres de Cassie se quedarían con Ryann.

—De hecho, no. El señor Gleason sufrió una apoplejía hace dos años, además son mayores. No creen que puedan hacerse cargo de un bebé. Se conforman con hacer visitas regularmente —Phil se recostó en su asiento y los miró desde el otro lado del escritorio—. Cassie les ha dejado a ustedes dos la custodia de Ryann.

Skye parpadeó y agachó la cabeza para disimular su expresión. ¿Cómo podía Cassie hacerle eso? La traición fue como arrancar una venda de una herida abierta.

Con Rett sentado a su lado, el pasado regresó y dejó al descubierto todas esas emociones dolorosas que había reprimido durante los años; la decepción, la esperanza perdida, la traición. La

pérdida.

Demasiada pérdida durante los años.

Debía de haber un error. No podía hacer eso.

—¿Señorita Miller? Señorita Miller, ¿se encuentra bien? —preguntó el abogado—. ¿Quiere un café, o agua?

—¿Qué? —sorprendida, Skye lo miró con los ojos muy abiertos—. Oh, lo siento —declinó la oferta con un movimiento de cabeza. Sabía que debía de estar blanca. Tal vez por eso no podía pensar; tenía el cerebro privado de oxígeno. Tal vez no tuviera nada que ver con el hecho de que acabasen de poner a su sobrina bajo su tutela—. Por favor, continúe. Como puede imaginar, estoy sorprendida. El señor Sullivan y yo no somos pareja. Y ninguno de los dos ha pasado mucho tiempo con Ryann.

—Siendo hija única, las opciones de Cassie eran limitadas, pero se mostró segura con su decisión.

—¿Cómo podía estar segura? No estoy preparada para criarla, y no le confiaría a Rett ni un cachorro…

—Oye —protestó Rett.

—Perdona. Pero ambos sabemos que eres un jugador y que no has estado al cuidado de un niño durante más de una hora o dos en tu vida.

Rett se encogió de hombros. No podía negarlo. Pero aunque ella no supiera por qué estaba allí, él sí lo sabía.

Aquello no era parte del plan. Aidan no tenía que morir. Rett no tenía que criar a Ryann. Skye no tenía que sufrir. Todo aquello hacía que le diera vueltas la cabeza.

—Cassie estaba a gusto con su decisión porque sentía que ustedes habrían sido la elección de Aidan. Si se niegan a seguir con esto, Ryann acabará en un hogar de acogida.

—Los Gleason…

—Podrían acceder a quedársela, pero creo que los Servicios Sociales estarán de acuerdo con su argumento de que son demasiado mayores.

—¿Los de Servicios Sociales nos evaluarán?

—Es la norma, sí.

—Bien —Skye se puso en pie y comenzó a dar vueltas de un lado a otro—. Yo quería a mi hermano, pero tengo un apartamento de un dormitorio. ¿Cómo va a funcionar esto?

—Ryann tiene un fondo a su nombre para su cuidado —dijo Bourne.

—Yo tengo mucho dinero —intervino Rett—. No es necesario tocar el fondo de Ryann.

Skye se volvió hacia él.

—¿Estás pensando seriamente en hacer esto? ¿Sabes que toda tu vida va a cambiar?

—¿Qué otra opción tenemos? Los Gleason son buena gente, pero estoy de acuerdo en que un bebé es demasiado para ocuparse de ella todo el tiempo. No podemos permitir que acabe en un hogar de acogida.

—Rick y su esposa se la pueden quedar —Skye ofreció al hermano gemelo de Rett, que estaba casado y con un hijo a punto de cumplir un año—. O alguno de tus otros hermanos.

—No. Tengo que ser yo. ¿Qué sucede, Skye? ¿Esto es por lo que ocurrió hace quince años?

—No es irrelevante —contestó ella—. El destino dejó muy claro que no éramos buenos padres.

—Antes no eras tan fatalista.

Skye dejó escapar una carcajada burlona. Rett la comprendía; había tenido un año muy duro. En lo referente a la pérdida de seres queridos, había tenido una vida dura desde que perdiera a su madre con sólo seis años.

—Eso fue hace mucho tiempo. Obviamente el destino tiene un nuevo mensaje para nosotros, cortesía de Cassie. No puedo permitir que Ryann acabe en un hogar de acogida, Skye.

—¿Por qué tienes que ser tú?

—¿Qué?

—Rick también era amigo de Aidan. Ambos sabemos que él se quedaría con Ryann. Has dicho que tenías que ser tú. ¿Por qué?

Rett maldijo en silencio. Debería haber sabido que Skye era demasiado lista para dejarse engañar. ¿La verdad o la mentira? No le importaba prevaricar para ahorrarle más sufrimiento, pero tampoco quería comenzar una asociación fundamentada en una mentira.

¿Por qué Aidan no se lo había contado? Porque no había manera de que Rett se lo dijera sin causarle dolor. Y Skye ya había sufrido demasiado.

Sin embargo, tenía que pensar en Ryann.
—Porque es mi hija.

Capítulo 2

Skye se quedó completamente quieta. No podía haber oído lo que creía haber oído.

—Aidan era el padre de Ryann.

—No.

—Claro que sí.

—Skye —Rett se levantó, se acercó a ella e intentó agarrarle las manos. Pero Skye se apartó—. Skye, ya sabes que Aidan y Cassie tuvieron problemas para concebir.

—Sí —se le aceleró el corazón al pensar en ello—. Usaron un donante —tomó aliento y lo soltó lentamente. Si quería superar aquello, tenía que mantener la calma—. Tú.

—Sí.

Bourne se puso en pie tras el escritorio.

—Les daré unos minutos.

—No es necesario —dijo Skye—. Me marcho —se dio la vuelta, agarró el bolso, se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Skye, espera —Rett la siguió y, al llegar al despacho de fuera le agarró la mano—. No te vayas.

—Déjame en paz —Skye le dio un manotazo y llegó a la puerta de fuera.

—Skye, por favor, no te vayas —la interceptó en el patio del edificio—. Siento que te hayas enterado así. Siento que nuestro pasado haga que esto sea difícil. Pero hay un asunto más importante.

—Eso es. Tu hija.

—Sí. ¿Y tienes idea de lo raro que es para mí decir eso? ¿Crees que es fácil para mí? Se suponía que esto no debía ocurrir.

—Oh, sí, pobre Rett. No creo que Aidan o Cassie estén muy contentos tampoco.

—Tienes razón. Pero estoy intentando hacer lo correcto. Ryann es inocente. No lo conviertas en algo personal.

Los recuerdos de su aborto aparecieron en su mente; la pena mezclada con el alivio. La pérdida del bebé siempre iba relacionada

en su cabeza con la pérdida del hombre que había sido amigo y amante.

Y ahora otro bebé unía sus destinos. Otro bebé con otra mujer.

Aquello no debía tener poder para hacerle daño, pero sí se lo hacía.

—Oh, Dios —se sentó lentamente en un banco de piedra que rodeaba una fuente—. Entonces quédatela tú. No me necesitas.

—Sí te necesito. Tienes razón cuando dices que nunca he cuidado de un niño durante más de una hora o dos. Y eso ha sido inusual. Pero lo más importante es que Ryann te necesita. Tú eres su familia.

—No lo soy —¿y por qué aquello le dolía tanto cuando nunca se había permitido estar muy unida a Ryann? Claro, veía a la niña cuando visitaba a su hermano, incluso había hecho de canguro algunas veces, pero siempre mantenía sus emociones bajo control.

—La familia no son sólo los lazos de sangre.

Skye se frotó la frente, que empezaba a dolerle. Rett estaba pidiéndole demasiado. Cada vez que tomase a Ryann en brazos, se acordaría del bebé que había perdido.

—Tus cuñadas pueden ayudarte.

—No es tan fácil —le aseguró él—. Ellas tienen sus propias familias, y trabajos a jornada completa. Estoy seguro de que ayudarán cuando puedan, pero Ryann está cómoda contigo —se sentó a su lado—. ¿De verdad puedes darle la espalda a la hija de Aidan? Yo puse el ADN. Él la adoraba.

En eso tenía razón. Aidan había sido su hermano mayor, su héroe. Nunca se perdonaría a sí misma si lo defraudaba en eso.

—Por favor, vuelve al despacho. Terminemos de oír lo que el abogado tenga que decir.

Skye agachó la cabeza y le permitió que la guiara de vuelta al despacho de Bourne.

De pie junto a la ventana, con los brazos cruzados como para mantener la compostura, preguntó:

—¿Cómo vamos a hacerlo?

El abogado básicamente repitió lo que él ya había esbozado y les recordó que los de Servicios Sociales se pondrían en contacto con ellos.

—Ryann tiene asignado un trabajador social que podrá hacer

visitas sorpresas a su hogar e incluso a su trabajo. Su labor es asegurarse de que Ryann esté en un entorno seguro y favorable. Mi consejo es que sean ustedes mismos.

—Claro —Rett frunció el ceño, pero asintió—. Parece que yo tengo la mayor responsabilidad, así que me la quedaré primero.

—Si quieren un consejo más —dijo Bourne—, Ryann ya está traumatizada. Yo tengo hijos y puedo asegurarles que el cambio puede afectarles mucho. Sugeriría que se instalara en una residencia fija hasta que lo supere… hasta que se acostumbre a ustedes dos.

—¿Entonces ya es definitivo? —preguntó Rett—. ¿Ryann es nuestra ahora?

—Sí. Está con los Gleason. Lo único que tienen que hacer es ir a recogerla.

* * *

El móvil de Skye vibró por tercera vez en pocos minutos. Normalmente no contestaba al teléfono mientras estaba trabajando, pero lo había dejado encendido porque ahora tenía que pensar en Ryann.

Y no le cabía duda de quién estaría intentando localizarla. Rett ya la había llamado para saber si la niña tomaba biberón y qué cosas comía.

Skye se había ido directa desde el despacho del abogado a la cena de ensayo que tenía que fotografiar esa noche, así que no había estado con Rett cuando éste había ido a recoger a Ryann.

—Rett —le dijo cuando contestó la llamada—, estoy intentando trabajar.

—No te llamaría si no necesitara ayuda —Rett parecía desesperado—. No ha parado de llorar desde que la he recogido —los llantos de la niña se oían a través del teléfono—. Y no deja de preguntar por su madre.

—Está traumatizada. Has de tener paciencia.

—Superé el límite de mi paciencia hace una hora.

—¿Qué necesitas?

—Estoy intentando cambiarle el pañal. Necesito que me guíes en el proceso.

—¿En serio? —¿qué había que saber? Se quita el sucio y se sustituye por uno limpio—. ¿Lleva pañal o calzoncillos desechables?

—¿Qué? No sé. ¿Qué diferencia hay?

—Cassie estaba intentando enseñarle a usar el orinal. Los pañales tienen solapas. Los calzoncillos son como braguitas desechables.

—Lleva pañal.

—Bien —lo guió a través del proceso hasta el final—. Probablemente esté tan cansada como tú. Intenta darle un vaso de zumo en una habitación oscura. Prueba a poner música baja.

—¿Crees que con eso se dormirá?

—Esperemos que sí —intentó sonar optimista en su respuesta—. Si no, llámame y me pasaré por ahí cuando haya acabado aquí.

—Cuenta con ello —los llantos se intensificaron y Skye adivinó que había tomado a Ryann en brazos—. Gracias por la ayuda.

Skye regresó al trabajo y rezó por el bien de todos para que Ryann consiguiese dormirse.

Skye recorrió el camino hacia la puerta principal de Rett.

Maldición. Maldición. Maldición.

La idea de dejar que Rett volviese a entrar en su vida la disgustaba tanto como la idea de quedarse con Ryann. Había luchado mucho durante los últimos diez años para encontrar un lugar de paz en su interior inmune al daño.

Una podía aguantar determinada cantidad de sufrimiento antes de cerrarse emocionalmente, y Skye había llegado a ese punto tras romper con su ex. Perder a Aidan y después a Cassie era un simple recordatorio de que al querer a alguien se exponía a más dolor.

Había tenido una cena de ensayo que fotografiar el viernes por la noche y una boda el sábado, así que le había dicho a Rett que se pasaría por su casa el domingo. Mientras trabajaba le había dado vueltas al asunto, había intentado imaginarse su vida con Ryann, y la imagen le ponía el vello de punta.

No podía hacerlo. No podía arriesgar su corazón una vez más. Así que ayudaría a Rett y a Ryann a conocerse, a que establecieran un vínculo, y después saldría de sus vidas.

Eso significaría tener que aguantar a Rett, pero Skye podía

hacerlo. Al fin y al cabo, el pasado era pasado. No tenía que ser su amiga; simplemente tenía que ser cordial.

Ése era su plan: dejar el pasado al margen, mantener la distancia emocional y crear un vínculo entre Rett y Ryann.

Así que sonrió y se preparó para hacerse la simpática mientras llamaba al timbre. La casa de Rett era un rancho de una sola planta en Point Loma, un bonito barrio situado en el extremo de San Diego.

Por supuesto abrió la puerta con unos pantalones de chándal grises y nada más, y con una Ryann gritona en brazos.

—Gracias a Dios —dijo mientras le ponía el bebé en brazos.

—No pasa nada, cariño —Skye se centró inmediatamente en Ryann, calmándola y frotándole la espalda. La niña, de veinticuatro meses, parecía muy ligera en sus brazos.

Cuando Ryann se calmó lo suficiente como para reconocer una voz y un cuerpo nuevos, se echó hacia atrás para ver quién la tenía en brazos.

—¿Mamá? —preguntó esperanzada.

Desolada, Skye negó con la cabeza, incapaz de decir en voz alta que Cassie se había ido.

Ryann frunció el ceño, apoyó la cabeza en el hombro de Skye y siguió sollozando.

Skye miró a Rett y en sus ojos vio paciencia y comprensión.

—Lo sé —dijo él mientras le acariciaba el pelo a la niña—. Se te rompe el corazón.

Era cierto. Ni siquiera Skye era inmune al dolor de un bebé. La meció suavemente y buscó algo para distraerse. Se fijó en los pies descalzos de Rett. No le sorprendió. Si estaba en casa, no llevaba zapatos. En cuanto al resto, intentó no quedarse mirando sus hombros anchos y bronceados, sus abdominales definidos y sus fuertes bíceps.

No era exactamente la distracción que habría elegido, pero su cuerpo duro y atlético hacía que resultara difícil apartar la mirada.

—Pues bien, Skye —dijo él, se quedó mirándola, luego miró hacia la calle tras ella y frunció el ceño.

Skye siguió su mirada, pero no vio nada de interés.

—Pues bien, Rett. ¿Esperabas a alguien más?

—He pedido pizza. Ambos nos morimos de hambre, pero ha

estado tan alterada que apenas he tenido tiempo de pedir la pizza —se apartó del umbral de la puerta para permitirle pasar.

—Tengo que hablar contigo —dijo ella mientras entraba.

—Pero antes de que empieces a gritar, deja que te asegure que esto no es culpa mía.

—Claro que es culpa tuya —Skye lo siguió hasta una habitación pintada en tonos grises y azules.

Él se sentó en un sofá gris oscuro y se pasó un brazo por la frente.

—Tenías que… hacer lo tuyo —dijo Skye en tono acusador.

—No es culpa mía que no lo supieras. Imaginé que Aidan te lo habría contado.

Skye se sentó en una silla sin reposabrazos y acomodó a Ryann en su regazo.

—¿Decirme que ibas a tener un bebé con mi cuñada? —preguntó, orgullosa de la firmeza de su voz—. No, mi hermano no me comentó ese pequeño detalle.

—Lo siento. Pero eso es cosa suya.

—Tú podrías habérmelo dicho.

—Nuestras conversaciones sobre bebés no suelen ir bien.

La voz de Rett sonaba algo rasgada.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—Estoy bien —contestó él, ignorando su enfermedad—. Es sólo un resfriado que intenta agarrárseme.

—Idiota. Si tienes un resfriado, entonces no estás bien —Skye se puso en pie y, reticente, se aproximó a su cuerpo medio desnudo. Le tomó la temperatura con una mano en la frente—. Estás algo caliente.

—Gracias por la información —dijo él.

—¿Te estás tomando algo?

Él agitó la mano vagamente en dirección a la parte de atrás de la casa.

—Probablemente tenga que tomarme otra dosis —cerró entonces los ojos—. Lo siento. No estoy en mi mejor momento. Siento como si tuviera un mazo golpeándome en la cabeza.

De pronto Ryann se apartó de Skye.

—Mamá —gritó entre llantos.

Rett se estremeció.

Skye comenzó a dar vueltas de un lado a otro mientras mecía suavemente a Ryann. Al ver que la niña se negaba a calmarse, le dirigió una mirada a Rett. Estaba sentado hacia delante en el sofá, con las manos entrelazadas frente a él y mirándolas fijamente.

—Pues vas a tener que aguantarte —le dijo ella—. Ponte una camiseta y unos zapatos. Vamos a llevarla a dar un paseo. Eso hará que se duerma durante un rato.

—Adelante. Yo la he tenido durante dos días. Ahora es tu turno.

—Ah, no. Tú eras el que estaba ansioso por hacer esto. Yo estoy aquí para ayudar, no para hacerme cargo.

—Hazme el favor. Estoy enfermo.

—Acabas de decir que estás bien.

—Vamos, tengo que descansar.

—Y yo tengo que trabajar esta tarde, pero estoy aquí. Mueve el culo.

—Bueno, si me lo pides tan amablemente… —se puso en pie y se dirigió hacia la parte trasera de la casa. La pesadez de sus movimientos indicaba lo mal que se sentía. Normalmente se movía con seguridad y elegancia.

Skye lo siguió por el pasillo buscando la habitación de Ryann para cambiarla. Pasó por delante de un despacho, un gimnasio, un estudio-taller y una sala de audiovisuales. Todas las habitaciones estaban decoradas con muebles sólidos y texturas intensas. Pero no había rastro de Ryann en ninguna de ellas. Skye regresó al salón y encontró la bolsa de los pañales junto a la silla donde había estado sentada.

Ya había cambiado al bebé cuando Rett regresó, vestido con un polo rojo y unos vaqueros azules. Skye le entregó la bolsa de los pañales y ambos salieron a la calle, donde había un deportivo aparcado junto a un enorme Cadillac. Rett sentó a Ryann en su silla, Skye se subió al utilitario y advirtió el olor a coche nuevo. Pocos minutos más tarde ya estaban en la carretera.

Ryann siguió llorando mientras Rett se dirigía hacia la autopista 8, pero cuando llegaron se quedó dormida rápidamente.

—¿Qué te hace pensar que iba a ponerme a gritar? —preguntó Skye mirando al frente.

—Según Aidan, crees que soy responsable de todo lo malo que ha ocurrido en los últimos cincuenta años, desde la Guerra de Vietnam hasta el 11 de Septiembre, pasando por las abejas asesinas procedentes de México.

—Eso es ridículo —dijo ella—. Tú no llevas vivo cincuenta años.

¿Por qué iba a decir Aidan tal cosa? Ella sólo culpaba a Rett de una cosa: romperle el corazón. Tal vez ésa fuera la manera de Aidan de protegerla de más dolor. Tal vez siempre que Rett preguntaba por ella, Aidan lo desalentaba diciendo lo mucho que lo despreciaba.

—Eso es lo que dije yo —Rett tosió, giró la cabeza y estiró el cuello a un lado y a otro para combatir el cansancio.

Skye frunció el ceño, inquieta por las señales de su letargo. Rett irradiaba un calor que no tenía nada que ver con la fiebre, y sí con el hecho de que sus cuerpos se reconocían. La química nunca había sido su problema.

¿Con qué frecuencia habría preguntado por ella?

Decidió que sería mejor no preguntar eso.

—¿Te has tomado alguna medicina? —preguntó en su lugar.

—Estoy bien —declaró él antes de mirarla—. Sé que te cuesta asumir todo este asunto, pero necesito que lo superes de una vez.

Capítulo 3

La brusquedad de sus palabras fue como un puñetazo para Skye.

Obviamente la pérdida de su bebé no le había atormentado a él durante los años tanto como a ella.

—Lo dice el hombre que me ha pedido ayuda. Recuérdame otra vez por qué accedí a esto.

—Porque esto es culpa de Aidan y él no está aquí, así que te toca a ti arreglar sus errores.

—Eres tú el que tiene complejo del deber.

—¿Acaso habrías permitido que Ryann se fuese a un hogar de acogida?

Skye se giró para mirar por la ventanilla, pero sin ver nada. ¿Cómo podía responder a eso sin parecer una zorra despiadada? Con la verdad, por mucho que le doliese admitirlo.

—No. No lo habría permitido.

—¿Entonces puedes dejar ya esa actitud para que podamos empezar a trabajar juntos? Yo también tengo trabajo. Y otras obligaciones, al contrario que tú, que he tenido que dejar en un segundo plano durante estos últimos días.

—Pobre Rett, agobiado por el peso de la paternidad.

—Al menos yo no me caso con un bobo para solucionar mis problemas.

Skye se estremeció con el recuerdo. «Bobo» era la palabra que Aidan usaba para referirse a su ex. Pero no pensaba abrir esa puerta con Rett.

—Mi vida no es asunto tuyo.

—No. Pero la de Ryann sí lo es.

—Es una obligación para ti. No finjas lo contrario.

—Skye —Rett intentó agarrarle la mano, pero ella la apartó.

—Ni lo sueñes.

—Mira, sé que te sientes muy sola. Pero esto será más fácil si trabajamos juntos. Podemos establecer un horario y seguir con nuestras vidas.

—Podrías contratar a una niñera y dejarme a mí al margen.

—Eso no va a ocurrir. Lo de la niñera no es mala idea, pero Ryann te necesita.

—No puedes contar conmigo. Podría marcharme —dijo ella con los dientes apretados—, o casarme con otro bobo.

—Estoy dispuesto a arriesgarme —la sorprendió agarrándole la mano izquierda con fuerza—. Es mi hija, Skye.

—Sigues diciendo eso como si significara algo para ti —intentó soltarse, pero Rett seguía apretándole la mano con fuerza.

—Sabes que sí significa. La familia es importante para mí.

—Criar a un niño requiere algo más que sentido del deber —Skye agitó la mano libre y señaló en la dirección en la que habían venido—. Tu casa es un apartamento de soltero. Ni siquiera tienes habitación de invitados.

—¿Qué? ¿Has estado fisgoneando mientras me cambiaba?

—Estaba buscando un lugar en el que cambiar a Ryann, así que he mirado en las habitaciones del pasillo.

—Muy bien —contestó él.

—Simplemente me he asomado a algunas habitaciones con la puerta abierta. No me he puesto a rebuscar en tus cajones —volvió a tirar de la mano para intentar soltarse.

—¿Y aun así te sientes cualificada para criticar?

—Sí. La verdad es que sí. No había cuna, ni cambiador, ni cómoda. Encontré lo que necesitaba en la bolsa de los pañales, ¿pero qué ocurrirá cuando se acaben?

—Tengo una maleta y algunas provisiones en mi habitación. Aunque no te debo ninguna explicación.

Frustrada, Skye apartó la mirada, tomó aliento y contó hasta cinco mientras lo expulsaba. Más calmada, volvió a mirarlo.

—Suéltame —dijo muy despacio.

Él negó con la cabeza y le acarició la palma de la mano con el pulgar, lo que le produjo un escalofrío por la espalda.

—¿Estar cerca de mí te molesta? —preguntó con voz rasgada.

—Estar en el mismo estado que tú me molesta. Intenta no desviarte del tema.

—¿Por qué no contestaste a mis llamadas? —entrelazó los dedos con los suyos y creó una intimidad que ella luchó por ignorar.

—¿Qué? —pero sabía de lo que hablaba. Rett había llamado tres veces desde el funeral de Aidan—. No creía que tuviéramos nada de

lo que hablar.

—Hemos sido amigos desde que teníamos diez años.

—Yo tenía siete, y eso fue hace mucho tiempo. Ya no somos las mismas personas.

—Tenías seis. Pero siempre te gustó redondear tu edad hacia arriba.

—Ya no, lo cual demuestra que hemos cambiado —se volvió entonces hacia él—. Necesito que me sueltes.

Él suspiró.

—No puedo. Lo cierto es que te necesito. Voy a criar a mi hija. Pero no sé lo que estoy haciendo y ella es la que sufre en consecuencia. No quiero que venga una niñera a encargarse de todo. Y no quiero que mi familia se apiade de mí.

Su sinceridad removió algo en su interior que exigía una respuesta sincera.

—Me da miedo que vuelvan a hacerme daño —susurró con un nudo en la garganta.

—Skye, tienes que saber que nunca quise hacerte daño…

—Tú no —dijo ella—. Ryann. No puedo quererla. No puedo perder a otro bebé.

Rett le extendió los dedos y le colocó la mano sobre el corazón antes de soltarla.

—Yo no soy el malo aquí, Skye.

—Maldito seas —Skye apretó los dedos, le dio un golpe y después dejó caer el brazo—. No puedo hacer esto.

De pronto habían parado a un lado de la carretera y él la había tomado entre sus brazos. Ella se resistió débilmente, pero la tenía sujeta con fuerza. Finalmente se quedó quieta. En un minuto seguiría luchando. En un minuto, cuando él menos lo esperase, se apartaría del consuelo de sus brazos, de la caricia de su mano sobre su pelo.

—No seas amable conmigo, Rett. Estoy bastante segura de que tuviste algo que ver con todo el asunto de las abejas asesinas.

Rett la agarró con más fuerza y Skye sintió su sonrisa contra la sien.

—Sólo soy un simple joyero. No sé nada de esas cosas.

Skye se apartó de él, ya que se sentía demasiado cómoda a su lado.

—«Simple» no es una palabra que usaría para describirte —además estaba siendo modesto. La empresa familiar debía parte de su éxito a los espectaculares diseños de Rett, así como al sentido empresarial de su hermano gemelo.

De pronto un ataque de tos sacudió su cuerpo. Sacó un pañuelo y se sonó la nariz. Después se aclaró la garganta y miró por encima del hombro para ver cómo estaba Ryann. Cuando volvió a mirar hacia delante, Skye vio lo mucho que el resfriado había afectado a su energía.

Tras mirar por el retrovisor, puso la furgoneta en marcha y regresó a la autopista.

Skye volvió a mirar por la ventana, pero en esa ocasión sí vio algo a través del cristal. Frunció el ceño al darse cuenta de que estaban al otro extremo de El Cajon. No le había dado importancia cuando Rett se había dirigido hacia el este por la 8, pero aquello era algo más que un simple paseo para calmar a Ryann.

—¿Dónde vamos?

—A la cena del domingo.

—¿A casa de tu abuela? —no, no, no. Skye no estaba preparada para enfrentarse a la familia Sullivan en masa.

—Sí. Iba a saltármela hoy porque Ryann no dejaba de llorar. Pero cuando sugeriste ir a dar un paseo, me di cuenta de que lo que ambos necesitamos es una familia. Podré decírselo a todos al mismo tiempo.

—¿Decirles qué?

—Que Ryann es hija mía.

—¿No se lo has dicho?

—Antes no había razón para decírselo, y no ha habido oportunidad desde la muerte de Cassie —la miró con una sonrisa y siguió conduciendo—. No te preocupes, siempre hay suficiente para todos.

—Prepárate —le dijo Rett guiñándole el ojo poco después mientras abría la puerta.

Skye tomó aliento y lo siguió hasta una sala llena de gente. Hombres, mujeres, niños y una anciana diminuta de pelo gris se lanzaron sobre Rett como si no lo hubieran visto en años.

Los Sullivan, en masa.

Rett tenía cinco hermanos incluyendo a su gemelo, todos

casados, y a juzgar por el número de niños y de bebés, todos estaban procreando. Parecía que toda la familia se había reunido para la cena del domingo. El aroma apetecible de la comida italiana inundaba el aire.

—Skye —Rick, el gemelo de Rett, fue el primero en verla. Caminó directo hacia ella, colocó al bebé que llevaba sobre uno de sus brazos y la abrazó con el otro—. ¿Cómo lo llevas? Siento mucho no haber ido al funeral de Aidan.

Los Sullivan no habían podido ir al funeral de Aidan y ella lo comprendía porque sabía que por aquella época estaban todos en Europa para la inauguración de la nueva tienda internacional. Pero Rett sí había estado allí. Había renunciado a la inauguración y a la celebración del centenario para asistir al funeral.

—Recibí las flores y la tarjeta. Cassie agradeció tu generosidad.

—No puedo creer que la hayamos perdido a ella también —dijo Rick—. Era tan joven.

—Nunca superó lo de Aidan. Al final simplemente dejó de luchar.

Rick frunció el ceño y, aunque era más conservador en el estilo que Rett, de pronto se pareció completamente a su hermano.

—Eso no está bien. Debería haber pensado en Ryann.

—Sí —convino Skye. Cassie había sido su amiga, pero había dejado a su hija indefensa. A Skye le costaba perdonarle eso.

—Rick —una mujer pelirroja de ojos verdes se acercó a él y entrelazó el brazo con el suyo. Rick la saludó con un beso.

—¿Te acuerdas de mi esposa, Savannah?

—Sí, nos conocimos en el cumpleaños de la abuela el año pasado —dijo Skye—. No puedo creer lo mucho que ha crecido la familia —todos los hermanos estaban solteros cuando ella había regresado a San Diego seis años atrás.

—Lo sé. Está fuera de control —contestó Rick con una sonrisa—. Pero somos felices. Ven a conocer a todo el mundo —levantó al bebé que tenía en un brazo y lo giró para mirar a Skye—. Éste es mi hijo, Joey.

—Es precioso —el niño debía de tener un año de edad y el mismo pelo oscuro que su padre y que su tío Rett. Skye vio enseguida la similitud entre Ryann y él.

Y de pronto se dio cuenta de que Ryann formaba parte de

aquella familia que aún creía en las cenas de los domingos. Debería alegrarse por ella, y lo hacía; pero al mismo tiempo nunca se había sentido más sola.

A veces el precio de proteger su corazón era demasiado alto.

—Disculpa —abrumada de pronto, se excusó y se dirigió hacia la puerta en busca de aire y soledad. No recorrió más que unos pasos antes de que otro hermano la interceptara e hiciera más presentaciones. Cuando ocurrió por tercera vez, se obligó a relajarse y a dejarse llevar.

Se había criado con aquellos chicos. Su padre había sido el joyero jefe para Joyas Sullivan durante veintiocho años. Ella perdió a su madre en torno a la misma época en la que los Sullivan perdieron a sus padres. La abuela comenzó a llevar a Rett y a Rick a la tienda los fines de semana, y su padre los llevaba a Aidan y a ella también. Juntos habían jugado en la trastienda de la joyería. A veces jugaban juntos también con el resto de los Sullivan allí, en la finca de la abuela, en Paradise Pines.

Ford, el más joven de los hermanos, estaba presentándole a sus gemelos de cuatro años cuando Rett pasó junto a ella y le entregó una soda de naranja. Skye se quedó mirándolo mientras se alejaba. ¿Se acordaría de que aquélla era su bebida favorita o habría sido una elección aleatoria?

—Skye Miller, ven aquí, hija mía —Matilda Sullivan, la abuela, arrastró a Skye para darle un fuerte abrazo y ofrecerle sus condolencias.

—Me alegro de verte, abuela —dijo Skye con lágrimas en la garganta. Aquella mujer era lo más cercano a una abuela que ella había conocido.

—Ven a sentarte conmigo —la anciana la arrastró hasta un sofá —. Lo que hiciste estuvo muy mal, pero nos alegramos de tenerte otra vez con nosotros. Dime a qué te dedicas últimamente. He oído que eres fotógrafa. No me sorprende en absoluto. Siempre llevabas una cámara en la mano.

Skye se sentó y habló de su negocio de fotografía, pero tras unos minutos retomó el extraño comentario de la abuela.

—¿Exactamente qué hice que estuvo tan mal?

—No sé qué ocurrió entre Rett y tú hace tantos años, pero él cambió después de que te marcharas.

—¿Qué quieres decir? —miró hacia Rett, que estaba sentado a la mesa con sus hermanos Ford y Alex, y con un puñado de niños. Rett estaba pálido, pero sonreía mientras daba de comer a Ryann.

A pesar de toda su simpatía, la expresión de la abuela se volvió reprobatoria.

—Querida, le rompiste el corazón.

—¿Estás seguro de que es esto lo que quieres? Criar a un niño da mucho trabajo —mientras sujetaba a su hijo, Rick se apoyó en la barandilla del porche.

—Es mi hija, claro que estoy seguro.

—¿Pero sabes en lo que te estás metiendo? Los bebés hacen ruido, tienen hambre y manchan. Son dependientes y exigen mucho. Lloran cuando están cansados, cuando quieren que los tomes en brazos, cuando quieren que los bajes, cuando les duele, cuando están tristes o simplemente lloran porque sí —Joey agitó los pies y colocó la cabeza en el hombro de su padre—. Te toca a ti descubrir qué ocurre. A esta edad ella no podrá decírtelo, y eso duele. Aún lleva pañales. No me hagas hablar de la caca.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —dijo Rett—. Tú adoras a ese niño.

—Oye, simplemente te expongo los hechos como son —se defendió Rick—. Quereros es la parte fácil, te sale sin intentarlo. Lo que necesitas aprender sobre eso es que los querrás por encima de todo. Eso da miedo, pero en el buen sentido. Por eso estás dispuesto a pasar por todo lo demás.

—Es mi hija —Rett se cruzó de brazos—. Es mi deber darle de comer y cuidar de ella.

Rick señaló con la cabeza hacia el otro extremo del porche, donde Skye estaba sentada hablando con Jesse y con Savannah.

—Es un momento difícil para Skye —dijo Rett—. Está luchando. Y la alternativa era un hogar de acogida. ¿Crees que yo podría hacer eso? ¿Renunciar a Ryann como si yo no tuviera nada que ver con su concepción?

—Tú ya hiciste…

Rett entornó los párpados y le dirigió a su hermano una mirada amenazante.

Rick levantó una mano.

—Oye, ya sé que ése es el lugar de un donante. ¿Acaso no estaba yo allí contigo para ver quién sacaba la pajita más larga cuando Aidan nos pidió ayuda? Lo que digo es que tú ya has hecho ese ajuste emocional y Skye…

—¿Así que debería renunciar a cualquier obligación que tenga para con Ryann? —preguntó Rett. Sentía un nudo en el pecho sólo con pensarlo. Aún no conocía bien al bebé. Por alguna razón había resultado incómodo pasar mucho tiempo con ella cuando Aidan y Cassie vivían. Era demasiado complicado. Y aquéllas no eran las circunstancias ideales, pero ya sentía una conexión con ella.

—La paternidad es un trabajo duro cuando tienes a tu lado a la mujer a la que amas —le dijo Rick—. Si estás solo, será un infierno.

—¿Y yo soy demasiado débil para afrontarlo?

—Te lo estás tomando muy mal. Nadie es más duro que tú, pero esto te cambiará la vida para siempre. Puede que Skye esté luchando, pero sería una buena madre. Tú no tienes que hacer esto.

—Tú tampoco tenías que casarte con Savannah cuando se quedó embarazada. Pero te asustaste cuando te rechazó.

—Eso es diferente. Yo amaba a Savannah.

—En aquel momento no.

—¿Así que me estás diciendo que aún sientes algo por Skye?

—¿Qué? No —Rett dio un paso atrás—. Lo nuestro terminó hace quince años.

—Creí que ibas a llamarla después del funeral de Aidan.

—Sí, bueno, no me devolvió las llamadas. Prueba definitiva de que lo que tuvimos pertenece al pasado —Rett se metió las manos en los bolsillos y miró hacia el otro lado del porche, donde Skye charlaba con sus cuñadas sentada en un columpio.

Una brisa suave le agitó las puntas del pelo, y arqueó el cuello para permitir que el aire acariciara su piel. Solía ser una criatura muy sensual. Cada movimiento que hacía dejaba ver su alegría. Pero ya no. Ahora parecía estirada y tensa.

—Sigues loco por ella —bromeó Rick.

—No pienso tener esta conversación —contestó Rett—. Y no pienso renunciar a mi hija. No puedo creer que lo hayas sugerido. Yo no planeé criar a Ryann, pero ahora me necesita y pienso estar a su lado. Alex se quedó con la custodia de Gabe. Ford está criando a

unos gemelos que no son suyos. Brock se casó con Jesse cuando ella estaba embarazada de otro hombre. Prácticamente es una tradición familiar.

Dolido por las persistentes preguntas de su hermano, Rett se dio la vuelta. Hasta él llegaron los gritos y las risas desde el jardín, donde los pequeños Sullivan jugaban. Los gemelos de Ford estaban arrastrando a Ryann y al pequeño de Alex en un carro. Era agradable verla reír.

Rick le puso una mano en el hombro.

—No hay nada que no puedas hacer si te lo propones. Sólo digo que tienes opciones. Criar a Ryann te cambiará la vida. Tienes una vida social muy activa, un piso de soltero, un coche deportivo. Todo eso desaparecerá con Ryann. ¿Estás preparado para eso?

—¿No crees que pueda hacerlo?

—Maldita sea, claro que creo que puedes —dijo Rick con vehemencia—. Es tu hija. ¿Es que eres tonto?

—Éste es el hermano al que conozco y quiero —aliviado, Rett estiró la mano y ambos hermanos chocaron los nudillos—. Tú eres el tonto. ¿Por qué me tocas las narices? —y entonces se dio cuenta —. Skye.

—Sí —contestó Rick—. Ya sabes que siempre me he sentido mal por lo oportuno de mi ruptura, y de la tuya con Skye hace tantos años.

—Nadie te culpa por nada de hace quince años. No tienes que sentirte mal por nada.

—Te rompió el corazón. No quiero que vuelva a ocurrir.

—Éramos unos críos. Ahora hemos cambiado.

—¿Entonces estás preparado para contárselo a la familia?

Rett asintió. Había llegado el momento.

—Entonces ve a por tu niña —dijo Rick—. Yo reuniré a las tropas y te veré en el salón.

Todos los anuncios importantes tenían lugar en el salón de la abuela.

Rett bajó los escalones del porche y cruzó el jardín para recoger a Ryann. Al regresar, vio que Skye estaba en lo alto de las escaleras, bloqueándole el paso.

—Buena suerte.

—¿Tú no vas a entrar?

—Es un asunto familiar —contestó Skye.

—Quiero que estés a mi lado —dijo él acercándose a ella.

—Skye, guapa —dijo Ryann acariciándole la mejilla.

—Ryann es más guapa —dijo Skye. Le apretó la mano contra la mejilla y luego le dio un beso en la palma—. Te lo estás pasando bien, ¿verdad?

—Carro —dijo la niña señalando hacia el vehículo de plástico rojo—. Subir.

—¿Quieres subirte otra vez? —preguntó Rett.

Ryann asintió.

—Por supuesto —prometió él—. En cuanto le digamos a todo el mundo que tú eres el nuevo miembro de la familia, volveremos aquí para seguir jugando.

Ryann asintió de nuevo y sonrió tímidamente.

—Esto ha sido una buena idea —le dijo Rett a Skye—. Es justo lo que ella necesitaba. Un poco de diversión y mucha distracción.

A Skye se le llenaron los ojos de lágrimas y se mordió el labio.

—Estar con sus primos ayuda mucho.

Rett caminó hacia la puerta con Ryann en brazos, pero se detuvo al llegar al umbral y miró a Skye con el brazo estirado.

—Por favor.

Capítulo 4

De vuelta en San Diego, Skye aparcó el coche frente a la casa de Rett y miró hacia el hombre que dormía en el asiento del copiloto. Agotado, Rett le había pedido que los llevase a casa. ¿Y cómo podía negarse?

—Rett, despierta —le agitó el brazo—. Estamos en casa —se oyó a sí misma y se corrigió al instante—. Estás en casa.

Rett tosió y, sin abrir los ojos, giró la cabeza sobre el respaldo del asiento como si buscara una postura más cómoda.

—Vamos —insistió Skye dándole otro empujón—. Es hora de entrar —al ver que no se movía, probó otra táctica—. Rett, despierta. Necesito tu ayuda para meter a Ryann en casa.

Él frunció el ceño y suspiró. Abrió los ojos y se inclinó hacia

delante para frotarse la cara con ambas manos.
—Muy bien —dijo con un bostezo—. Hagámoslo.
Skye agarró su bolso y la bolsa de los pañales, sacó las llaves del contacto y salió de la furgoneta. Rett sacó a Ryann de su asiento y la colocó sobre su hombro mientras Skye abría la puerta de casa.
En el dormitorio, Rett metió a la niña en una cuna plegable antes de dejarse caer sobre la cama.
—¿En serio? —Skye estaba con las manos en las caderas contemplando al hombre y al bebé, intentando decidir cómo proceder. Rebuscó en la maleta que había junto a la cuna y sacó un bonito pijama rosa.
Cuando tuvo a la niña preparada para irse a la cama, Skye saboreó la alegría agridulce de tener a la niña sólo para ella por primera vez aquel día. Ya sentía que estaba bajando la guardia, pero no pudo resistirse a la oportunidad de tenerla en brazos durante un momento mientras dormía.
Dejó a Ryann en la cuna y la tapó con una manta antes de volverse hacia su padre, que se había quitado la camisa. Le puso una mano en la frente y confirmó que le había vuelto la fiebre.
—Necesitas más medicina —le dijo. Primero buscó en la mesilla de noche y después en el cuarto de baño, donde encontró la medicina adquirida sin receta.
Después fue a la cocina a por un vaso. Tras llenarlo de agua, decidió abrir el frigorífico, que estaba sorprendentemente lleno, en busca de algún tipo de zumo. Rett tenía zumo de naranja, así que le sirvió un vaso de eso también.
Le llevó las bebidas al dormitorio, donde un ligero ronquido indicó que Rett estaba dormido. Tenía las mejillas sonrojadas, pero ni siquiera una enfermedad podía privarle de su atractivo.
Le apartó el pelo de la frente, pensando que en una época lo había significado todo para ella. Aún tenía la capacidad de acelerarle el pulso. Su piel estaba caliente y seca, lo que le recordó que debía tomarse la medicina para bajarle la fiebre.
—Rett —dijo dándole un suave empujón en el hombro, y después otro.
Finalmente abrió los ojos y parpadeó.
—Skye —la alegría iluminó sus ojos, y una mano grande la agarró del cuello y tiró de ella para darle un beso acalorado.

Sorprendida y atrapada por el calor del momento, Skye se dejó llevar por el placer de aquel gesto. Rett hacía que se sintiera una mujer deseable. Hundió la mano en su pelo y le ladeó la cabeza para seguir besándola. Ella sintió que se le aceleraba el corazón y se arqueó hacia él, dispuesta a sucumbir a sus encantos.

Pero finalmente se activó su instinto de supervivencia. Logró reunir la fuerza para apartarse de él y ponerse en pie.

—No puedo hacer esto —se apartó el pelo de la cara con ambas manos y tiró del dobladillo de su falda.

Él frunció el ceño, parpadeó y entonces pareció darse cuenta de la situación.

—¿Aún sigues aquí? —preguntó mientras se incorporaba sobre la cama.

—Te he traído la medicina. He metido a Ryann en la cuna.

Rett se frotó la cara y puso los pies en el suelo. Se metió un par de pastillas en la boca y las tragó con el agua.

—Gracias —dijo mientras alcanzaba el zumo de naranja—, por todo.

Ella se quedó en silencio mientras bebía, obligándose a ser paciente cuando su instinto le decía que se marchara inmediatamente. Entonces se dio cuenta de que no había nada que la retuviese allí.

—Sí, espero que te sientas mejor. Tengo que irme.

Pero deseó no haber dicho aquello cuando él se quitó la manta de encima y se incorporó.

A pesar de sus esfuerzos, Skye se quedó mirando su torso desnudo, cubierto de vello hasta la cintura de sus vaqueros.

Apartó la mirada de aquella piel bronceada y se dio cuenta de que casi se había terminado el zumo de naranja. Estaba pensando que tenía mejor color cuando él levantó la mirada y la atravesó con sus ojos azules.

—¿Vas a quedarte a pasar la noche?

Skye dejó el bolso sobre la mesa junto a la cama de Rett. Era imbécil. Debería estar en casa, en su pequeño apartamento en Mira Mesa, pero claro, accedió a quedarse y ayudar.

Cuando Rett le dijo que le preocupaba no oír a Ryann si se despertaba en mitad de la noche, Skye sintió que no tenía elección. El hecho de que se lo hubiera pedido hablaba por sí solo.

Y si se le aceleró el corazón y se le calentó el cuerpo antes de que Rett se explicara, prefirió hacerse la ignorante.

Él se había retirado a la habitación de invitados, que al parecer estaba en el piso de abajo, alejada del dormitorio principal. Eso significaba que Skye dormiría en la cama de Rett, algo que no pensaba que volvería a hacer por voluntad propia.

Abrió la puerta de cristal que daba a la terraza y dejó que el aire de la noche entrara en la habitación.

Volvió a pensar entonces en el comentario que la abuela había hecho aquel día. Llevaba horas rondándole por la cabeza.

¿Ella le había roto el corazón a Rett?

Aquello sí que era reescribir la historia.

¿Pero por qué iba la abuela a inventarse tal cosa?

No lo haría, por supuesto.

Por mucho que Skye quería considerar el comentario como una tontería, conocía lo suficientemente bien a la abuela como para saber que no lo diría si no lo creyera. Lo que significaba que, o Rett había interpretado el papel de amante herido, o que se había quedado más afectado por la ruptura de lo que ella creía.

Lo primero no parecía propio de Rett. La intolerancia hacia la mentira y las tonterías era algo que tenían en común. ¿Significaba eso que la abuela tenía razón?

Skye agarró la camiseta que Rett le dejó para dormir, se dirigió hacia el cuarto de baño y echó un vistazo a Ryann de camino. Al meterse en la ducha, repasó mentalmente la conversación con la abuela.

—Oh, abuela, creo que te equivocas —había protestado ella—. Yo no tenía poder para romperle el corazón.

—Hija mía, puede que yo no sepa los detalles, pero reconozco un dolor de corazón cuando lo veo. Es raro no darse cuenta cuando dos personas a las que quieres sufren delante de ti.

—¿Dos personas?

—Sí. El compromiso de Rick se rompió en la misma época. Recuerdo que vino a casa un fin de semana, anunció que se había acabado y dijo que se iba de excursión un par de días para pensar. Me preocupaba que se fuese solo, pero Rett dijo que se iba con él, que también tenía cosas en las que pensar.

Si Rett se fue de excursión al monte Laguna aquel verano, eso

explicaba por qué Skye no había podido localizarlo. La cobertura en las montañas era irregular, por decir algo. Quince años atrás habría sido inexistente.

—¿Así que estaba triste antes de irse aquel fin de semana? —preguntó ella.

—Rett no. Estaba más pensativo que triste. A mí me dio la impresión de que quería contarme algo, pero decidió no hacerlo.

—A mí no me parece que tuviera el corazón roto.

—Aún no. Cuando regresaron, Rick estaba apagado y se fue directamente a la ciudad. Rett se quedó un poco. Estaba excitado y me mostró algunos diseños que había dibujado mientras estaba fuera. Eran preciosos y se convirtieron en los primeros de su serie. Pero era el anillo el que sobresalía; un precioso anillo de bodas con un diamante. Era tan bonito…

—Abuela… —Skye la interrumpió para impedir que aquella imagen apareciese en su cabeza—. Por favor.

—Claro, lo siento. El caso es que Rett estaba excitado cuando se marchó de mi casa. Después de eso tú desapareciste y él estuvo triste durante mucho tiempo. ¿Y los diseños que he mencionado? Hizo todas las piezas que había dibujado, excepto el anillo.

De acuerdo, pensó Skye mientras se cepillaba los dientes. Tal vez Rett no hubiese sido tan inmune a su ruptura como ella había imaginado. Pero ya no importaba. Había pasado demasiado tiempo.

Y en lo referente a los recuerdos, Skye no tenía que cavar demasiado profundo para recordar la proposición desganada y obligada de Rett. Su reacción al enterarse de que estaba embarazada le había dolido, pero no le cabía duda de que era sincera.

Y revivirla no cambiaría nada. Al menos nada bueno.

De acuerdo, ya sabía dónde había desaparecido Rett y por qué. ¿Pero qué cambiaba aquello? La abuela podía estar exagerando con el diseño del anillo. Si Rett lo había diseñado para ella, no habría permitido que se subiera a aquel avión.

Dobló la toalla, la colgó en el toallero y apagó la luz. Tal vez todo hubiera sido distinto si hubiera existido una razón para el aborto. Pero no había nada. Su cuerpo simplemente había rechazado el feto y el médico dijo que aquello era bastante común.

Había luchado duro por dejar atrás la pérdida de su amor

mientras afrontaba el aborto. Sí, había huido, se sentía sola, vacía e inadecuada. Y Rett no había intentado impedírselo ni había ido a buscarla. Aquello hacía patente la verdadera tragedia; la pérdida de su mejor amigo.

Habían sido malos tiempos y no se permitiría volver allí.

Rett se tambaleó escaleras arriba a las ocho de la mañana del día siguiente en busca de un café y una ducha.

Skye se levantó del sofá. Estaba completamente vestida y tenía mala cara.

—Buenos días —dijo él—. Gracias por quedarte.

—Ryann sigue durmiendo —Skye dio la vuelta al sofá y se dirigió hacia la puerta—. Te sugiero que la dejes dormir todo lo posible. Con suerte estará más tranquila cuanto más descansada. Llámame si necesitas ayuda.

—Espera —se marchaba, pero él no estaba listo para que se fuera—. Deja que te prepare el desayuno para mostrarte mi agradecimiento.

—No es necesario —contestó ella mientras abría la puerta—. No somos amigos, Rett. Te prometí que te ayudaría con Ryann y lo haré. Sólo necesito un par de días para hacerme a la idea de todo esto —sin más salió por la puerta y cerró tras ella.

Rett negó con la cabeza y la siguió.

—Skye —la detuvo cuando estaba a punto de subirse a su coche —. No puedes vivir tu vida tras un muro de hielo sin sufrir por el frío. Escondiéndote sólo te haces daño a ti misma.

—No me seas paternalista. Tú saltas de mujer a mujer como si estuvieras en un trampolín. Nunca te permites quedarte con alguien el tiempo suficiente para construir una relación. Tienes tanto miedo como yo a querer a alguien. Al menos yo soy sincera.

—No sabes de lo que estás hablando.

Ella sonrió dulcemente.

—¿He hurgado en la herida? —preguntó mientras abría la puerta del coche—. Necesitaremos a alguien que cuide de ella durante el día. ¿Por qué no organizas algunas entrevistas para el miércoles? —se metió en el coche y se marchó.

Rett regresó a la casa y fue a ver a Ryann, que seguía durmiendo. Tras su conversación con Skye la noche anterior, mirar a Ryann le producía algo en su interior, le hacía preguntarse qué

aspecto habría tenido su hijo. Había tenido que dejar de lado la idea del aborto años atrás, de lo contrario se habría ido volviendo loco.

Había aprendido que quedarse en el pasado nunca servía de nada, así que se sacó la idea de la cabeza y se metió en la ducha.

Diez minutos después entró en la cocina para prepararse el café y descubrió que ya estaba hecho. Había un vaso de zumo de naranja sobre la isla junto con una dosis de su medicina.

Tal vez Skye fuese dura por fuera, pero tenía un corazón de mantequilla. Y con eso contaba él.

Capítulo 5

—¿Cuál es el niño más pequeño con el que ha trabajado? —le preguntó Skye a la atractiva joven sentada frente a ellos en el salón de Rett el miércoles por la tarde. Aquélla era la tercera entrevista del día. Las dos primeras habían sido descartadas y Skye no tenía esperanza en ésa tampoco. Ya tenía la sensación de que la talla de sujetador de esa mujer debía de superar a su cociente intelectual.

—Cuatro años —respondió la mujer, aunque no a Skye, pues no había dejado de mirar a Rett. Cruzó las piernas para que su minifalda roja se le subiera más aún por los muslos—. Fue hace un par de años. En mi último trabajo los niños tenían siete y nueve años.

—¿Entonces no tienes experiencia con niños de un año, Alessia? —preguntó Skye mirando los papeles que había sobre la mesa.

—Dos —intervino Rett—. Tiene casi dos años.

—Parece tan dulce —dijo la mujer retorciéndose el pelo con un dedo—. Estoy segura de que podré ocuparme de ella sin problema.

Skye resopló. La mujer ni siquiera había mirado a Ryann, que jugaba con sus bloques de madera en el suelo a los pies de Rett. Él no había hecho una sola pregunta. Estaba recostado en el sofá con una sonrisa mientras contemplaba a la posible niñera.

—¿Te llevabas bien con ambos niños?

—La niña pequeña era una muñeca. Le gustaba complacer, así que era fácil. El niño era un moc… más desafiante. Disfrutaba discutiendo.

—¿Y cómo resolviste aquello?

Alessia se encogió de hombros.

—Pasaba mucho tiempo castigado.

—¿Ése es tu método de disciplina preferido? —preguntó Rett por fin.

—Sus padres no creían en los azotes.

—¿Y por qué dejaste tu último trabajo? —preguntó Skye.

—La madre tenía un nuevo hombre en su vida y no le gustaba la manera que tenía de mirarme, así que me dijo que ya no necesitaba

más servicios.

—Creo que ya he oído todo lo necesario —dijo Skye con una sonrisa mientras se ponía en pie—. Por favor, discúlpanos un momento. Rett.

Caminó hasta la cocina, se dio la vuelta para esperar a Rett y vio la sonrisa seductora que Alessia le dirigió. Él arqueó una ceja mientras se acercaba a apoyarse en la encimera.

—Me gusta.

Skye se agarró un mechón de pelo y lo retorció con un dedo.

—Oh, ¿de verdad?

—Es simpática —dijo Rett con una sonrisa—. No puedes culparla de eso.

—Nunca ha trabajado con niños de la edad de Ryann. Voto que no.

—Lo que no quiere decir que no pueda hacerlo. Cree que puede ocuparse de ella —miró hacia Alessia y ésta lo saludó con la mano.

Exasperada, Skye le dio un capirotazo en la oreja.

—¡Ah! —exclamó Rett—. Eso duele.

—También duelen los azotes.

—Sí, ya me he dado cuenta. Voto que no.

Skye entornó los ojos.

—Así que me estabas tomando el pelo.

—Me ha perdido con lo de mocoso.

—Qué gracioso —respondió ella dándole otro capirotazo en la otra oreja.

Él se rió, le agarró la mano y tiró de ella hasta que sus bocas se tocaron.

—No te llega ni a la suela del zapato.

Skye se humedeció los labios al apartarse y lo saboreó con la lengua.

—Tienes más posibilidades con ella.

—No —Rett deslizó el pulgar por el hoyuelo de su barbilla—. No es ningún desafío.

—No vuelvas a hacer eso —dijo ella señalándolo con el dedo—. ¿Entonces seguimos mirando?

—Oh, sí.

Skye puso los ojos en blanco y fue a decirle a Alessia que no necesitarían sus servicios.

Rett observó el contoneo de sus caderas, se frotó la oreja y sonrió. Disfrutaba tomándole el pelo. Siempre mordía el anzuelo.

De lo que no disfrutaba era del dolor que sentía.

Tras verla en el funeral de Aidan, tan valiente y tan fuerte, pero tan sola, la había llamado pensando que necesitaría a alguien. Eso era lo que se decía a sí mismo; sólo era mantener el contacto con una vieja amiga.

Pero no llevaba en su casa más que unas pocas horas y ya la había besado y había disfrutado de su sabor. Era tan agradable, tan familiar que había sido como regresar a casa.

Y ahora acababa de volver a besarla mientras le tomaba el pelo. Cuando en el fondo sabía que era ella la que podía tomarle el pelo a él. Tenía que parar. Porque no importaba lo fácil que resultara recuperar las viejas costumbres, ya que nadie como Skye tenía el poder de hacerle daño.

* * *

El viernes, durante una boda, Skye captó un plano interesante con su cámara.

Los novios estaban junto a la mesa de la tarta, preparándose para cortarla. Aún no lo habían anunciado, así que los únicos reunidos allí eran tres de las sobrinas de la novia y un sobrino. El mayor no debía de tener más de dos años. Skye hizo varias fotos sabiendo que la novia apreciaría las imágenes tanto como las tradicionales fotos de la degustación del pastel.

Aquéllas eran las últimas fotos que tenía asignadas. Se quedaría un rato, haría algunas fotos del baile y después quedaría libre para unirse a la fiesta o marcharse. Como rara vez conocía a los invitados, elegía marcharse.

—Siempre fuiste una romántica. No me extraña que acabaras siendo fotógrafa de bodas.

Rett.

¿Cómo podía tener tanta suerte? No lo había visto entre la multitud, claro que tenía la atención puesta en los novios. Bajó la cámara con un suspiro y se dio la vuelta para mirarlo.

—Ya no soy una romántica —sólo con verlo recordó la sensación

de su boca contra la suya.

Se humedeció los labios. Antes de esa semana habían pasado quince años desde la última vez que la besara. Aun así, cuando sus labios se tocaron, fue como si no hubiera pasado el tiempo.

—¿No? He oído que eres muy buena.

—Lo soy. ¿Quién tiene a Ryann?

—Sabía que te importaba. Está con Rick y con Savannah —la música comenzó a sonar de nuevo y él le ofreció una mano—. Baila conmigo.

—Estoy trabajando.

—Tómate un descanso.

—¿Qué hay de tu cita?

—¿Qué pasa con ella?

—¿No le importará que bailes con otra mujer?

—No es ese tipo de relación. Y sólo es un baile.

Sin esperar una respuesta, Rett detuvo a un camarero que pasaba, le quitó la cámara a Skye y la colocó sobre la bandeja junto con un billete de veinte dólares.

—Quédate aquí y vigila esto durante unos minutos.

—Espera…

—No —la agarró de la mano y la arrastró hacia la pista de baile, donde la estrechó entre sus brazos.

El protocolo decía que las mujeres no podían eclipsar a la novia, pero no decía nada del novio. Menos mal. Rett, con su Armani negro, su camisa blanca y su corbata hecha a medida, eclipsaba a los demás hombres de la sala.

—¿Qué tal le va a Ryann en la guardería? —en vez de una niñera a jornada completa, habían elegido la opción que había sugerido Jesse, y habían llevado a Ryann a la guardería a la que ella llevaba a sus hijos—. ¿Aún le gusta?

—Le encanta. Y Gwen lo está haciendo genial —el ama de llaves de Rick y de Savannah les había recomendado a su hermana. Hacía las labores de la casa y también cuidaba de la niña—. Es agradable volver al trabajo.

—Ya imagino.

—Quería decirte que una chica de los Servicios Sociales pasó por casa ayer. Habló conmigo y con Gwen y pasó algo de tiempo con Ryann. Parecía simpática, dijo que se pondría en contacto contigo.

—No me ha llamado.
—A mí no me llamó, simplemente apareció.
—Genial. ¿Dijo algo sobre que Ryann durmiera en tu habitación? Tienes que buscarle una habitación para ella.
—No dijo nada. Y sólo ha pasado una semana, pero lo entiendo. ¿Puedes quedártela el lunes? Recuerda que cuando empezó, Gwen nos dijo que necesitaría el día libre. Yo tengo que terminar un encargo.
Skye se mordió el labio y luego asintió. Era su turno.
—El lunes pasado te fuiste antes de que pudiera darte las gracias. Agradezco mucho tu ayuda.
—No lo hice por ti. Lo hice por Ryann.
—¿Te arrepientes de haber acudido en mi ayuda? —preguntó él —. Me alegré de tenerte conmigo.
—Dame un respiro. Salvo por tu gran declaración, te pasaste el día hablando con tus hermanos y jugando al Cluedo.
—Oye, el Cluedo es un juego que requiere gran agudeza mental. Estaba enfermo. Se aprovecharon de mí.
—Bien por ellos.
—Eso es duro.
—Te lo mereces. Para mí fue un día duro. Me quito el sombrero ante aquél que pudiera desarmarte.
—Vengativa. Eso es nuevo. Me gusta.
—Ya no tengo dieciocho años, Rett.
—Los dos somos mayores y más sabios. ¿Has asumido el hecho de que yo sea el padre de Ryann?
—La verdad es que no —¿cómo podía esperar que lo comprendiera cuando habían estado a punto de tener un hijo juntos?—. Me alegré de ver a tu abuela.
—Sí, te vi hablando con ella.
—Tiene buen aspecto. Y sigue tan aguda como siempre.
—Ésa es la abuela.
—Me acusó de romperte el corazón —¿por qué había dicho eso? No tenía sentido sacar aquel tema a relucir, salvo para dejarse en ridículo a sí misma.
Se hizo el silencio entre ellos mientras la música seguía sonando.
—Sí, bueno, hay algunas cosas que no puedes ocultarle a alguien que te conoce desde que eres pequeño.

—¿Qué? ¿De verdad estás diciendo que te rompí el corazón?
—No estoy diciendo nada. Has sacado tú el tema, no yo.
—Esto es ridículo. Debe de haber un fallo en la dimensión temporal en California, porque la historia se ha reescrito en San Diego.
—Yo recuerdo nuestra historia perfectamente.
—Entonces deberías recordar que fuiste tú quien me abandonó.
—Recuerdo que me pediste tiempo para pensar, así que te dejé en paz durante unos días. Cuando regresé, habías perdido al bebé y estabas subida en un avión.
—Intenté localizarte durante dos días. No me devolviste una sola llamada —se preguntó si Rett le explicaría dónde había estado, si le confirmaría la versión que la abuela tenía de aquel verano.
—Estuve de excursión en la montaña ayudando a Rick a resolver algunas cosas y pensando en las mías. Fue una bomba informativa la que me lanzaste.
—Al final dio igual. Perdí al bebé.
—Y yo lo sentí.
—Sí, recuerdo lo ansioso que estabas por ser padre.
Rett no respondió durante un minuto y, cuando lo hizo, se repitió a sí mismo.
—Sentí que perdieras al bebé. Sentí no estar allí para ayudarte. Pero fuiste tú quien me dejó. Fuiste tú la que se subió al avión. Yo siempre he estado aquí. Y voy a estar aquí por mi hija.
—Oh, Dios. No la llames así —Skye cerró los ojos y sintió las lágrimas en sus mejillas. Agachó la cabeza para ocultárselas.
—No sé cómo llamarla si no.
—Es mi sobrina —dijo ella. Aunque ambos sabían que no lo era —. ¿O vas a fingir que Aidan y Cassie no tuvieron nada que ver en su creación?
—Skye, no sería distinto si ellos estuvieran vivos. Pero han muerto y esto no es fácil para ninguno de nosotros.
—Oh, Dios. No vas a decírselo —Skye sintió cómo el vínculo con su hermano se difuminaba cada vez más.
—Claro que sí. Cuando sea mayor. Se lo explicaré todo. Pero la realidad es que soy su padre.
Sí, eso era un hecho. Gracias a Dios la música ya había terminado. Sin mirarlo, Skye se apartó de él.

—Tengo que irme.

Skye estaba sentada frente al escritorio de su salón, trabajando en las fotos que había tomado en la boda en la que había bailado con Rett. En realidad él aparecía en una foto durante el cóctel de bienvenida. Estaba sentado con una hermosa pelirroja que se agarraba a su brazo y le susurraba algo al oído. Él la miraba con indulgencia.

Se dijo a sí misma que no era asunto suyo y pasó a la siguiente foto.

Satisfecha con el resultado, guardó el trabajo y apagó el ordenador. Se levantó para ir a tomar un refresco y se paró a mirar el correo. Una carta del complejo de apartamentos llamó su atención. La leyó por encima y descubrió que el nuevo dueño iba a convertir los apartamentos en condominios. Skye tenía sesenta días para mudarse del edificio. Como inquilina, la invitaban a realizar una oferta por su piso en cuanto terminaran con las reformas.

Skye se sentó en el taburete junto a la encimera y se rió con incredulidad. Iba a perder su casa. ¿Qué más podía salir mal?

—Por favor, Dios, envíame algo bueno para variar.

En ese momento llamaron a la puerta. Al ver a Rett a través de la mirilla, se preguntó si el universo estaría burlándose de ella.

—Rett —dijo al abrir la puerta—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está Ryann?

Él señaló con la cabeza hacia el coche, aparcado en doble fila.

—Está un poco inquieta esta noche y se preguntaba si querrías ir a dar un paso con nosotros.

—¿Se preguntaba?

—De acuerdo. Nos preguntábamos si querrías ir a dar un paseo con nosotros.

Ella vaciló un instante, pero no podía soportar la idea de que Ryann estuviese inquieta.

—Deja que vaya a por mi chaqueta.

—Te veo en la furgoneta.

Sólo le llevó un minuto ponerse los zapatos y la chaqueta.

El aire frío de noviembre la golpeó en las mejillas mientras corría hacia donde Rett había aparcado el coche.

Oyó los llantos de Ryann a medida que se acercaba.

—Imagino que está pasando una mala noche.

—Ha sido un drama tras otro —dijo él pasándose una mano por el pelo—. Pero el problema es que está muy cansada.

—Pobrecilla. Me sorprende que no se haya quedado dormida viniendo hacia aquí.

—Lucha por no hacerlo.

—Déjame montarme con ella en el asiento de atrás. Tal vez así se calme.

Rett frunció el ceño, pero abrió la puerta de atrás.

—Lo que tú creas que pueda ayudar.

Skye se subió a la parte de atrás y Rett cerró la puerta.

—Hola, Ryann —le dijo a la niña—. ¿Cómo estás, pequeña? —le llevó unos minutos captar la atención de Ryann, pero finalmente sacó las llaves, que llevaban una minilinterna, y enfocó la luz hacia el regazo de la niña para distraerla.

Finalmente dejó que Ryann jugara un rato con la linterna y después le ofreció su vaso de zumo. La niña lo agarró y comenzó a beber. Pocos minutos más tarde cerró los ojos y Skye se pasó al asiento delantero con Rett.

—El silencio es maravilloso.

—Eres milagrosa —dijo él mirándola de reojo.

—¿Qué ha ocurrido hoy?

—Tuve que trabajar hasta tarde en ese encargo del que te hablé. Ryann se fue a casa con Jesse después de la guardería. Estaba pasándoselo bien jugando con sus primos. No quería marcharse conmigo cuando yo llegué a las seis. Después no quería comer. Desde ahí todo ha ido cuesta abajo.

—Sigue adaptándose.

—Todos seguimos adaptándonos.

—Dicen que los niños prosperan con la rutina.

—Sí, bueno, lo estoy intentando —pero era evidente que estaba frustrado.

—Esto es un gran cambio para los dos —dijo ella—. Llevará su tiempo. Sólo han pasado un par de semanas.

—Mi vida nunca volverá a ser la misma.

—Estás llorándole a la persona equivocada.

Rett la miró, estiró una mano y la dejó caer en el asiento entre

ellos.

—Lo siento.

—Encontrarás tu ritmo —dijo ella mirando hacia la ventanilla—. Y cuando lo hagas, tu vida será mejor, más llena. Tienes una hija. Ése es el mejor regalo.

—Lo sé. ¿Crees que no lo sé?

—Entonces actúa como si lo supieras.

—Estoy aquí, ¿no? Conduciendo hacia ninguna parte a las diez de la noche.

—Han sido tus planes los que han salido mal, no los suyos.

—A veces eso ocurrirá.

—Exacto.

—Espera. ¿Qué?

Skye suspiró.

—Lo que quiero decir es que deberías darte un respiro. Habrá días buenos y días malos. Y estás haciendo lo mejor que puedes. Así que deja de castigarte.

Rett se detuvo en un semáforo y la miró fijamente.

—¿Realmente piensas así? —preguntó finalmente.

—Sí. Y no es fácil para mí admitirlo.

Rett le dirigió una mirada de aprecio antes de ponerse en marcha cuando el semáforo se puso en verde. Se encogió de hombros y Skye vio como aliviaba parte de la tensión de los hombros.

—Has sido de mucha ayuda. Gracias —dio un giro con el coche para volver hacia casa de Skye—. ¿Cómo has conseguido que dejara de llorar?

Skye enfocó con su linternita hacia el volante.

—La distracción es mi mejor arma. Funciona el noventa por ciento de las veces.

—¿Sí? —a juzgar por su tono, supo que estaba tomando nota del comentario—. ¿Y qué haces el otro diez por ciento de las veces?

—Darle de comer, cambiarle el pañal. Tener paciencia. Sus padres solían aparecer antes de que me desesperase mucho. Además no me la dejaban muy a menudo.

—Últimamente su padre es el que está desesperado.

—No te preocupes porque no quiera irse contigo. A Cassie le ocurrió un par de veces cuando fue a recogerla a mi casa. No se

trata tanto de ti como de la diversión de la que le estás privando.

—Bueno, eso es un alivio, y algo humillante al mismo tiempo.

—Con los niños siempre se trata del momento en el que se encuentren.

—¿Dónde aprendiste tanto sobre niños?

—Principalmente viendo a Cassie con Ryann, y también gracias al tiempo que pasé con ella. También tomo fotografías para un par de academias de la zona y jardines de infancia. Es difícil, pero esos profesores saben lo que hacen.

—Esta noche has sido mi salvavidas.

—De hecho has sido tú el que me ha rescatado esta noche. He tenido un día duro. La defensora del menor vino a verme cuando me marchaba esta mañana. Tuve que volver a entrar y mostrarle el lugar. Intentó que fuera rápido, pero aun así llegué tarde. Y cuando has llamado a mi puerta esta noche, acababa de leer una orden de desahucio.

Capítulo 6

—¿Has recibido una orden de desahucio? —Rett recibió la noticia como un puñetazo en el estómago y todos sus instintos protectores se pusieron alerta—. Deberías habérmelo dicho. ¿Cuánto necesitas para salir del agujero?

—Oh, no necesito…

—Si te van a desahuciar, necesitarás ayuda.

Ella giró la cabeza y lo miró con curiosidad.

—Estás enfadado.

—Sí. Maldita sea. Somos amigos. Crecimos juntos. De acuerdo, sé que tenemos un pasado, y que no hemos estado precisamente unidos estos últimos años, pero has de saber que puedes acudir a mí para que te ayude. Y si no a mí, a Rick. Pero no, prefieres perder tu casa.

—Rett, para —ella le puso la mano sobre el antebrazo desnudo y apretó.

Rett se quedó mirando sus dedos. Era la primera vez que lo tocaba por voluntad propia.

—No pasa nada. No me desahucian porque no pueda pagar el alquiler. Van a convertir los apartamentos en condominios.

—Ah —dijo él—. ¿Y de qué va todo esto, Skye? Deberías saber cómo me lo iba a tomar. ¿Se trataba de una especie de prueba?

—No. Lo siento. Es que me he puesto un poco dramática. Debería haberme dado cuenta de que intentarías arreglarlo inmediatamente.

—¿Me estás culpando a mí?

—Claro que no. Sólo digo que mi vida ha sido un drama tras otro en el último año, y ahora me desahucian. Es demasiado.

—¿Estás segura? Imagino que no tendrías que pagar los gastos de los funerales de Aidan y Cassie, porque me encargaré de que te lo reembolsen.

—Mis finanzas están bien. No te estoy ayudando con Ryann para quedarme con su dinero, si eso es lo que te preocupa.

—No vas en la dirección correcta si pretendes que se me pase el

enfado.

—De acuerdo —Skye volvió a mirar hacia su regazo y después hacia la ventanilla—. Eso no ha estado bien. No sé cómo afrontar esto. Gracias por preocuparte, pero puedo cuidarme sola.

—¿Tú puedes ayudarme a mí, pero yo no puedo ayudarte a ti? No me parece justo.

—Prefiero confiar en mí misma.

—Normalmente los amigos son considerados como algo bueno.

—Yo tengo amigos.

—Pero ninguno en el que confíes.

—Cierto.

—¿Qué te ha ocurrido, Skye? Antes eras abierta y alegre. ¿Qué le ha ocurrido a tu alegría?

—No lo sé —se aclaró la garganta, pero seguía sonando rasgada cuando continuó—. Supongo que todo aquél a quien he perdido se ha llevado consigo un pedazo de mi alegría.

—Eso es muy triste. Ya sabes que la antigua Skye diría que necesitas gente nueva en tu vida para volver a construirla.

—Por suerte ahora soy mayor y más sabia. Ahora sé que tener gente nueva en tu vida sólo es tener más gente a la que perder.

Rett dio un trago al vino y se relajó por primera vez en días. Necesitaba aquello. Una noche fuera para él solo.

Las luces eran tenues, tenía un filete poco hecho en el plato y una rubia guapa charlaba sobre nada importante. Perfecto. Ningún bebé llorón a la vista.

Comprender la angustia de Ryann no hacía que fuese más fácil de afrontar. Se le estaba acabando la paciencia. Aquella noche era tanto para ella como para él. La niñera le había asegurado que podía hacerse cargo de la situación.

Se recostó en su silla y sonrió a su acompañante.

—Estás muy callado esta noche —dijo Cindy balanceando su copa de vino sin ni siquiera mirar la comida que tenía en el plato.

—Disfruto escuchándote —disfrutaba no teniendo que pensar.

—Ah —a Cindy se le iluminaron los ojos y se inclinó hacia delante para dejarle ver su escote. Pero debió de notar que estaba preocupado—. ¿Qué he dicho?

—¿Cómo pretendes que me concentre en algo que no sea lo guapa que estás esta noche?

—Bien jugado —contestó ella—. Pero no estás aquí del todo. Sé que no somos una pareja exclusiva, Rett, pero sí espero tu atención cuando estamos juntos.

—Lo siento. ¿Por qué no terminamos de cenar y volvemos a tu casa? Te lo compensaré.

La sonrisa de Cindy dejó claro que le gustaba la idea, pero antes de que pudiera responder, sonó su teléfono.

Cindy parpadeó. Comprensible. Normalmente Rett apagaba el móvil cuando estaba en una cita.

Sacó el teléfono. Sí, era la niñera.

—No vas a contestar —exigió ella.

—Tengo que hacerlo —respondió él levantándose de la mesa—. Disculpa. Hola, Patty —dijo mientras se alejaba.

—Siento molestarle, señor Sullivan, pero Ryann no deja de llorar. No logro calmarla.

—¿Lo has intentado poniéndole su DVD favorito?

—Lo he intentado todo. Pero llora y le llama a usted.

—¿A mí? —eso sí resultaba sorprendente—. Querrás decir a su madre.

—No, a usted. Y no para de decir «Skye».

Ryann estaba preguntando por Skye y por él. No le había dado el número de Skye a la niñera porque tenía que trabajar esa noche. Algo se removió en su interior. Era una pena que su velada terminara tan pronto, pero tenía otra urgencia más apremiante que atender.

—Estaré ahí en veinte minutos.

Una semana más tarde, Skye se encontró de nuevo en la puerta de Rett. Le parecía que pasaba más tiempo allí que en su casa. Aquel día le había pedido ayuda para convertir una habitación en un dormitorio para Ryann.

Skye estaba decidida a aprovechar la oportunidad. Le parecía una manera de crear un vínculo entre Rett y Ryann.

Rett abrió la puerta con unos pantalones cortos y una camiseta marrón.

—Hola, pasa —dijo echándose a un lado—. Te agradezco tu ayuda. Ryann, mira quién ha venido.

Ryann estaba de pie jugando con un piano de juguete sobre la mesa del café. En cuanto vio a Skye, se le iluminó la cara y fue corriendo hacia ella.

Skye la tomó en brazos y tragó saliva cuando la niña se le agarró al cuello.

¿Cómo iba a poder resistirse a semejante muestra de cariño por su presencia?

La semana anterior habían pasado un día juntas. Desde la muerte de Cassie, Skye no había logrado llegar al nivel de distanciamiento que necesitaba con Ryann. La tristeza de la niña era conmovedora. Ambas sabían lo que era perder a sus seres queridos.

Cada vez que Skye veía a Ryann, le entristecía pensar que nunca conocería a Aidan; que él ya había sido reemplazado en su vida.

Era algo triste y a la vez bonito que la vida continuase. Eso no acababa con el dolor; simplemente lo enterraba debajo del tiempo.

Ryann había perdido a los padres que tanto la deseaban y la adoraban incondicionalmente, pero había ganado una nueva y extensa familia que la recibía con los brazos abiertos. Pero el mismo destino que le daba a la niña esa alegría le quitaba a Skye la poca familia que le quedaba. Estaba sola salvo por el débil vínculo legal con la hija de su hermano.

Para Ryann la pena sería breve, al menos por el momento. Se adaptaría y acabaría queriendo a Rett, a la abuela, a sus nuevas tías, a sus tíos y a sus primos. Pero llegaría el día en que querría a su madre, que buscaría a esa confidente especial que la ayudase en el paso de la infancia a la madurez. Skye comprendía ese anhelo instintivo.

Por eso Cassie les había dejado la custodia a ellos. Sabía que Ryann necesitaría una presencia femenina en su vida, y se la había entregado sabiendo que ella mejor que nadie comprendería lo que era perder a una madre.

Tras un par de minutos intentó bajar a la niña al suelo, pero ella se agarró con fuerza.

Se rindió, lanzó el bolso sobre el sofá y acomodó a Ryann sobre su cadera antes de mirar a Rett.

—¿Has decidido qué habitación vas a convertir?

—Arriba está la suite de invitados.

—Rett, no tiene ni dos años ¿y quieres relegarla al otro extremo de la casa? No me parece una decisión muy sabia.

—Puede que tengas razón.

—Vas a tener que renunciar a uno de tus cuartos de juego. ¿Cuál será? ¿El gimnasio o la sala de audiovisuales?

—¿Por qué no el despacho? —preguntó él mientras la seguía por el pasillo.

—Imaginaba que lo usarías para los negocios.

—Diseño y fabrico joyas. Uso el taller para los negocios.

—¿Así que no te importa qué habitación convertir?

—Yo no he dicho eso. Es una elección dura. Utilizo el gimnasio y la sala de audiovisuales casi todos los días —se metió las manos en los bolsillos y dio una vuelta en círculo para sopesar sus opciones—. Pero también utilizo mucho el ordenador.

—Puedes trasladar el escritorio con el ordenador al taller o a la sala de audiovisuales —sugirió ella—. O a tu dormitorio. O podrías trasladar la función de una de esas habitaciones a la suite de invitados.

—De hecho la habitación de invitados suele acoger a bastantes familiares, al menos antes era así. Pero trasladar el escritorio me parece buena idea. De hecho podríamos trasladar cualquier cosa. ¿Qué habitación elegirías tú para Ryann?

—Mmm —contenta de que le hubiera pedido opinión, Skye caminó hasta la puerta de su dormitorio y se dio la vuelta para aproximarse a las habitaciones desde su extremo del pasillo. El despacho era la más cercana y salía a la derecha, lo que la situaba en la parte trasera de la casa. La primera habitación a la izquierda era el cuarto de baño y después llegaba el gimnasio, seguido de la sala de audiovisuales, ambas en la parte delantera de la casa.

Se detuvo en la sala de audiovisuales. Estaba decorada en gris y rojo, con un sofá en forma de U que daba a una enorme pantalla plana. Sonrió al ver la máquina de palomitas antigua que tenía en un rincón. No, no se imaginaba el escritorio allí.

—Tienes televisión en tu habitación, en el salón y en la cocina. ¿En serio necesitas una sala de audiovisuales?

—También hay otra en la sala de juegos. Y en la suite de invitados. Me gustan las televisiones y me gusta poder seguir

viéndola allí donde estoy.

Sí, Skye recordaba que siempre tenía la tele encendida en el apartamento que había compartido con Rick hacía años. Rick se quejaba del ruido, pero Rett decía que a él le gustaba, que le recordaba a casa.

—¿Puedo ver el piso de abajo?

—Claro —la condujo a una habitación enorme amueblada con un billar, una mesa de póquer, un par de sillas de bar y otra televisión. Una pared de ventanas daba a un jardín con una piscina.

Al fondo, enmarcada por dos puertas, estaba la zona de bar, con frigorífico, microondas y barra. Una de las puertas daba a un baño con plato de ducha, una bañera bajo una claraboya y una sauna.

—Esto es fabuloso. No me extraña que la suite de invitados tenga tanta actividad si tienen acceso a todo esto.

—La suite de invitados tiene su propio baño —dijo él.

—Esto es mucha casa para una persona sola. Sólo el piso de abajo es más grande que mi apartamento.

—Ahora ya sabes por qué me gustan las televisiones. Me hacen compañía.

—¿Te sientes solo, Rett?

—¿Qué? ¿Me tomas el pelo? ¿Con mi familia? ¿Acaso no te acuerdas? Cinco hermanos. Mi gemelo. Y no te olvides de la abuela.

Ryann se retorció para que Skye la bajase al suelo. La niña salió corriendo por la habitación.

—Sé lo unidos que estáis —convino Skye mientras se dirigía hacia la otra puerta para echar un vistazo a la habitación de invitados—. También sé que tus hermanos ahora están casados.

—Y eso sólo significa que tengo cinco hermanas que añadir a la lista. Todas son maravillosas.

—Sí, me parecieron muy simpáticas. Recuerdo que solías poner la tele cuando te sentías solo.

—Es difícil cambiar las viejas costumbres.

—¿Y qué me dices de esta casa? Es un piso de soltero, pero creo que pensabas en tener una familia cuando la compraste.

—Claro —contestó él—. Siempre he querido tener familia algún día.

—¿Y alguna vez has estado cerca de conseguirlo?

—¿Quieres decir además de contigo? —preguntó él—. No. Al

contrario que tú, yo nunca he estado cerca.

Era cierto, sabía lo de su matrimonio. Con el bobo. En realidad no era ninguna sorpresa. Sin duda Aidan se lo habría contado. Y aunque ella hubiese protestado antes por el adjetivo, era increíblemente acertado. Resultaba interesante que Rett no hubiera tenido relaciones serias.

Seguía negándose a creer que le hubiera roto el corazón.

—Pero volviendo a la habitación de Ryann —dijo él mientras tomaba a la niña en brazos y se dirigía hacia las escaleras—, supongo que quieres convertir la sala de audiovisuales.

—Es elección tuya, claro —contestó ella mientras lo seguía—. Pero yo sugiero el despacho. Está más cerca de tu habitación y además se encuentra en la parte trasera de la casa, así que será más tranquila. Aunque tienes tanto espacio abajo que podrías separar el billar y la mesa de póquer con los aparatos audiovisuales y crear tres zonas distintas de entretenimiento.

Rett la miró con desconfianza mientras dejaba a Ryann en el suelo.

Skye se apresuró a continuar.

—Te sorprendería la cantidad de parafernalia que trae un bebé. Tal vez quieras mover el escritorio al taller y convertir la habitación en una biblioteca y cuarto de juegos para guardarlo todo y que no esté desperdigado por la casa.

—Vaya, eso es mucho trabajo. Será mejor que empecemos.

Sacó su móvil y marcó dos botones.

—¿Qué estás haciendo?

—Llamar al maestro. Hola, Rick —dijo—. Hora de mover el trasero. Necesito ayuda —le esbozó el plan de Skye, le prometió invitarlo a comer y colgó—. Bien, ve a por tu bolso, nos vamos de compras.

Skye metió a Ryann en el coche y se sorprendió de lo deprisa que estaba sucediendo todo, sobre todo porque Rett recibió dos llamadas de su familia antes de que abandonaran la manzana; una ofreciéndole una cuna, una cómoda y un cambiador; la otra diciéndole que no se preocupara por la comida.

—Las cuñadas son lo mejor después de los mandos a distancia —dijo con una sonrisa, y por un instante Skye vio al hombre del que se había enamorado hacía tanto tiempo. Apartó la mirada. Tal vez

aquello fuese un error. Dejarse atraer por el círculo familiar de los Sullivan era como caminar sobre arenas movedizas emocionales.

Rett le cubrió la mano por encima de la palanca de cambios y se la apretó.

—Dímelo ahora para que pueda empezar a prepararme. ¿Vamos a pintar la habitación de algún color de niña como rosa o púrpura?

—No —contestó ella riéndose—. Podemos lograrlo con accesorios. ¿De qué color son los muebles?

—Cerezo.

—Bien. Vamos a Toys ‘R’ Us. Encontraremos todo lo necesario allí.

Capítulo 7

Veinte minutos más tarde, Rett estaba en un pasillo dedicado a las niñas pequeñas. Con las manos en las caderas inspeccionó estantería tras estantería de hadas y princesas.

Era el infierno en color pastel.

Su casa nunca volvería a ser la misma. Una niña pequeña iba a cambiarlo todo. ¿Por qué Cassie no habría tenido un niño? Al menos así sabría qué esperar. Pero una niña pequeña era algo sobre lo que no tenía ni idea.

Dobló la esquina y suspiró aliviado al verse rodeado de azul, amarillo, rojo y verde. Y no era sólo que fuera el pasillo de los niños. A él le gustaban los colores primarios. Los colores de las joyas. Se comunicaban con él.

—Estás en el pasillo equivocado —dijo Skye, que tenía las manos puestas en un carrito naranja.

—Lo sé. Me siento más cómodo aquí.

—Bueno, tú eres un chico.

—Eso es.

—Pero estás comprando para una niña.

—Sí. Lo pillo. Pero me gustan los colores más llamativos.

—Pues escoge un tema con colores llamativos —dijo ella señalando las estanterías.

—Éstos son más brillantes, pero no especialmente de niña. ¿Qué tenía en su habitación de casa?

—Cassie tenía su habitación llena de princesas. Incluso tenía un castillo pintado en la pared.

—Ya veo —regresó al pasillo de las niñas mientras asimilaba la información—. Tal vez deberíamos hacer lo mismo. Le resultaría familiar.

—¿Crees que eso es una buena idea?

—Obviamente tú no lo crees. Ayúdame, Skye. Quiero tomar la decisión correcta. O quizá debamos dejar que elija Ryann.

—A Ryann le gusta todo —contestó Skye pasando los dedos por una fila de mantas de lana—. Mejor olvídate de las princesas. Creo

que le recordaría demasiado a otros lugares y a otras personas. Y eso podría disgustarla. Elige otra cosa.

—Tienes razón —Rett no había pensado en eso—. ¿Por qué no eliges tú?

—Porque es tu casa. Ésta es sólo la primera de un sinfín de decisiones. Y ni siquiera es difícil —le dio un empujón con el hombro—. Además tú eres el padre de la niña, así que será mejor que te acostumbres.

—Estás disfrutando demasiado con esto —le dijo él devolviéndole el empujón—. Se supone que tienes que ayudarme.

—Pues dime cuál es el verdadero problema. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Tal vez esté intentando abarcar más de lo que puedo —confesó él—. ¿Qué sé yo sobre criar a una niña pequeña?

—¿Un hombre soltero que se crió con cinco hermanos? —Skye lo miró de la cabeza a los pies—. Nada.

—Exacto. Estoy loco, ¿verdad? Tú ya me lo advertiste. Debería haberte hecho caso.

—Rett, para. Fuiste tú quien me convenció para hacer esto.

—Lo sé, ¿pero muñecas y princesas? ¿Rosa y púrpura? Yo estoy fuera de mi terreno.

—Es un terreno nuevo, ¿y qué? Es una hembra, una de tus especialidades. Lo harás bien.

—Muy graciosa.

Skye suspiró.

—Esto no es justo. Fuiste tú el que me arrastró a esta aventura y ahora quieres que te rescate de tu propio error. ¿Qué es lo que me dijiste tú? Supéralo ya.

—Oh —dijo él estremeciéndose.

—Sí.

—Lo siento —y lo decía en serio. Aquella situación no era fácil para ninguno de los dos. Lo menos que podían hacer era tolerarse mutuamente—. Era el miedo el que hablaba.

Ella inclinó la cabeza.

—Mira —dijo—, lo único que pasa aquí es que te estás asustando porque tu piso de soltero se está convirtiendo en un hogar familiar. Tomaste la decisión de criar a tu hija. Me convenciste de que era lo correcto. Y tenías razón. ¿Tienes todas las

respuestas ahora? No. Pero no dejes que unos cuantos objetos de niña te impidan seguir haciendo lo que en el fondo sabes que es correcto.

—Tal vez me esté entrando el pánico con todos estos tonos pastel.

—Cierto. Y te repito lo mismo: supéralo. Tú eres bueno con los colores y el diseño. Utiliza tu instinto.

—Cierto —Rett se frotó las manos—. Tienes razón. Puedo hacerlo —al final del pasillo vio algo violeta. Y un verde muy brillante—. Ahora nos entendemos —recorrió la distancia, sacó una manta y la levantó. Un hada rubia y sus amigas lo saludaron.

—Campanilla.

Rett miró a Skye con una ceja arqueada.

—Hasta yo sé quién es Campanilla. Esto es justo lo que quiero para Ryann —lanzó la manta al carrito de Skye—. Muéstrame más.

Tres de los hermanos de Rett fueron a ayudar; un número impresionante teniendo en cuenta que era día de diario. Rick fue el primero en llegar, seguido de Brock y finalmente Cole. La esposa de Brock, Jesse, también estaba allí.

Los hombres se pusieron a trabajar moviendo muebles, Ryann dormía en la habitación de Rett y Skye ayudaba a Jesse con la comida.

—He traído pollo frito junto con todos los acompañamientos —Jesse empezó a sacar cosas de una bolsa de plástico—. Con extra de pollo y extra de panecillos.

—Me parece bien —Skye observó a Jesse moverse por la cocina. Obviamente sabía dónde guardaba Rett las cosas—. ¿Rett tiene platos de papel? —preguntó mientras abría un armario.

—El segundo armario desde la izquierda —contestó Jesse.

—Aquí tienes el agua, cariño —Brock dejó un pack de veinticuatro botellas sobre la isla de la cocina, le dio un beso a Jesse en el cuello y se fue por el pasillo hacia la sala de audiovisuales.

—¿Agua en vez de cerveza? —preguntó Skye. Dejó los platos en la encimera, junto al nuevo monitor del bebé, y comenzó a meter botellas en el congelador para enfriarlas. El resto fue al frigorífico.

—Sí —confirmó Jesse—. Es noche de diario, así que, cuando hayamos terminado, nos iremos todos a casa. Después de cenar, claro.

—Es una cocina bien surtida para un soltero —observó Skye al acordarse de las revistas de cocina que había visto sobre la mesa del café.

—A Rett le gusta cocinar. Y con eso me refiero a que hace algo más que carne en la barbacoa —dijo Jesse con una sonrisa—. Ése es el límite de Brock. Rett invitó a la familia a cenar el domingo un par de veces este último verano.

—Creí que la cena de los domingos era siempre en casa de la abuela.

—Antes era así. Pero Rick lo cambió el año pasado cuando Savannah tuvo que quedarse en cama estando embarazada de Joey. Él pensaba que le vendría bien tener compañía y, dado que no podía ir a Alpine, invitó a la familia a su casa. Desde entonces hacemos turnos, pero vamos todos a casa de la abuela al menos una vez al mes.

Skye sabía que eran esas cenas las que mantenían unida a la familia. Siempre había envidiado a los Sullivan por ser una familia tan numerosa, pero sentía que Aidan y ella habían estado más unidos porque sólo eran ellos dos.

Pero mientras intentaba asumir las mentiras de su hermano, se dio cuenta de que, por muy unida que estuviera a alguien, esa persona siempre podría sorprenderla. Sólo podía depender de sí misma.

—Me alegra que Rett cuente con tu ayuda —dijo Jesse.

—Supongo que te sorprendió saber que él había sido el donante —contestó Skye.

—Al principio sí —dijo Jesse mientras cerraba el horno con el pollo—. Pero después pensé que era muy propio de él. Es una de las mejores personas que conozco. Pero aun así va a necesitar mucha ayuda.

—Yo intento ayudar en lo que puedo.

—La niña os necesita a los dos —le aseguró Jesse—. Pero hazme un favor, no vuelvas a romperle el corazón. Brock me dijo que se quedó destrozado cuando te fuiste.

No esperó una respuesta de Skye, sino que se alejó por el pasillo

en busca de los hombres.

Skye se quedó mirándola y negando con la cabeza lentamente. Otra vez el mismo comentario. No podía creérselo. Brock ni siquiera había estado allí aquel verano. Y Rett no era de los que dejaban marchar algo que consideraban suyo. Sin embargo no había luchado por ella.

A Skye le había llevado largo tiempo admitir que había deseado que la siguiera, que luchara por ella. Y cuando finalmente se dio cuenta de que no iba a hacerlo, hizo algo realmente estúpido. Se casó con Brad.

Desterró los recuerdos de su mente y siguió a Jesse por el pasillo.

Jesse estaba justo al cruzar la puerta, con las manos en las caderas, contemplando la falta de avances en la habitación. En realidad habían encendido la videoconsola y estaban jugando a disparar.

Skye miró a Jesse y arqueó las cejas.

Jesse se llevó dos dedos a la boca y silbó. Cuatro cabezas se dieron la vuelta al mismo tiempo, todas con la misma expresión de sorpresa y culpabilidad.

—¿Sí, querida? —preguntó Brock ocultándose detrás de su pistola.

—Primero a trabajar, después a jugar —dijo Jesse—. Podréis probarla en su nueva ubicación cuando hayamos terminado.

Brock miró a Rett.

—Te lo dije.

—Te tenía acorralado —dijo Rett.

—Y yo os tenía a los dos —añadió Rick poniéndose en pie—. Vamos a seguir con esto —se situó al extremo del sofá—. Rett, agarra el otro extremo. Cole, embala el equipo de música dado que serás tú quien lo recoloque abajo.

—Skye, hemos traído algunas cajas que podrían sernos útiles. ¿Te importa sacarlas de nuestra furgoneta? Está aparcada en la puerta. Brock, vamos a ver lo que hay que hacer para mover el escritorio de Rett al taller —continuó Jesse. Skye agradeció las órdenes.

Todos se pusieron manos a la obra. Rett y Rick tuvieron problemas bajando los muebles grandes por las escaleras, pero

cuando se dieron cuenta de que podían pasarlos por la sala de estar y bajarlos por las escaleras de la terraza para meterlos después por la puerta de cristal, las cosas avanzaron deprisa.

En poco más de una hora lo habían recolocado todo. Después ya sólo era cuestión de ordenar las cosas.

Mientras Brock ayudaba a Cole a montar el equipo de música en la nueva sala de audiovisuales, Jesse y Rick llenaban de libros las estanterías de la nueva biblioteca y Rett y Skye preparaban la comida.

Ryann comía cereales sentada en la silla alta que alguien había llevado.

—Ha sido más rápido de lo que esperaba —dijo Skye mientras sacaba el pollo y las patatas del horno.

Rett guiñó un ojo y flexionó sus bíceps.

—Eso es, pequeña.

—Por favor —dijo ella riéndose—. Sabes que en el fondo queréis seguir con la partida que hemos interrumpido. ¿Llevamos la comida abajo?

—A los chicos les encantaría —contestó Rett—. ¿No te importa?

—Claro que no. Se está cómodo abajo. Y os lo habéis ganado.

—Genial. Hagámoslo entonces.

—Sí. Jesse y yo podemos mirar y después enfrentarnos al ganador.

—Me gusta cómo piensas —contestó Rett con una sonrisa.

A pesar de la indecisión de Rett con el tema y los colores, la habitación quedó espectacular. El púrpura y el verde iban bien con los muebles de cerezo.

—Mira tu nueva habitación, Ryann —le dijo Skye a la niña—. ¿Te gusta?

—Campanilla.

—Eso es. ¿Te gusta Campanilla?

—Sí.

—Ésta es mi parte favorita —Skye le mostró a Ryann el mural que Rett había pintado en la pared junto a la cuna. Era un árbol enorme con ramas y hojas que encajaba perfectamente con el tema de la habitación. Además había desmontado los dos móviles que había comprado, y para los que Skye había insistido que Ryann era demasiado mayor, y había colgado las hadas y las mariposas en el

árbol.

Skye agarró una de las hadas e hizo que moviera las alas. Ryann se rió.

—Yo quiero —dijo.

—¿Qué? ¿Quieres ser un hada? —levantó a la niña por encima de su cabeza y la llevó por la habitación—. ¿Quieres volar?

—¡Quiero volar! —gritó Ryann con los brazos estirados.

Skye dio otra vuelta, pero se detuvo al ver a Rett apoyado en el marco de la puerta.

—¿Se han ido todos?

—Sí.

—¿Estarás bien? Es un gran cambio.

—No tengo elección, ¿verdad? —inmediatamente levantó una mano y negó con la cabeza—. Olvida eso. Me acostumbraré. ¿Qué te parece? No está mal para ser un impulso del momento.

—Es fabuloso. Me encanta el árbol.

—Ha salido bien. Aunque el olor aún es un poco fuerte. Dormirá conmigo esta noche. Ven aquí, cariño. ¿Quieres volar?

Ryann prácticamente saltó a sus brazos. Él la levantó y le dio vueltas por la habitación. Skye estiró los brazos como una niña pequeña y fingió que volaba también.

Hicieron piruetas, se persiguieron y volaron lado a lado. Los gritos de alegría de Ryann eran contagiosos y Skye comenzó a reírse mientras saltaba por la habitación. Finalmente se dejó caer sobre la mecedora.

—Bueno, tengo que irme —dijo—. Tengo una consulta mañana a primera hora. ¿O necesitas ayuda para preparar a la niña para la cama?

—Gracias —contestó Rett sentando a Ryann sobre sus hombros —. Pero tenemos un sistema. Vamos a ducharnos, cepillarnos los dientes y a la cama.

—Muy eficiente —dijo Skye. No iba a imaginarse a Rett en la ducha. Simplemente no podía.

—De momento funciona —la siguió hasta el salón, donde Skye encontró su bolso—. Escucha, ¿quieres mudarte aquí?

Capítulo 8

—¿Qué? —preguntó Skye. No podía haber dicho lo que creía que había dicho.

—Eso no ha sonado bien —dijo Rett—. Necesito que me hagas un favor. Sólo sería por unos días. Tengo una conferencia en Nueva York. Me gustaría escaquearme, pero doy el discurso de presentación y me dan un premio.

—Bueno, entonces supongo que te echarían de menos. ¿De cuándo estamos hablando?

—Del jueves.

—¿Pasado mañana?

—Sí. Sé que es muy precipitado, pero se me fue de la cabeza con todo lo que ha sucedido.

—Me gustaría ayudar, pero estoy hasta arriba el resto de la semana. Tengo dos sesiones de compromiso y varias citas para fotos familiares de Navidad. Además, tuve dos bodas la semana pasada y tengo que preparar las presentaciones digitales.

—Sé que es pedir mucho. Y Jesse se la quedará durante los días que tengas que trabajar. Ryann estará bien porque podrá jugar con sus primos. Pero empieza a acostumbrarse a estar aquí. A estar conmigo. No quiero confundirla haciendo que duerma en otro sitio.

—Eso tiene sentido.

—Sé que es un gran favor, pero a ti te conoce y te quiere. Eres la única constante que ha tenido.

—Rett, no es que no quiera ayudar —era la idea de volver a estar en su cama la que la ponía nerviosa, porque el cuarto de invitados estaba demasiado lejos del de la niña.

—Oye, si no puedes hacerlo, lo comprendo. Veré si a Rick no le importa quedarse aquí.

—Está bien, lo haré —dijo Skye finalmente—. Si Jesse puede cuidarla durante el día, lo haré. No tengo bodas la semana que viene, así que podré terminar lo que no me dé tiempo. El jueves, ¿no? ¿Cuándo volverás?

—A última hora del domingo.

—Ah. Bueno. El domingo es…

—El cumpleaños de Ryann. Lo sé. Lo celebraremos la semana que viene —levantó la mano para tocarle el brazo a Ryann, que lo tenía alrededor de su cuello—. ¿Está dormida?

—Sí.

Le dio la vuelta con cuidado hasta acunarla en sus brazos.

—Podrá ducharse por la mañana.

—Claro. Yo me voy. Tengo cosas que hacer si quiero estar aquí otra vez el jueves. ¿Quieres que organice una fiesta para Ryann?

—Deja que lo piense —sujetó al bebé con un brazo y siguió a Skye. Cuando llegaron a la puerta le agarró la mano.

—Gracias por tu ayuda hoy. No podría haberlo hecho sin ti.

—Sí, podrías. Pero Ryann estaría compartiendo habitación con una tele gigante.

—Probablemente —admitió él con una sonrisa—. Ryann también te lo agradece.

—Nos vemos el jueves.

Tras meter a Ryann en la cama, Rett se duchó y se puso unos pantalones de chándal. En el fondo del armario abrió una caja fuerte, oculta tras una falsa caja de zapatos, y sacó de dentro una cajita de joyería. La abrió y se quedó mirando el anillo. Lo había diseñado quince años atrás en el monte Laguna para la mujer a la que amaba. Un diamante redondo de dos quilates.

Cuando Skye perdió al bebé y se fue al este, no se lo había creído. Había roto el diseño y lo había tirado. En aquella época había estado seguro de que entraría en razón y regresaría.

De acuerdo, no estaba preparado cuando anunció que estaba embarazada, le hizo una declaración precipitada, pero en el fondo ella tenía que saber que la amaba.

Seguro que en seis meses, un año como mucho, regresaría a sus brazos. Por eso volvió a pegar el diseño y se puso a trabajar en él. Para cuando Skye regresara, ya lo tendría terminado.

Pero no regresó. En nueve años. Y Aidan le dejó más que claro que no estaba interesada en retomarlo donde lo habían dejado. Así que había seguido con su vida, pero nunca se había olvidado de aquel verano, del amor que había entre ellos. Ni del bebé que habían perdido.

Volvió a guardar el anillo en la caja fuerte.

Y mientras programaba la alarma se dio cuenta de que nunca había dejado de extrañar a su mejor amiga.

Y aquel día había sido una amiga, ayudándole a superar su angustia en la tienda. Siempre lo comprendía; a veces mejor de lo que se comprendía a sí mismo.

Además Skye tenía razón; el bebé necesitaba su propio espacio. Y él necesitaba dárselo. El árbol le gustaba porque a Skye le encantaba. Y a Ryann, claro. Verlas a las dos volando por la habitación había hecho que los momentos caóticos del día merecieran la pena.

De pronto eran una familia y quería que durase. Así que había hecho el comentario sobre mudarse allí, lo cual había sido ridículo.

Buscó una excusa plausible y se acordó de la conferencia, que era una coartada perfecta. Había pensado pedirles a Rick y a Savannah que se quedaran con Ryann.

Aquello sería mejor. Sólo una amiga ayudando a un amigo.

* * *

Sin duda Rett Sullivan la tenía calada, pensaba Skye mientras sacaba fotos de la pareja prometida frente a la fuente del parque Balboa.

La ceremonia tendría lugar allí tres meses más tarde. Era un lugar maravilloso en un parque histórico lleno de jardines y museos.

La verdad era que a ella le encantaba tener a Ryann. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más tiempo deseaba pasar. En el fondo había temido que saber que Rett era el padre pudiera afectar a sus sentimientos hacia su sobrina, pero en todo caso esos sentimientos crecían día a día.

Eso la asustaba. Porque a veces los sentimientos dolían. Con los años se había enseñado a sí misma a no tenerlos.

Pero desde el principio Ryann le había hecho bajar la guardia.

Rett la había sorprendido al mencionar a una novia o esposa en el futuro, pero la realidad era que algún día sucedería. Skye no se imaginaba siendo amiga de la futura señora de Rett Sullivan. Lo que significaría que tendría menos relación con Ryann.

Tenía que empezar a distanciarse ya para prepararse. Antes de

que Ryann la necesitara demasiado. Y antes de que ella necesitara a Ryann.

Rett seguía sugiriendo que Skye volvería a casarse, pero ella lo dudaba. Tal vez por eso se mostraba tan tajante con lo de ser la última Miller, pues sabía en el fondo de su alma que no podría confiar lo suficiente para volver a amar.

Volvió a enfocar a la joven pareja. En esa ocasión la novia estaba de espaldas al novio y él la tenía rodeada con los brazos. Ella le dijo algo y se rió. Skye captó ese momento de complicidad y amor sincero, y supo que sería una buena foto.

Normalmente dejaba que las parejas posaran como quisieran al principio. Cuando ya se habían hecho las fotos más formales, eso les permitía seguir sus deseos con mayor libertad.

Skye ya había sufrido suficientes pérdidas en su vida. Por eso había endurecido su corazón frente a Rett.

Tal vez pensara en él en la ducha, mientras el jabón resbalaba por su piel húmeda, pero eso era todo.

Dio por terminada la sesión, la pareja se relajó y se dio un último beso. Skye captó el gesto con su cámara. Aquél era el único lugar para el romance en su vida.

Su cabeza gobernaba a su cuerpo y a su corazón. Tal vez se sintiese un poco sola, pero así no podrían hacerle daño.

* * *

Aún no había amanecido cuando Rett sacó su equipaje del asiento trasero del taxi y pagó al taxista a través de la ventanilla.

—Gracias.

—Gracias a usted —el taxista sonrió cuando Rett rechazó el cambio y se marchó antes de que pudiera cambiar de opinión.

Rett se alegraba de haber vuelto a casa. Había cancelado sus citas del domingo, así que nada más aceptar su premio la noche anterior, había cambiado el vuelo de vuelta. Lo que le permitió llegar a casa casi un día antes de lo planeado.

El viaje le había permitido la oportunidad de pensar mucho. Y cuanto más pensaba más cuenta se daba de que aquél era el primer cumpleaños de Ryann con él, y deseaba estar en casa con ella.

Puede que la niña no notase la diferente, pero él sí.

Y Skye también.

La noche anterior, mientras hablaban por teléfono, había vuelto a mencionar la idea de organizar una fiesta, pero él no quería grandes festejos. Deseaba pasar el día con su hija. Y con Skye.

Las había echado de menos a las dos. Mucho.

Dejó el equipaje en el salón y caminó por el pasillo. La puerta de la habitación de Ryann estaba entreabierta, así que entró. La niña estaba dormida de lado, con los rizos sobre la mejilla. Era la cosa más asombrosa que jamás había visto.

Se había destapado, así que volvió arroparla y le pasó una mano por el pelo.

De pronto la niña abrió los ojos.

—Hola, cariño. No pasa nada. Vuelve a dormirte.

—Papi —se quedó helado y el corazón le dio un vuelco.

No estaba preparado para aquello. Pero ya no había marcha atrás.

Trató de controlar el pánico y siguió acariciando a la niña hasta que volvió a dormirse.

Lo cierto era que llevaba con ella poco más de un mes, y sólo había estado fuera tres días, pero aun así la echaba de menos.

Y a Skye también. Ella había sido un regalo divino. Al igual que en el pasillo de la tienda, habría estado perdido sin ella. Incluso mientras sufría, se había ofrecido a ayudarlo. Por Ryann, sí, pero aun así él también se beneficiaba.

A pesar de sus quejas, sabía que Skye quería a Ryann. Él también se estaba encariñando. Se habían convertido en una familia temporal. Y tenía planes para convertirla en permanente. Pero eso podía esperar.

En aquel momento sólo quería irse a la cama. Con la mujer que había en ella.

Skye dormía en su habitación. Los primeros rayos de sol le permitieron verla bien. Su pelo oscuro extendido sobre la almohada, un contraste agudo con su piel de porcelana. Estaba dormida de lado con un brazo desnudo y una pierna desnuda abrazados a la colcha.

Rett había cometido un error al entrar en la habitación. Sólo había querido verla como había hecho con Ryann. Para asegurarse

de que estuviese bien.

Pero el cansancio debilitaba su autocontrol. No quería irse al piso de abajo a dormir en una cama vacía. Se quitó los zapatos mientras se desabrochaba los botones de la camisa. Deseaba meterse en esa cama; acurrucarse con aquella mujer.

Su mujer.

Siempre la había considerado suya; la distancia y el matrimonio no habían cambiado aquello, ni sus propias negaciones. En su corazón siempre sería suya.

Cuando se quitó los pantalones y se acercó a la cama en calzoncillos, se dijo a sí mismo que controlaba la situación. Sólo deseaba abrazarla mientras se quedaba dormido.

Se tumbó a su lado y deslizó una mano por su brazo. Entrelazó los dedos con los suyos y le dio un beso detrás de la oreja antes de dirigirse hacia su boca.

—Despierta, cariño —le dijo mientras la abrazaba—. Ya estoy en casa.

Oh, sí, se había mentido a sí mismo.

Skye se despertó como en una nube sensual. Había soñado con Rett, que había vuelto a casa temprano y se había metido en su cama. Le llevó sólo unos segundos darse cuenta de que aquello no era un sueño.

—¿Rett?

—Estoy aquí, cariño —le dijo mientras deslizaba la lengua por su cuello.

—Pero…

No llegó a terminar porque la besó antes. Medio dormida no podía enfrentarse a sus artes amatorias. Le robaba la respiración y la voluntad con sus caricias.

—Espera —le dijo, intentando encontrar el sentido en un mundo que de pronto se había vuelto loco—. ¿Por qué estás aquí?

Él se apartó y deslizó un dedo por su mejilla.

—Echaba de menos a mis chicas.

—Pero yo no soy tuya —la respuesta fue automática y necesaria. Necesitaba un momento para pensar, para volver a subir la guardia. Pero Rett no le dio tiempo.

—Siempre has sido mía —dijo. Y lo demostró devorando su boca de nuevo, pero con más urgencia.

Su sabor la transportó a otro tiempo y a otro lugar. Un tiempo de libertad y de amor. Y entonces hizo algo con aquellos dedos diestros que hizo que ella se arqueara sobre la cama.

Rett hacía que se sintiera deseada, mimada. Cada caricia de su mano, cada beso de sus labios iba dedicado a darle placer. Ella le dio lo mismo, se deleitó con su cuerpo masculino y se aferró a él mientras la llevaba a las cotas más altas del placer, hasta que se dejó caer con todo el calor y el brillo del sol naciente.

Cuando Skye volvió a despertarse, estaba entre los brazos de Rett. Había soñado con aquella escena tantas veces durante los años que lo pellizcó para ver si era real.

—¡Ay! —él le aprisionó la mano contra su pecho—. ¿A qué ha venido eso?

—Te lo merecías. Por colarte en la cama de una mujer.

—Es mi cama.

—No mientras yo esté en ella.

—Sobre todo cuando estás en ella.

Skye sintió sus labios en el pelo e intentó no dejarse afectar por aquel gesto tierno.

—¿Por qué estás en casa?

—Ya te lo he dicho. Echaba de menos a mis chicas.

—Vamos —Skye dobló la sábana sobre su abdomen. Deseaba tocarlo, pero sabía que no debía. Tenía que levantarse y ducharse. Cuanto más se quedara ahí, más duro sería convencerse después de que todo había sido un sueño—. ¿Qué ha ocurrido?

—Hablo en serio. Fuiste tú la que me recordó que éste era el primer cumpleaños que Ryann pasaba conmigo. Decidí que quería estar en casa con ella.

—Eso es bonito —y tenía que ver con Ryann, no con ella. Pero eso era lo mejor. Tal vez así podría conseguir algunas respuestas. Se tapó con la sábana, se incorporó sobre un codo y lo miró a los ojos —. ¿Qué te hizo hacerlo?

Rett no fingió no entenderla.

—Aidan sufría. Cassie deseaba tener un bebé y él no podía dárselo. Nos pidió a Rick y a mí ayuda. Lo echamos a suertes y gané yo.

—¿Ganaste? ¿Es así como lo ves? —era de su hermano de quien estaban hablando y aun así le parecía una traición.

—Estaba sufriendo —repitió Rett—. Yo haría lo mismo por cualquiera de mis hermanos.

—¿Sigues diciendo eso después de tu ataque de pánico en Toys ‘R’ Us?

—Bueno, se suponía que Aidan no debía morir. Pero sí. Lo del otro día fue un lapsus temporal. Tú me apartaste del abismo.

—Rett…

—Shhh. Siento que esto te duela. Siento que Aidan no te lo contara. Pero no se trataba de ti. Yo ayudé a alguien a quien quería.

Eso indicaba que ni siquiera había tenido en cuenta sus sentimientos. Skye se apartó y se sentó al borde de la cama. Ya tenía sus respuestas.

—No he preparado nada para el cumpleaños de Ryann porque me dijiste que esperase, pero probablemente podamos organizar una fiesta o una barbacoa para esta noche.

—Skye —dijo él estrechándole la mano.

Pero Skye apartó la mano inmediatamente.

—¿Pizza o barbacoa?

—Ninguna de las dos. Hagamos algo sencillo los tres juntos.

—Probablemente a Ryann le encanten las atracciones de la pizzería.

—En ese lugar hay mucho ruido. ¿Qué te parece un picnic en la bahía?

—Perfecto —para Ryann. Y era su día. Skye quería protestar, pero tendría que aceptar—. Se lo pasó tan bien con el carro en casa de la abuela que le he comprado uno por su cumpleaños. Podemos comer y después llevarla a dar un paseo.

—Genial. ¿Qué le compro? ¿Qué cosas necesitamos?

—No sé —contestó ella. Intentó levantarse, pero Rett le pasó un brazo por la cintura—. No necesita nada. Tus cuñadas vinieron anoche y trajeron muchas cosas.

—¿Sí?

—Espero que no te importe —lo miró por encima del hombro—. Imaginaron que lo disfrutaría más que tú.

—Imaginaron bien. Fue muy considerado por su parte.

—Fue divertido. Son geniales. Me gustan mucho.

—Me alegro. Skye, mírame.

—Tengo que ir a ducharme. Ryann se despertará pronto.

—Es importante —la arrastró de nuevo hasta el centro de la cama para hacer que lo mirase—. Antes de entrar aquí pasé por la habitación de Ryann. Me llamó «papá».

—Te conmovió, ¿verdad?

—Dios, sí.

—Será mejor que te acostumbres.

—Supongo —suspiró—. ¿A ti te parece bien?

Skye cerró los ojos un momento para controlar una súbita explosión de tristeza al recordar que Ryann nunca conocería a Aidan. Pero la verdad era que la pequeña ni siquiera lo recordaba. Además sería Rett quien la criaría; se merecía el título.

Y sería más fácil para Ryann.

¿Le dolía? Claro, pero la vida continuaba. Y sabía bien cómo se sentía él.

—A mí me llamó mamá dos veces mientras estabas fuera.

—Oh —levantó su mano y le dio un beso en los dedos.

—Lo sé. Yo la corregí, pero no le di mucha importante —pero había sido un aviso de que era el momento de echarse a un lado. La aventura de aquella mañana simplemente confirmaba aquel mensaje.

—Claro que no —convino él—. Ella no conoce el significado. No es que se haya olvidado de su madre. Es que tú estás haciendo todas las cosas que Cassie solía hacer por ella. Es normal que te ubique en ese rol.

—Y que tú seas papi.

Rett levantó la mirada de sus dedos entrelazados y la miró.

—No iba a hacer esto ahora, pero…

—Campanilla, Campanilla —dijo una vocecilla a través del monitor—. En el cielo.

Skye le devolvió la mirada a Rett y ambos se sonrieron.

—Nuestra pequeña está despierta.

—Eso parece. ¿Qué estabas diciendo? —preguntó ella.

—He estado pensando que…

—¡Mamá, mamá! —gritó Ryann, y Skye supo que estaría de pie en su cama, agitando los barrotes de la cuna.

—Lo siento —dijo Skye con un suspiro; decepcionada y aliviada por la interrupción—. Ése es mi despertador.

—Qué graciosa —dijo él—. Iré yo a por ella —le dio un beso,

salió de la cama y la obsequió con una bonita imagen de sus nalgas —. Retomaremos esto más tarde —le prometió mientras se ponía los vaqueros.

Salió del dormitorio y Skye se dejó caer boca arriba sobre la cama. ¿Qué había hecho? Hacer el amor con él no era la manera de mantener la distancia.

Un momento. Acostarse con él. El amor no tenía nada que ver con lo que acababa de ocurrir en aquella cama.

—Hola, cariño —se oyó la voz de Rett a través del monitor—. Rett… papi está en casa. ¿Me has echado de menos?

Mientras los escuchaba hablar, Skye se preguntó qué habría estado a punto de decir. Se preguntó si querría oír más.

¿En qué estaría pensando Rett? Ella al menos podía justificarse diciendo que estaba medio dormida cuando él se había metido en la cama. Y aun así no era excusa.

Aquella situación era demasiado complicada. Esos últimos días con Ryann habían sido duros. Cada momento que pasaba con ella hacía que fuera más duro resistirse a su dulzura y al afecto que entregaba de forma incondicional. Había perdido a sus seres queridos y aun así mantenía su inocencia, su alegría por la vida.

Skye sentía compasión y empatizaba con ella. Deseaba protegerla del vacío que la vida podía ofrecerle. Pero ése era el trabajo de Rett. Ella había hecho lo que se había propuesto hacer; ayudar a crear un vínculo entre ambos. Ya no la necesitaban, lo cual era bueno. Excelente. Disfrutaría de aquel día y después se echaría discretamente a un lado. Pronto dejaría de echarlos de menos.

Estar en sus brazos de nuevo la había transportado a otro tiempo y a otro lugar, a un tiempo de amor, de libertad y de esperanza por el futuro. Por entonces ella era muy abierta y optimista, estaba dispuesta a enfrentarse al mundo con Rett a su lado.

Acostarse con él le daba vitalidad y una conexión que echaba de menos en su vida. Más que su cuerpo, Rett había tocado lugares que ella mantenía aislados del mundo.

Caminaba sobre una cuerda floja emocional y un paso en falso podía hacer que se cayera.

¿Y por qué quedarse allí reviviéndolo todo cuando debía utilizar aquel tiempo para ducharse y vestirse? ¿Estaba esperando que Rett

regresara para ducharse con ella? La idea fue suficiente para ponerla en marcha.

Salió de la cama y se refugió en el cuarto de baño. Tal vez se diese una ducha fría. Si estaba imaginándoselo con ella bajo el chorro de la ducha, entonces obviamente necesitaba una pequeña terapia de choque.

Capítulo 9

Rett cambió y vistió a Ryann mientras Skye se duchaba. Y además hizo un buen trabajo, al vestirla con unos vaqueros morados y una camisa rosa con lunares.

—Los abuelos de Ryann querrán verla hoy —le dijo Skye mientras hablaban de sus planes durante el desayuno—. Me llamaron esta semana para saber si había una fiesta planeada.

—Claro, podemos pasarnos por ahí antes de ir a la bahía.

Skye se mordió el labio.

—Creo que yo debería saltarme esa visita. Les dolería oírla llamarme… —miró a Ryann, que estaba sentada en su silla metiéndose melocotones en rodajas en la boca más rápido de lo que podía masticar— la palabra que empieza por M.

—Sí, tienes razón —dijo Rett—. Voy a llamarlos para saber si puedo ir ahora. Así podrías ponerte al día con el trabajo, o lo que sea, y podremos marcharnos a la bahía cuando regrese.

—Eso sería genial. Quería hacer unas pruebas hoy.

—Voy a llamarles.

Los Gleason se mostraron encantados de recibirlos, así que Rett y Ryann salieron por la puerta.

—Oye —dijo Skye, y Rett se detuvo en la puerta—. Mientras estáis fuera prepararé el regalo de Ryann. Llámame para avisarme cuando estéis llegando a casa.

—Lo haré —respondió él—. No te molestes en preparar comida. Pasaremos por la tienda y compraremos todo lo necesario —añadió antes de cerrar la puerta.

Aliviada de tener tiempo para ella, Skye guardó sus cosas y llevó su bolsa al coche. Quería poder marcharse deprisa al finalizar el día. De hecho no veía razón para tener que volver a entrar en la casa. Eso era bueno.

Si no entraba en la casa, no podría acabar en la cama de Rett.

Después sacó el carro de plástico rojo del armario de Rett y le colocó encima el enorme lazo que había comprado. Ryann lo vería en cuanto entrara por la puerta.

Como Rett le había dicho, Skye no se molestó en preparar comida, pero sí preparó algunos zumos y aperitivos para Ryann.

Se llevó el café y el móvil al despacho, se sentó en la silla de cuero, abrió el primer archivo y, en cuestión de segundos, ya estaba inmersa en su trabajo.

Cuando sonó el móvil, frunció el ceño por la interrupción. ¿Cómo podía ser eso si acababa de empezar? Pero al mirar el reloj comprobó que habían pasado dos horas.

—Hola.

—Estaremos ahí en tres minutos —le dijo Rett—. ¿O quieres que dé un par de vueltas a la manzana?

—No. Estoy preparada —era el tiempo justo para apagar el ordenador y guardarlo en su coche.

—Bien. Ahora nos vemos.

A Ryann se le salieron los ojos de las órbitas nada más ver el carro.

Entusiasmada por su reacción, Skye le sacó una foto con la cámara del móvil.

Ryann se retorció hasta que Rett la dejó en el suelo y corrió hasta montarse en el carro. Miró a su padre y dijo:

—¡Montar!

Skye se rió.

Rett la miró con el ceño fruncido.

—Ya veo cómo funciona. Tú te llevas la gloria y yo pongo el trabajo.

—Antes querías saber lo que podías ofrecerle.

Rápido y ágil como un gato, atravesó la sala y la besó acaloradamente.

—¡Papi, montar! —exigió Ryann.

—Te he echado de menos —le dijo Rett. Le dio otro beso rápido y se dispuso a darse la vuelta.

Pero Skye lo agarró de la pechera de la camisa y lo mantuvo ahí.

—¿Qué te propones, Rett Sullivan?

—¡Papi!

—Se ha acostumbrado enseguida.

—Ha estado practicando —dijo él—. Voy a darle un paseo por el pasillo. Luego guardaremos las cosas y nos iremos. Podemos hablar cuando lleguemos a la bahía.

—Oh, desde luego que sí —prometió ella.

Él respondió con una sonrisa depredadora.

Segura con sus decisiones, Skye levantó la barbilla. No la ponía nerviosa, o eso se decía a sí misma, ignorando su piel de gallina.

Días así eran la razón por la que Skye adoraba San Diego. Cielos azules moteados con nubes y veintiún grados de temperatura a principios de noviembre; no podía encontrarse nada mejor en todo el mundo.

En la bahía encontraron un pedazo de sol y extendieron una manta.

—Montar —dijo Ryann señalando hacia el coche, donde sabía que estaba guardado su carro.

—Después de comer —le dijo Rett, y sacó un zumo para distraerla mientras Skye le aplicaba protección solar.

—Mira los pajaritos —le dijo cuando terminó.

—Pajaritos —gritó Ryann, y salió corriendo hacia un grupo de pájaros negros que comían a pocos metros de distancia. Los pájaros salieron volando y Ryann los persiguió.

—Rett.

—Ya voy —Rett se puso en pie y corrió detrás de Ryann.

Mientras padre e hija exploraban la naturaleza, Skye preparó la comida. En la tienda habían comprado un bocadillo gigante, varias ensaladas, fruta fresca y algunas galletas de chocolate para el postre. Su propio festín.

Finalmente Rett agarró a la niña bajo el brazo como si fuera una pelota de fútbol y la llevó de vuelta a la manta.

—Estamos hambrientos —anunció.

—¡Hambientos! —confirmó Ryann con una enorme sonrisa.

—La comida requiere un beso —dijo Skye haciéndole cosquillas en la tripa a Ryann, que se retorció gritando de alegría.

Se apiadó de ella y se acercó para darle un beso, pero la niña le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso baboso. Riéndose, Skye se la quitó a Rett y la sentó frente a ella en la manta.

Rett se sentó a su lado.

—Mi turno —dijo pasándole una mano a Skye por el cuello para darle un beso.

Ella se apartó y centró su atención en Ryann.

—Oye —dijo Rett levantando su lata de refresco—. Se me olvidó

decirte que me llamó Bourne y me dijo que los de Servicios Sociales ya han terminado su informe sobre nosotros y nos dan la aprobación como tutores de Ryann.

—Eso es fantástico —dijo Skye aliviada, y brindó con su botella de agua. Estar vigilados había sido algo desesperante—. Así que ya es oficial.

—Sí. Es nuestra.

Después de comer, Skye recogió los restos de la comida mientras Rett se tumbaba con los brazos debajo de la cabeza y se quedaba dormido. Ryann se sentó a su lado y comenzó a jugar con sus dedos.

—¿Papi duerme?

Skye asintió.

—¿Quieres ir a jugar con los juguetes?

A la niña se le iluminaron los ojos y salió corriendo.

—Espérame —durante la siguiente media hora, jugó con ella. Ryann estaba llena de energía; de hecho Skye agradeció ver a Rett esperando con el carro—. Vamos, cariño —despegó a Ryann de un tobogán y la llevó pataleando y gritando hacia su padre. Se calmó cuando vio a Rett de pie junto al carro rojo.

—¡Montar! —gritó dando palmas.

Skye la soltó y la niña corrió a subirse al vagón.

—¡Vamos, papi!

Juntos comenzaron a caminar por el parque bajo el sol de aquel hermoso día.

Cuando se acercaban al centro de información, Skye oyó que alguien gritaba su nombre. Era la novia de una boda para la que había hecho las fotos hacía un mes. Hizo las presentaciones, pero cuando la novia le pidió unos minutos para presentarle a una amiga que se casaba en Año Nuevo, Skye le dijo a Rett que siguiera y que ella los alcanzaría luego.

La amiga de la novia estaba encantada con el trabajo de Skye incluso antes de conocerla. Le mencionó la fecha de su boda y Skye le dijo que la llamara la semana siguiente. Pocos minutos más tarde se excusó y se fue a buscar a Rett y a Ryann.

No debía de haber estado tanto tiempo como pensaba, pues no tardó en alcanzarlos. Se disculpó por abandonarlos y Rett le preguntó por su trabajo.

—Me encanta. Hago retratos y bodas. Cada boda es diferente

porque se trata de la gente implicada. Cada novia tiene sus propias fantasías sobre la boda de sus sueños. Y en eso es en lo que me centro, para darle a cada novia su propia experiencia.

—Apuesto a que tienes muchas referencias.

—Sí. Casi todo mi trabajo sale de las recomendaciones. Les doy a todas mis parejas un vale de regalo para su primera foto navideña. Es una manera de recordarles que también hago retratos. Mucha gente se aprovecha y la mayoría acaba comprando más.

—Qué lista —dijo él.

Una pareja de ancianos se detuvo frente a ellos y los obligó a pararse de nuevo.

—Les hemos visto cuando hemos pasado antes —dijo la mujer con una sonrisa—. Y debo decir que tienen una familia maravillosa. Da gusto verlos.

—Oh, bueno… —Skye no sabía qué decir.

—Gracias —dijo Rett—. Ustedes también hacen una pareja adorable. Espero que nosotros sigamos de la mano de aquí a treinta años.

—Es todo un cumplido —dijo la mujer—. Mantengan esa alegría en sus corazones y no habrá nada que no puedan lograr juntos.

—Gracias por el consejo —respondió Rett, y comenzó a caminar de nuevo.

Skye lo alcanzó enseguida.

—Qué pareja tan agradable. ¿Cómo has podido engañarlos de esa forma?

—Fácil. Eran una pareja agradable. ¿Por qué avergonzarlos por haber sacado una conclusión evidente?

—Porque es mentira.

—No del todo. Somos una familia, aunque no una convencional. Cosa que creo que deberíamos cambiar.

Skye se detuvo en seco.

—¿De qué estás hablando?

—Pues de lo que acabo de decir. Ya somos una familia. Creo que deberíamos hacerlo oficial.

—¿Oficial? —A Skye se le aceleró el corazón. No. No podía hacerle lo mismo otra vez.

—Deberíamos casarnos.

Y ahí estaba. La proposición menos romántica de la historia. Una

fuerte sensación de *déjà vu* la hizo retroceder quince años hasta un momento de decepción, dolor y pérdida.

Por un momento no pudo respirar del dolor. Cuando lo logró, se dio la vuelta y se alejó.

—¿Dónde vas? —preguntó él—. ¿No crees que deberíamos hablarlo? Somos sus tutores. Sería conveniente. La solución perfecta a esta situación.

—No quiero casarme por una situación —contestó ella sin mirar atrás. Y cuando sintió que lo tenía detrás, aceleró el paso y empezó a correr.

—¡Skye!

No. Con lágrimas en los ojos, Skye siguió corriendo y poniendo tiempo y distancia entre ella y el dolor que le pisaba los talones.

Capítulo 10

Un breve trayecto en taxi más tarde, Skye estaba sentada en una ladera con la barbilla apoyada en las rodillas. Le encantaba aquel parque, aquel lugar, donde el mundo se abría ante ella. Desde aquel punto aventajado, el cielo se extendía por la bahía. O en días como aquél, cuando la penumbra de la mañana ya se había disipado y las nubes flotaban alejadas de la costa, podía contemplar el vasto océano Pacífico.

A veces llevaba a las parejas allí para las fotos de su pedida. La hierba y los árboles eran magníficos y las vistas espectaculares.

Desde que podía recordar, Skye había ido allí a celebrar la vida y a olvidar las penas. Pero aquel día ni siquiera la paz y la belleza del parque Kate O. Sessions podían calmarla. Aquel día las vistas quedaban empañadas por las lágrimas que no lograba controlar.

La proposición de Rett, inspirada por el deber, había quebrado sus emociones. Y aunque sabía que sus acciones se debían a un profundo sentido de la obligación y la responsabilidad, Skye no podía aceptarlo ni perdonarlo.

Se había enseñado a sí misma a que no le importara, pero aquello abría viejas heridas del pasado, como si el destino le hubiera dado una bofetada. Y le enfadaba más aún estar tan disgustada.

Ella no amaba a Rett, no quería amor.

Aun así la ausencia de emoción en su proposición era como un jarro de agua fría. Años atrás había creído en su amor; se había convencido a sí misma de que el embarazo no planeado los uniría más, que serían una familia.

Sin embargo su proposición le había hecho darse cuenta de que se equivocaba. Obviamente lo que tenían no era especial.

Un cuerpo grande y masculino se sentó en la hierba junto a ella, con un cochecito a su lado. Con la esperanza de que se marchara, Skye ignoró a Rett.

Tras varios minutos, él se quitó las deportivas y los calcetines. Después se remangó los vaqueros, se apoyó sobre las palmas de las

manos y hundió los dedos de los pies en la hierba.

No dijo una sola palabra, simplemente se quedó sentado a su lado. El silencio proveniente del cochecito significaba probablemente que Ryann estaría dormida.

Pasó el tiempo, pero, cuando antes las vistas del parque no habían podido distraerla, Rett sí podía.

Lo miró por el rabillo del ojo. Estaba recostado absorbiendo la luz del sol. La cadena dorada que contenía una medalla de San Cristóbal brillaba contra la piel bronceada de su cuello.

Normalmente vestía con estilo. Ella lo consideraba su vena artística, que salía a la superficie. Era sexy. Su seguridad y la gracilidad con la que se movía eran muestras de la confianza que tenía en sí mismo. Era todo un hombre y no se disculpaba por ello.

Pasaron diez minutos, después veinte. ¿Por qué no se marchaba? ¿No captaba la indirecta de que su respuesta era no?

Skye se echó hacia un lado y se giró hacia la izquierda para no verle las piernas y los pies. De acuerdo, le llevó veinte segundos darse cuenta de que había cometido un error. Porque ahora se torturaba preguntándose si se marcharía o no.

Claro que sabía que no lo haría. A pesar de haber aumentado la distancia entre ellos, aún lo notaba: una presencia sólida e inamovible detrás de ella. Además era demasiado dogmático y demasiado perverso como para ponérselo fácil.

Se obligó a esperar cinco minutos para darle la oportunidad de captar el mensaje antes de darse la vuelta para enfrentarse a él. Pero no estaba allí.

Sintió un intenso dolor por su deserción que hizo añicos la ilusión de control e indiferencia. Así que lloró; simplemente apoyó la cabeza sobre sus rodillas y dejó que brotaran las lágrimas. Lágrimas tristes. Lágrimas furiosas. Lágrimas confusas. Por la pérdida de Ryann, por la pérdida de su bebé, por la pérdida de un amigo.

Su cuerpo se convulsionó bajo el impacto de las emociones.

Y entonces unos brazos fuertes la rodearon y tiraron de ella hacia atrás.

—Estoy aquí, cariño. No me he ido a ninguna parte —dijo Rett—. Lo siento. Ryann estaba despertándose. Simplemente he ido a darle una vuelta para calmarla.

Le rodeó el pecho con el antebrazo; ella lo rodeó con las manos y se aferró a él mientras dejaba salir las lágrimas.

—Lo siento —repitió Rett, y Skye oyó la sinceridad en su voz—. Sé que lo he estropeado. Es porque ya lo tenía todo planeado en mi cabeza. Tiene mucho sentido. Los dos nos preocupamos por Ryann. Ella te conoce y te quiere. Somos una familia, Skye. No dejes que mi falta de elocuencia te impida pensar en mi proposición.

—Oh, eres bastante elocuente —dijo ella. Se apartó de su abrazo y se secó las mejillas—. Pero el matrimonio es una locura.

—Sales corriendo asustada porque no quieres que vuelvan a hacerte daño. Te estoy ofreciendo la posibilidad de tener una familia sin el riesgo de que te hagan daño.

Skye se quedó helada y después se volvió para dirigirle una mirada acusadora.

—Eso no existe.

—Nosotros hemos estado haciéndolo. Ambos hemos creado una familia para Ryann. Lo que tenemos funciona. Sólo sugiero que lo hagamos legal.

—Pero hay un problema con eso —contestó ella a la defensiva —. Casarme contigo.

—Esta mañana no tenías ninguna queja.

Skye lo apuntó con un dedo a la cara.

—No me eches eso en cara.

Rett le agarró el dedo con la mano.

—¿No podemos al menos hablarlo como adultos? No quiero discutir, Skye. Hablo en serio. Habla conmigo —le soltó la mano y señaló hacia el cochecito—. Sé que te preocupas por ella. ¿No se merece unos pocos minutos?

¿Por qué tenía que meter a Ryann en eso? Claro, que ella era el motivo verdadero de su proposición. Nunca se trataba de Skye, nunca se trataba de lo que había entre ellos.

Y se recordó a sí misma que eso era algo bueno, porque ya no había nada entre ellos.

Tomó aliento y lo dejó escapar lentamente. Podría mantener una conversación breve. Y él tenía razón; no podía desaparecer sin más. No importaba lo mucho que fingiera lo contrario.

Si accedía a eso, y no podía creer que estuviese planteándoselo, sólo sería por el bien de Ryann.

Eso era exactamente lo que Rett estaba diciendo.

—Te escucho —dijo al fin—. Haces que suene tan fácil.

—No hay razón para que no lo sea —respondió él estrechándole la mano—. Ella ya ha perdido a su madre; tener a su tía en su vida es más importante que nunca.

Skye se quedó mirando su mano. ¿Por qué se resistía tanto? Hacía unos minutos estaba llorando al pensar que los había perdido a los dos, y allí estaba Rett ofreciéndoselo todo otra vez.

—Pero yo no soy…

—Sí lo eres. Legalmente eres su tía, pero también en tu corazón. No lo niegues.

Skye asintió lentamente; él tenía razón.

—Ryann te necesita, Skye. Necesita una madre. Mientras estabas con tu clienta, anunció que tenía que ir al baño. Me pareció que era rizar el rizo. Pero me di cuenta de que soy padre soltero, era mi trabajo. Después de calmarme la llevé al baño de hombres. Dios, son lugares espantosos.

Se pasó ambas manos por el pelo y apretó los puños con frustración antes de dejarlos caer sobre su regazo. Le dirigió entonces una mirada de súplica.

—No me hagas repetir eso de forma habitual. No puede ser bueno para ella.

Skye se quedó mirándolo asombrada y horrorizada por la historia.

—No voy a casarme contigo para mantener a Ryann alejada de los baños de hombres.

—Es una preocupación legítima.

—Sí, pero no es una razón para casarse.

—Es sólo un ejemplo de por qué necesita una madre.

Skye apartó la mirada. Rett le había dado el único argumento contra el que no podía defenderse. Ella perdió a su madre cuando tenía seis años y, aunque comprendía que su padre había hecho todo lo posible, había veces en las que había deseado que estuviese su madre. Alguien con quien hablar, alguien que la escuchara, que la ayudara a pasar de niña a mujer.

Skye podría ofrecerle eso a Ryann.

Rett le golpeó el hombro con el suyo para llamar su atención.

—Nos gustamos.

—Nos hacemos daño.

—El incidente del baño confirmó que tenía razón. Necesita una madre —repitió. Le dio la mano y jugueteó con sus dedos—. Me gustaría que fueras tú. Habéis sido amigas desde siempre. Sí, nosotros tenemos un pasado, pero somos compatibles y hay química entre nosotros. Esto podría funcionar.

—Creo que estás simplificando nuestro pasado. ¿Qué me dices del hecho de que te rompiese el corazón?

—Mejor empezar de cero. Dejemos el amor fuera de la ecuación.

Skye miró hacia la bahía y se apartó el pelo de la cara.

—Perdimos un bebé, Rett. No puedo olvidar eso.

—No. No me refería a eso —Rett le puso un dedo en la barbilla y le giró la cabeza—. La pérdida de nuestro bebé es una cicatriz que los dos tendremos siempre, pero no debería impedirnos seguir hacia delante con nuestras vidas.

—Quizá. No lo sé —había dejado sus diferencias a un lado esas últimas semanas por el bien de Ryann, pero no estaba segura de poder hacerlo a jornada completa.

—Mamá —Ryann apareció frente a ella frotándose los ojos—. Estoy despierta.

—Sí, así es —Skye la tomó en brazos. La niña apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos. Skye sintió las lágrimas en la garganta ante aquella muestra de confianza y amor incondicional.

Rett le pasó una mano por el pelo a Ryann y después miró a Skye a los ojos.

—Ahora hay otro bebé que nos necesita.

Cansada física y espiritualmente, Skye entró en su apartamento. Dejó su bolso en la entrada y llevó el portátil con ella hasta el sofá. Se dejó caer, puso los pies sobre la otomana y apoyó la cabeza en el respaldo.

Era agradable estar en casa. O eso intentaba decirse a sí misma. En realidad se sentía fuera de lugar. Había pasado tanto tiempo en casa de Rett últimamente que su propia casa le parecía fría e impersonal. Demasiado tranquila.

Pensaría en ello.

Eso era lo que le había dicho a Rett en respuesta a su proposición de matrimonio. Su cabeza le decía que lo rechazara directamente, pero su corazón dudaba.

¿Quién habría creído cuando se escondía de los chicos y de los hombres de su vida para leer una novela romántica que algún día iba a protagonizar una? Y allí estaba ella, dispuesta a decirle a cualquiera que no había nada romántico en una proposición sin amor.

Pero ella no buscaba amor.

Había considerado aquello desde el punto de vista equivocado, como la joven que había sido en el pasado, herida por una proposición sin amor y en busca de un final feliz.

Pero Skye ya no era esa chica. Era una mujer fuerte e independiente que sólo confiaba en sí misma. Una mujer que no pensaba casarse y formar una familiar porque había aprendido que era mucho más fácil estar sola que sufrir.

Y aun así Ryann había logrado hacerle bajar la guardia. Ella había sido la única luz en su vida desde que perdiera a Aidan. Por mucho que se resistiera, Ryann había ganado. Skye la quería con todo su corazón.

Cuidar de Ryann aquellas últimas semanas había llevado alegría a su existencia aburrida; le había dado un objetivo. No quería perder eso.

La proposición de Rett lo cambiaba todo.

No se engañaba a sí misma. Padre e hija eran un paquete inseparable.

Si se negaba, su relación actual con Rett terminaría. Su contacto con Ryann se volvería limitado como poco. Skye podría luchar por su custodia, pero él era el padre. Los tribunales se pondrían de su parte.

Rett estaba convencido de que Ryann necesitaba una madre. Si Skye le decía que no, estaba segura de que encontraría a otra.

Desde el principio su instinto de supervivencia había insistido en que mantener la distancia con Rett era la única manera de relacionarse con él. Había dejado ese instinto a un lado para ayudar a Ryann. Y había acabado cayendo otra vez.

Había pasado la mañana en sus brazos.

¿Y tan terrible había sido? Sí y no.

Sí, porque estar con él dejaba al descubierto su vulnerabilidades. No, porque en sus brazos se sentía viva como hacía tiempo que no se sentía.

Encendió la televisión con el mando y pasó de canal en canal sin pensar. Su mente daba vueltas en círculos. Deseaba unos minutos de desconexión.

Finalmente el cansancio emocional pudo con ella y se quedó dormida. Una hora más tarde se despertó con el cuello dolorido, un rugido en el estómago y una nueva determinación.

Era demasiado tarde para proteger su corazón de Ryann. En resumen, Skye haría cualquier cosa por mantener a Ryann en su vida. No amaba a Rett, así que un matrimonio sin amor no sería tan malo.

Pero primero quería estar segura de poder dejar el pasado atrás. Cuando tuviera la respuesta a esa pregunta, accedería a casarse con él. O desaparecería.

Capítulo 11

Rett estaba sentado frente a Skye en un tradicional restaurante mexicano de la ciudad vieja. Le había llamado y le había pedido que se reuniera con ella allí. Obviamente para hablar de su proposición, pero no estaba hablando, al menos con él.

Inquieta, mordisqueaba los nachos con salsa, charlaba con el tipo del agua, con el camarero, con la banda mariachi. Con todos menos con él.

El camarero les llevó la bebida. Skye agradeció su aparición, le dirigió una sonrisa y le preguntó por las especialidades. Podía hablar todo lo que quisiera. Rett tallaba gemas preciosas de piedras en bruto, así que sabía ser paciente.

—Estás nerviosa, Skye —le dijo después de pedir—. ¿Tanto miedo doy?

—Claro que no.

—¿Entonces por qué estás evitándome después de pedirme que nos reuniéramos aquí? Esperaba una respuesta. Tienes la mala costumbre de dejar mis proposiciones en el aire.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que dejaste mi última proposición en el aire. Y ahora me estás dando largas de nuevo.

—Es cierto —dijo ella antes de dar un trago al vino—. No lo llevo bien.

—¿El qué?

—Lo de aceptar tu proposición.

—Me estás matando. Esto debería ser fácil. Lo único que tienes que hacer es decir que sí.

—Ésa es la cuestión. No estoy preparada para decir que sí sin más. Tengo algunas condiciones.

—¿Por qué no me sorprende?

—¿Estás enfadado?

—No —aunque sí frustrado—. Estoy intentando comprender qué ocurre aquí.

—Estamos cenando y hablando de tu proposición.

—Creí que estabas aceptando mi proposición.

—Estoy dispuesta a aceptar tu proposición. Sabes que quiero a Ryann. Pero tengo que saber que tú y yo funcionaremos bien juntos.

—Creí que ya habíamos demostrado eso el sábado por la mañana.

—En una relación hay algo más que sexo.

—Pero nada más importante.

—No estoy de acuerdo.

—¿Estás diciendo que quieres un matrimonio sólo de nombre? Porque ésa no es una opción.

—No, eso no sería práctico.

—En eso estamos de acuerdo.

—Pero me gustaría tener un periodo de prueba.

—¿Qué tipo de periodo de prueba?

—Uno en el que vivamos juntos para ver si podemos ser compatibles.

—Sabemos que somos compatibles.

—Éramos compatibles. Ambos hemos cambiado.

—No tanto.

—Quiero hacer esto por los dos, Rett. No nos estaremos haciendo ningún favor si de aquí a cinco años no podemos soportarnos. Sí, tenemos unos cimientos fuertes, pero también tenemos un pasado que puede ponerse en nuestra contra. Nunca hemos vivido juntos, y eso es lo único que te estoy proponiendo. Que cohabitemos antes de hacer nada oficial.

—¿De cuánto tiempo estás hablando? Porque si estás diciendo que sí, estoy dispuesto a ir al juzgado mañana.

—Sabía que estabas pensando en una boda precipitada, pero eso tampoco es una opción.

—¿No? Dado que no estás entusiasmada con la idea, pensé que querrías hacerlo lo más rápido y sencillo posible.

—Te equivocas. Quiero toda una ceremonia. Mi primer matrimonio fue una ceremonia civil y creo que la ausencia de un ritual formal fue parte del problema. No hubo sensación de importancia desde el principio. Y hasta que no esté entusiasmada, esta boda no tendrá lugar.

Rett suspiró. Obviamente Skye no iba a ceder. Igual de evidentes eran los asuntos sin resolver entre ellos. No podía culparla por

querer dejar atrás todos los fantasmas del pasado.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—No lo sé —Skye se mordió el labio. No parecía especialmente satisfecha con su capitulación—. ¿Un par de meses?

—¿Qué tal un par de semanas?

—¡Semanas!

—De acuerdo. Dos y media, pero quiero anunciar nuestro compromiso el Día de Acción de Gracias. Así tendrías lista la boda para finales de año.

En cuanto Skye tomó la decisión de irse a vivir con Rett, él no perdió el tiempo en hacer que ocurriera. Ignoró sus protestas y contrató una empresa de mudanzas.

Dos días más tarde, tuvo que admitir que, bajo su supervisión, habían hecho un buen trabajo. Claro que ayudaba el hecho de que la mayoría de sus cosas estuvieran almacenadas. Esa parte no le molestaba. Salvo por sus fotos y la colección de joyas de su madre, Skye tenía poco apego a sus cosas.

Antes de que estuviera preparada, se instaló en la habitación de invitados de Rett. Era una habitación cómoda, pero le resultaba extraño pensar que era suya. En cuanto colgó algunas de sus fotos, se sintió más como en casa.

Rick y Savannah los invitaron a cenar la primera noche, así que Skye no tuvo que preocuparse por cocinar nada.

Rett le había prometido que ella no sería responsable de la cocina, pero ella lo creería cuando lo viera.

—Según he oído, he de darte la enhorabuena —le dijo Savannah a Skye mientras cocinaba. Se acercó a ella y le dio un abrazo—. Eres una mujer afortunada. Rett es un buen hombre.

—Gracias —Skye se mordió el labio al devolverle el abrazo. Debería haber sabido que Rett se lo contaría a su gemelo. Quería decir que aún no era oficial, pero se contuvo—. Aún no me hago a la idea.

—¿Te ha presionado? —preguntó Savannah—. Ni Rick ni él tienen paciencia cuando se deciden por algo. Y desde el principio ha estado claro que iba detrás de ti.

—Es muy persuasivo —Skye agarró el cuchillo que había junto a un tomate y comenzó a trocearlo para la ensalada—. Me habría gustado tener más tiempo para asegurarme de que hemos dejado

atrás nuestro pasado.

—¿Lo quieres? —preguntó Savannah.

—Quiero a Ryann. Pero aparte de eso, mi corazón está lleno de miedo.

—Oh, Skye. Es comprensible que tengas la guardia levantada tras perder a tanta gente en tu vida, pero igual que con Ryann, el amor no siempre hace caso de nuestros miedos. Puedo decirte que yo no quería enamorarme de un adicto al trabajo. Incluso cuando me quedé embarazada, luché contra la atracción que sentía por Rick, pero era una batalla perdida. Ya tenía mi corazón, pero no me había dado cuenta aún.

—Yo ya había renunciado a la esperanza de tener una familia…

—Pero crees que ésta es tu última oportunidad —concluyó Savannah.

—Sí.

—Yo no creo que eso sea cierto. El corazón tiene una capacidad de curación increíble si se lo permites. Y también he descubierto que puede ser taimado.

—¿Taimado?

—Oh, sí —dijo Savannah—. La esperanza viene del corazón, no de la cabeza. Creo que tu racionalización es en realidad tu corazón, que busca un hueco para dejar entrar a Rett.

—Oh, Dios mío —Skye sintió que le temblaban las rodillas y tuvo que sentarse en un taburete.

—Toma —Savannah le puso una copa de vino en la mano—. Bébetelo.

Skye oyó las palabras, pero no les encontró sentido.

—En serio —insistió Savannah—. Te has puesto pálida.

Skye dio un sorbo y sintió el calor en la garganta. Se atragantó. Tosió y le quitó importancia cuando Savannah se acercó a darle en la espalda.

—Estoy bien —le aseguró—. Ha sido sólo un momento de pánico.

—Ya has accedido a intentarlo. Mi consejo es que estés abierta y te des una oportunidad.

—¿A mí? ¿No a Rett?

—Rett sabe lo que desea y lo ha dejado claro. Eres tú la que no quiere seguir hacia delante. No tiene que ser así. No has de tener

miedo. Recuerda, ya no estás sola. Ahora eres una Sullivan.

—Aún no.

Savannah sonrió y negó con la cabeza.

—Rett te tiene en su casa. No renunciará a ti.

A la mañana siguiente, Skye subió las escaleras con la idea de ir al gimnasio de Rett. Pero el olor a café recién hecho hizo que se dirigiera a la cocina.

Qué extraño abrir el armario y encontrar su taza allí. Había estado sola tanto tiempo que tardaría en acostumbrarse a compartir una casa.

El café recién hecho era uno de los beneficios. Se echó azúcar en la taza y suspiró tras el primer trago. Era un café muy bueno.

Recorrió el pasillo con la taza en la mano. Todas las puertas estaban abiertas, incluyendo el dormitorio de Rett. No había rastro de nadie, pero había una televisión encendida en alguna parte.

Se asomó a la habitación de Ryann. La niña dormía plácidamente. Skye salió sin hacer ruido y se volvió hacia la que había al otro lado.

La luz inundaba la habitación a través de unas persianas verticales. Un espejo del suelo al techo cubría una pared y reflejaba el inmenso juego de pesas situado en mitad de la habitación. Y había encontrado la televisión; una pantalla plana de cuarenta pulgadas colocada sobre unas estanterías llenas de equipo deportivo y toallas. En la sala también había una cinta andadora y una bicicleta estática.

Tras varios estiramientos, Skye se subió a la cinta, la puso a un nivel moderado y comenzó a caminar. Cuando levantó la mirada, casi se cayó de espaldas.

Una de sus fotografías adornaba la pared que tenía enfrente. Había hecho la foto hacía como un año y medio. Estaba experimentado con las sombras y había tomado varios planos de Ryann y ella cuando el bebé tenía seis meses. Ella estaba inclinada sobre el bebé, dándole un beso en la frente a contraluz sobre un cielo fucsia. Parecían una Madona y el niño, aunque el brillo de la puesta de sol le daba cierto elemento contemporáneo.

A Aidan le había encantado la foto nada más verla, así que Skye

la había ampliado y enmarcado y se la había regalado por su cumpleaños.

¿Cómo había acabado en la pared de Rett?

¿Y sabría que era ella la de la foto? Los perfiles ensombrecidos podían confundirse fácilmente con los de madre e hija.

—Buenos días.

Sobresaltada por la aparición de Rett, Skye tuvo que acelerar el paso para no caerse.

—Santo Dios. Avísame la próxima vez.

—Lo siento. Te has levantado temprano —Rett se acercó al juego de pesas, se sentó, agarró una de las barras y comenzó a trabajar sus bíceps.

—Sí, pero hoy trabajaré aquí —hechizada por el movimiento de sus músculos, Skye recuperó el paso mientras su sangre se calentaba—. Puedo quedarme con Ryann.

—Ya he hablado de eso con Julie, la de la guardería. Pagaremos la misma cantidad mensual vaya Ryann o no, porque Julie quiere fomentar su presencia. Dijo que era mejor para ella tener una rutina.

—Ése es nuestro modus operandi aquí en casa, así que supongo que tiene sentido para una guardería también —Skye apagó la cinta y bajó al suelo. Con cuidado de no desviar la mirada, atravesó el gimnasio y agarró una toalla.

—La dejaré en la guardería de camino al trabajo —dijo Rett—, pero si pudieras recogerla esta tarde, sería fantástico. Tengo reuniones a última hora.

—Puedo hacerlo —Skye se colocó la toalla en el cuello y señaló la fotografía—. ¿De dónde has sacado esa foto?

—Aidan la tenía en su despacho en la tienda del centro. Le pregunté a Cassie si podía quedármela.

—Es una buena foto de Ryann y de ella.

Rett arqueó una ceja y la miró.

—¿Crees que no te reconozco cuando te veo, Skye?

—Podría ser Cassie.

—Pero no lo es. Es un buen trabajo.

—Gracias. Estaba jugando con las sombras y me pareció que salió bastante bien.

Ya era suficiente de charla educada. Quería una respuesta a la

pregunta que llevaba rondándole la cabeza desde que había visto la foto.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué esta foto? ¿Por qué aquí? —de hecho comprendía que se sintiera atraído por esa imagen. Era una foto de su hija que podría disfrutar sin decirle a todo el mundo cuál era su verdadera implicación. ¿Pero por qué colocarla allí, en una habitación que utilizaba a diario?

Sobre todo cuando la foto la incluía a ella. No sabía cómo interpretarlo.

—Ya te he dicho que es una buena foto. Reconozco el arte cuando lo veo.

Aunque la respuesta era un cumplido a su trabajo, no le produjo satisfacción alguna. No cuando ansiaba comprender sus emociones.

—No es el tipo de arte que suele verse en un gimnasio.

—Es una obra privada y nadie más que yo usa esta sala —le dirigió una mirada de reojo al sudor que empapaba su camiseta—. Al menos nadie más la usaba.

Skye recordó las palabras de Savannah sobre abrirse y darle una oportunidad al amor. ¿Cómo iba a hacer eso cuando Rett no soltaba prenda? No podía, así que se centró en su otro comentario.

—No creía que te importara que usara el gimnasio.

—No me importa —en eso no vaciló—. Ahora ésta es tu casa. Puedes hacer lo que quieras. Simplemente no estoy acostumbrado a…

—¿Compartir?

—A la vista —contestó él con una sonrisa.

—Muy gracioso. Voy a darme una ducha. ¿A qué hora se despierta Ryann?

Rett miró el reloj que había en la pared.

—En cualquier momento. Pero adelante. Yo me encargaré de ella.

—Me daré prisa.

—No te preocupes. Por las mañanas es fácil.

Aliviada sabiendo eso, Skye bajó las escaleras, se duchó, se vistió y se aplicó algo de maquillaje. Estaba ansiosa por reunirse con ellos en su primer día juntos.

Cuando llegó a la cocina, Rett y Ryann ya estaban allí y habían comenzado a desayunar.

—¡Mamá! —exclamó Ryann al verla. Estaba sentada en su silla con un cuenco de huevos revueltos—. Estoy comiendo.

—Ya lo veo —contestó Skye, y le dio un beso en la cabeza—. Buenos días, pequeño duendecillo.

—¿Duendecillo? —preguntó la niña.

—Un duendecillo es un hada pequeñita y muy guapa.

—Yo hada.

—Soy un hada —la corrigió Skye.

—¿Mamá un hada también? —Ryann aplaudió y los huevos salieron volando desde la cuchara.

Skye miró a Rett.

—Supongo que me lo he buscado.

—Julie dice que nuestra mejor estrategia en este punto es mediante ejemplos, y que no hablemos de bebés.

—Julie parece tener muchas opiniones.

—¿Estás celosa? —preguntó Rett acercándose a ella. La tiró suavemente del pelo.

—¿Debería estarlo?

—Nunca —agachó la cabeza y la besó—. Buenos días.

—Algo huele muy bien.

Él. Olía a jabón, a menta y a hombre; una mezcla embriagadora que hizo que se estremeciera antes de que él se apartara para agarrar un plato.

—Hay huevos, beicon y panecillos —le entregó un vaso de zumo mientras repasaba el menú.

—Oh, Dios mío. Normalmente desayuno poco; una tostada o un yogur.

—El desayuno es la comida más importante del día.

—Qué listillo más imbec… —dijo ella, y se contuvo al mirar a Ryann, que había comenzado a golpear el cuenco con la cuchara—. Ya que te has tomado tantas molestias, tomaré un poco de todo.

—Bien hecho —contestó él, y señaló hacia un gran bote de cristal situado sobre la encimera de la cocina—. Aquí no se dicen palabrotas. Te costará un dólar cada vez que se te escape una.

—Mmm. Parece que ahí hay todo un fajo de billetes.

Rett se puso rojo.

—Más de cien dólares.

—¿Y estás mejorando?

—Sí, gracias a Dios, porque Ryann es como un loro —le entregó un plato y se sentaron a comer.

Hablaron de sus agendas para la semana y Rett le dijo que iba a empezar a ajustar sus horarios para amoldarse a los de ella.

Su disposición a renunciar a sus tradicionales fines de semana le daba una pista de lo en serio que se tomaba aquella relación. Tal vez Skye hubiera tomado la decisión acertada.

Ella insistió en limpiar, pero primero llevó a Ryann al cuarto de baño. Después le puso los calcetines y los zapatos y estuvo lista para irse.

Skye los acompañó a la puerta. Le dio un beso a Ryann en la mejilla y le entregó a Rett la mochila con la comida de la niña.

—Que tengáis un buen día.

Rett le pasó una mano por el cuello y tiró de ella para darle un beso que le hizo desear que estuviera llegando a casa, no marchándose.

—Adiós, cariño —le mordió el labio suavemente y cerró la puerta.

Capítulo 12

Las dos semanas siguientes pasaron volando. Y resultó que los miedos de Skye sobre su compatibilidad con Rett eran infundados.

Pero la prueba más dura aún estaba por llegar. En el asiento trasero llevaba la bolsa de los pañales de Ryann y una maleta. Los Gleason habían llamado y preguntado si podían quedarse con Ryann un par de días.

Sería la primera vez que Skye y Rett estarían solos y juntos durante la noche.

Claro, pasaban tiempo a solas cuando Ryann se iba a la cama. Y sí, Rett utilizaba cualquier excusa para tocarla y besarla, pero nunca la presionaba para nada más debido a su promesa.

Y a que Ryann estaba cerca.

Sería interesante ver cómo iban las cosas sin la niña.

Skye aparcó en la guardería y entró. Julie resultó tener el pelo gris, ser un poco regordeta e infinitamente paciente. Llevaba un peto, deportivas rojas y una sonrisa perpetua y serena.

Ryann la adoraba. Adoraba el tiempo que pasaba en la guardería.

Era una decisión acertada que Skye y Rett habían tomado. Eso le hacía pensar que tal vez fueran un buen equipo. Aquellas últimas dos semanas no habían sido tan terribles.

Los rumores sobre las habilidades culinarias de Rett resultaron ser ciertas. Lo había visto trabajando en la cocina, pero había tenido sus dudas.

En el pasado se le daba mejor hacer un pedido por teléfono que sacar una cacerola. Además recordaba que estaba esperando una pizza la primera vez que había ido a su casa.

A ella también le gustaba cocinar, aunque sólo fuese para ella. Tener a otros para los que cocinar añadía diversión a su día. Las comidas se convirtieron en un momento familiar en el que Skye y Rett se turnaban para cocinar y limpiar.

Después jugaban hasta que llegaba la hora de irse a dormir de Ryann. Cuando se quedaba dormida, Skye y Rett se quedaban

esencialmente solos. Él le había dicho que normalmente hacía tareas o trabajaba durante una hora o dos y después se relajaba viendo la tele o jugando a videojuegos antes de irse a la cama.

Skye prefería trabajar durante la semana y dejar sus tareas para los lunes. Su primera inclinación fue llevarse el portátil a su habitación y trabajar allí. Pero ese plan iba en contra de su otro objetivo, que era poner a prueba su compatibilidad con él.

Por el bien de la armonía, había colocado un escritorio en el taller de Rett. Y ahí fue donde surgió su primera disputa. A ella le gustaba el silencio cuando trabajaba y él siempre tenía algo de ruido, ya fuera música o la televisión. El compromiso llegó en forma de auriculares. Salvo por las raras ocasiones en las que Rett le daba una serenata, algo que hacía sin ni siquiera darse cuenta.

Ella no se quejaba. Esos momentos espontáneos le hacían sonreír. Y a pesar de su obsesión por la tele, a no ser que hubiera un evento deportivo que quisiera ver, Rett le daba completa libertad sobre lo que veían.

—¡Mamá! —Ryann corrió hacia ella nada más verla y se abrazó a sus rodillas—. Campanilla vuela hasta la for y más alto.

—¿De verdad? —sin comprender bien lo que decía, Skye le acarició el pelo a la niña—. Eso parece divertido.

—Esta tarde hemos visto la nueva película de Campanilla —explicó Julie—. Ryann es una admiradora.

—Sí, le gustan las hadas —confirmó Skye.

—Yo hada —Ryann le apretó la mano a Skye y después salió corriendo detrás de una pelota.

—Es feliz aquí —dijo Skye siguiendo los movimientos de la niña mientras jugaba.

—Sí, se adapta bien. El tiempo que pasa aquí ayuda, pero su sensación de seguridad comienza en casa. El señor Sullivan y usted deberían estar orgullosos de sus esfuerzos.

—Lo intentamos. Ryann no vendrá los dos próximos días. Pasará un tiempo con sus abuelos.

—Gracias por decírmelo —se oyó un grito en la habitación—. Matthew, suéltale el pelo. Tengo que irme, nos vemos la próxima semana.

—Sí —Skye vio cómo Julie se dirigía hacia Matthew y le decía que tenía que ser un caballero. A juzgar por la mirada de Matthew,

Skye le deseó suerte a Julie—. Ryann, vamos, cariño. Es hora de irnos.

Ryann se acercó corriendo, Skye la llevó al coche y la sentó en su silla.

—Tengo una sorpresa. Vas a ir a ver a la abuela y al abuelo.

—¿Abuela?

—Sí. Te gustará.

—Abuelo.

—Eso es. Al abuelo también.

Obviamente entusiasmada, Ryann comenzó a hablar sin parar. Skye sonrió, iba a echarla de menos.

Lo cual la llevó de vuelta a sus pensamientos anteriores.

Sin el bebé en casa, ¿Rett y ella se relacionarían o se irían cada uno a un rincón?

Una parte de ella le decía que se retirase, pero sólo una parte, lo cual era sorprendente. La otra parte vibraba con anticipación. Y en realidad Skye no sabía si eso era algo bueno o malo. Así que decidió ser abierta. Ver qué pasaba.

Resultó que estuvo bien. Trabajaron juntos cocinando la cena, hablaron de su día. Después Skye tenía trabajo, así que se fue al taller mientras Rett hacía ejercicio en el gimnasio. Terminaron la noche con un duelo virtual de bolos.

Rett ganó y pidió un beso por su victoria. Un beso largo, lento y devastador que hizo que Skye suspirase y deseara más.

Sin embargo escapó hacia su habitación.

La vibración que la había acompañado durante toda la noche se convirtió en todo un torrente de electricidad. Estaba metida en un buen lío.

La casa estaba demasiado tranquila. Después de que Rett se marchara a trabajar, el silencio hizo que Skye huyera de la casa. Hizo recados, compró comida y finalmente tuvo que regresar para trabajar.

Intentó trabajar en el escritorio del taller, pero la quietud de la casa estancaba su creatividad. Finalmente se rindió y puso algo de música de Rett. El rock clásico era justo lo que necesitaba para llenar el vacío.

Preparó dos presentaciones y envió los enlaces, contestó a tres referencias, confirmó la hora y el lugar de sus citas de fin de

semana e imprimió las indicaciones para llegar a algunos eventos con los que no estaba familiarizada.

—Mírate, tarareando al ritmo de la música.

Skye dio un respingo al oír la voz de Rett. Se dio la vuelta y lo vio apoyado en el marco de la puerta.

—Santo Dios. Me has dado un susto de muerte. Haz algo de ruido la próxima vez.

Él se acercó, le levantó la barbilla con un dedo y le dio un beso.

—¿Y darte tiempo para apagar la música? ¿Por qué iba a hacer eso?

—¿Para que no me dé un ataque al corazón?

Skye miró el reloj de la pared. Eran casi las seis. El tiempo había volado.

—No querría eso. Si te pierdo, volveré a estar solo cuidando a Ryann.

—Eso no es divertido.

—Tienes razón. Lo siento. Ha sido un día muy largo. Y esto está demasiado silencioso.

—Por eso tenía puesta la música.

—Salgamos esta noche. Vamos a cenar y a relajarnos. Podríamos incluso ir a bailar, o a un club.

—Es tentador. Nos hemos saltado todo el proceso de las citas — lo cual a ella le parecía bien. No quería romanticismo. Pero sí quería que aquello funcionara, así que sugirió ir a ver una película.

—¿Alguna peli de chicas? —preguntó él.

—Bueno, si insistes, pero yo pensaba en la nueva película de acción.

Él sonrió y la abrazó.

—Dios, te quiero.

Skye se quedó de piedra al oír aquellas palabras despreocupadas. Porque no podía hablar en serio.

No quería que hablase en serio.

—Tú haz la reserva para la cena y yo miraré la película —dijo ella apartándose de su abrazo.

—Conozco el lugar perfecto —Rett sacó su móvil—. Mira una sesión más tarde de las nueve. Voy a ducharme y a cambiarme. Y quiero poder estar relajado durante la cena.

—Hecho —dijo ella. Pero un minuto más tarde seguía mirando

el buscador en la pantalla, pensando en Rett en la ducha. ¿Por qué no podía dejar de pensar en ello? Obviamente estaba obsesionada.

Se aclaró la garganta, se secó las manos sudorosas en los pantalones y tecleó la información de la película.

Una gran idea lo de la película; cuanto menos interactuara con Rett esa noche mejor. Las emociones amenazaban con escapar a su control. Entre la ausencia de Ryann y la declaración de Rett, se sentía un poco vulnerable e inquieta.

Así que, por supuesto, la llevó a Leone's.

El restaurante italiano, enclavado en el centro de La Mesa, servía platos tradicionales italianos. Del techo colgaban botellas de vino y las mesas estaban cubiertas con manteles de cuadros rojos y blancos.

Tenía el mismo aspecto que la última vez que ella había estado allí, quince años atrás.

—¿Vienes aquí a menudo? —le preguntó a Rett.

—No sin ti.

—¿Cuántas horas crees que pasamos aquí?

—Demasiadas para llevar la cuenta. Eran buenos tiempos.

—Sí —lo recordaba todo: las risas, las charlas, las manos agarradas por encima de la mesa. Había estado completamente enamorada y el futuro le parecía algo que podía esperar.

—Hola, mi nombre es Irene. Voy a ser vuestra camarera esta noche —dijo una mujer pequeña con camiseta verde que apareció junto a su mesa—. ¿Qué os apetece, chicos?

Rett pidió por los dos. Su pedido de los viejos tiempos; una ensalada para compartir, dos platos de espagueti con mozzarella y una cesta de pan.

—¿Recuerdas la vez que Ford intentó entrar en el equipo de animadoras para ligar con la jefa de animadoras?

Ella se carcajeó.

—Y se rompió el brazo intentando hacer un salto mortal. Le tomasteis el pelo durante años.

—Seguimos haciéndolo —las historias siguieron desde ahí. Llegó la comida y ambos agarraron un pedazo de pan. Durante las dos horas siguientes se rieron y recordaron los viejos tiempos mientras comían. La hora de la película llegó y se fue.

Y finalmente empezaron a hablar de aquel fatídico verano.

—¿Por qué Boston? —preguntó él—. ¿Por qué tan lejos?

—Estaba herida y asustada. Ningún lugar me parecía lo suficientemente lejos.

—¿Y encontraste la paz que estabas buscando?

—En realidad no. Pero podía concentrarme en los estudios. Entonces conocí a Brad.

—Tu primer matrimonio era un divorcio anunciado.

—¿Por qué? ¿Porque no era contigo?

—Sí. No era tu destino irte allí. No estabas destinada a conocerlo. Y menos a casarte con él.

—Al menos él se declaró y me quería por lo que era. No me hizo una sugerencia sólo porque era la cosa más práctica.

—Bueno, perdóname por querer cuidar de ti y de nuestro bebé. Y siento que mi proposición no fuera lo suficientemente romántica para ti. Puedes achacarlo a la sorpresa. No todos los días me dicen que voy a ser padre. Es algo importante. Al menos para mí.

—Claro que es importante. Yo también estaba sorprendida. Y asustada. Pero sabía que tú estarías ahí conmigo.

—¿Lo sabías? Pues pareciste decepcionada con lo que te ofrecí.

—No quería una proposición basada en el sentido del deber. Pensaba que había algo más entre nosotros.

—No le diste una oportunidad a lo que había entre nosotros. Saliste corriendo y te casaste con el primero que mostró interés en ti.

Tenía razón. No le había dado una oportunidad. Se daba cuenta de eso ahora. Y si querían tener un futuro juntos, tendría que perdonar a Rett para seguir hacia delante.

—Mira, si esperas que admita que casarme con Brad fue de lo que más me arrepentí, no puedo hacer eso.

—Creo que eso lo dice todo —Rett echó hacia atrás la silla y se puso en pie. Sacó un par de billetes de veinte y los lanzó sobre la mesa. Después lanzó las llaves.

—Rett, espera —Skye intentó detenerlo para explicarse—. Lo que intento decirte es que…

—Ya he oído suficiente. Llévate el coche. Yo ya encontraré la manera de volver a casa —se dio la vuelta y se marchó.

Y Skye se lo permitió. Maldito testarudo. Si no podía esperar un momento, si no podía dejarla terminar, entonces no se merecía

escuchar lo que tenía que decir.

Capítulo 13

Era más de la una cuando Rick dejó a Rett en su casa.

—Gracias por traerme —dijo él al bajar del coche—. Y por escucharme.

—No importa —contestó Rick—. Tú harías lo mismo por mí.

—Por supuesto.

—Te quiero, hermano. Y un consejo, no hables con Skye hasta mañana, cuando estés más calmado, y sobrio.

—Estoy a salvo. Las luces de casa están apagadas. Parece que se ha ido a dormir. Buenas noches.

Rick se marchó y Rett comenzó a caminar hacia la casa. La había fastidiado aquella noche. Había salido corriendo como un mocoso malcriado. Pero la idea de Skye con otro hombre hacía resurgir la rabia en su interior. Y oírle negar que su matrimonio hubiera sido un error había sido demasiado.

La amaba. Sinceramente no creía que fuese a dejar de amarla nunca.

Al decirle las palabras aquel día, simplemente le habían salido sin pensar. Había notado cómo ella se tensaba contra su cuerpo. ¿Sería porque las palabras significaban algo para ella, o porque no significaban nada?

Recordaba lo que Skye había dicho de su ex. «Al menos él se declaró y me quería por lo que era. No me hizo una sugerencia sólo porque era la cosa más práctica».

Eso le dolía. Tenía razón. Había fastidiado su declaración y había cometido ese error no una, sino dos veces.

Tenía que compensárselo.

Y en el fondo de su mente planeó su próximo movimiento.

Deseaba darle algo romántico y sentimental. Algo que recordara siempre.

Necesitaba el anillo.

Cuando entró en casa frunció el ceño al darse cuenta de que Skye había dejado la puerta delantera sin cerrar con llave.

Se encendió una luz al otro lado de la habitación. Vestida con

una camiseta rosa y unos pantalones de pijama, Skye estaba acurrucada en una silla.

No podría seguir el consejo de Rick de posponer la conversación hasta el día siguiente. Parecía que no tenía elección. Aun así intentaría esquivarla. Estaba lo suficientemente sobrio, pero no quería cometer otro error.

—Probablemente no sea buena idea hablar ahora. He tomado un par de copas.

Skye se encogió de hombros. Un movimiento engañoso, porque no tenía intención de dejarlo ir sin decir lo que tenía que decir.

—Hablaremos por la mañana —añadió él, pero no se movió.

Skye se puso en pie y comenzó a andar hacia él.

—Casarme con Brad sí fue un error —dijo suavemente mientras se acercaba—. Estuvo mal, pero no fue de lo que más me arrepentí. Ni de lejos.

Rett estiró los hombros y se le hincharon las aletas de la nariz. Skye sabía que estaba a punto de marcharse, pero le mantuvo la mirada para implorarle que se quedara.

—Alejarme de ti fue mi mayor error. Es de lo que más me arrepiento en la vida. Incluso más que de haber perdido a nuestro bebé. Yo te quería tanto que me destruyó cuando te perdí.

—No tenías por qué marcharte.

—Yo sentía que sí —Skye estiró el brazo y entrelazó los dedos con los suyos—. Lo siento. Era joven y necesitaba alguien a quien culpar. Y tú estabas allí.

Al perder al bebé, aquello congeló todas las emociones que estaba experimentando, la decepción y la sensación de fracaso, la pérdida de la vida y de la esperanza, la traición del deber sobre el amor. Simplemente huyó, enterró todos aquellos malos sentimientos y nunca los sacó a la superficie para permitirles curar.

—Yo también era joven —dijo él—. Y sí, un poco arrogante. Supongo que tienes derecho a sentir que me precipité. Pero sólo quería cuidar de mi familia.

—Estoy empezando a darme cuenta de eso. Y de que no tuve en cuenta tu sorpresa. Tuve tiempo de pensar y de adaptarme, pero por desgracia construí expectativas imposibles.

—Imposibles no —Rett hundió los dedos en su pelo y le giró la cabeza para que lo mirase—. Sólo necesitaba tiempo para ponerme

a la altura. Quince años más tarde, por fin lo he conseguido.

—Lo que intento decir es que no puedo ofrecerte amor.

—Skye…

—No —insistió ella—. Algo se rompió en mi interior hace tantos años. Ya no existe en mí. Tal vez, si no hubiera sucedido justo cuando perdí a mi padre, sería diferente. No lo sé.

—Pero ha estado funcionando. Nosotros con Ryann. Tú la quieres. Ahora no es el momento de salir corriendo asustada.

—No lo sé —repitió ella, apartándose de él—. Yo quería que funcionara. Ryann es importante para mí. Tú… tú eres importante para mí. Pero no lo sé.

—Yo sí lo sé —Rett la agarró por los codos y la arrastró de vuelta a su lado. Estaba tan acostumbrada a protegerse sola que ni siquiera se daba cuenta de lo lejos que estaba de la mujer estirada del despacho del abogado dos meses atrás. Estaba ablandándose y no podía perderla.

—Hemos sido una familia estas últimas dos semanas. Hemos conectado. Ryann tiene una rutina. Yo me he acostumbrado a mi papel de padre. Y tú eres la influencia responsable de todo ello. Ryann y yo te necesitamos.

—No quiero que nadie acabe herido.

—Nadie va a acabar herido —él se aseguraría de eso—. Porque nada ha cambiado. Seguimos siendo amigos que se juntan para criar a una niña que necesita una familia. Podemos hacer eso.

—Pero dijiste que…

—¿Qué?

—Hoy. Dijiste que me querías.

Rett frunció el ceño como si estuviera reflexionando sobre sus palabras; sabía que aquello la había conmovido.

—¿Y qué si lo hice? Me importas, Skye. De lo contrario no te habría pedido que fueras mi esposa.

—Pero…

—Nada de peros. Tú quieres formar parte de la vida de Ryann. Hemos demostrado que podemos llevarnos bien. Hagámoslo.

Skye se sentía aterrorizada, porque Rett la tenía atrapada. Sí que quería formar parte de la vida de Ryann. Y sí que se preocupaba por Rett. Siempre y cuando siguiera protegiendo su corazón, creía que podrían tener una buena vida juntos.

Él ni siquiera parecía recordar haber dicho que la quería, no parecía darle ninguna importancia, sólo aceptaba el cariño que se tenían como una base sólida para el matrimonio. Y eso la tranquilizó.

—Un par de copas te han vuelto bastante elocuente.

Él sonrió.

—¿Así que mis palabras funcionan?

—Un poco, sí.

—Bien —sus ojos se iluminaron e hicieron que se le acelerase el corazón. Rett agachó la cabeza y se detuvo. Ella se puso de puntillas y lo besó. Abrió la boca y recibió la caricia de su lengua.

Con un gemido le rodeó el cuello con los brazos y disfrutó del roce de su cuerpo contra el suyo. Bajó la guardia y no protestó cuando Rett le pasó un brazo por la cintura y la levantó del suelo para llevarla a su dormitorio. Durante todo el camino no dejó de besarla.

Skye sonrió contra sus labios cuando volvió a dejarla en el suelo.

—Esto es hacer trampas —dijo.

—No si dices que sí —contestó él mientras le desabrochaba la cremallera del vestido.

—Sí.

—Oh, cariño —Rett le dio un beso en la sien, en el rabillo del ojo, en la curva de la mejilla y siguió bajando—. He deseado esto a todas horas desde la última vez que hicimos el amor. De hecho, incluso desde antes.

—Yo también lo he deseado —confesó ella, cerró los ojos y arqueó el cuello para permitirle seguir con sus caricias—. Pero quiero decir que sí, me casaré contigo.

Él levantó la cabeza y la satisfacción iluminó su mirada. En pocos minutos estaban los dos desnudos en la cama.

—No te arrepentirás —le susurró al oído—. Haré todo lo posible por hacerte feliz.

—Simplemente hazme el amor. Eso es todo lo feliz que puedo llegar a ser.

Rett se puso encima de ella.

—Skye…

Ella no le dejó terminar. Le rodeó el cuello con los brazos y tiró de él.

—Ahora —exigió. No quería pensar más allá de aquel momento. Le mordió el labio y luego alivió su dolor con la lengua.

Él gimió y tomó el control del beso, del abrazo y de la situación. La deleitó lentamente, utilizando las manos, los labios, el cuerpo para llevarla más allá de la felicidad hasta el éxtasis.

—A Skye y a mí nos gustaría anunciar que vamos a casarnos —Rett hizo el anuncio al finalizar los agradecimientos de Acción de Gracias.

Todos aplaudieron y les dieron la enhorabuena entre abrazos. Hubo preguntas sobre cuándo y dónde, y Rett levantó una mano mientras alguien golpeaba una copa de cristal con una cuchara para llamar la atención de todos.

—Skye quiere una ceremonia formal por la iglesia y yo quiero que sea pronto. Así que hemos decidido hacerlo en Navidad.

Los hombres gruñeron y las mujeres suspiraron.

—Una boda en Navidad. Qué bonito —dijo la abuela mientras bordeaba la mesa para darle un abrazo a Skye—. Querida, bienvenida. Me alegra que os hayáis vuelto a encontrar.

Skye no estaba muy segura de eso, pero no dijo nada y aceptó la bienvenida de la familia. Significaba mucho para ella.

—No hay mucho tiempo, así que tenemos que empezar a planearla —dijo Savannah frotándose las manos.

—Diciembre es la época más ajetreada del año —le recordó Rick a Rett—. Skye, sabes que te quiero, ¿pero no podemos esperar hasta principios del nuevo año?

—Oye, yo no me quejé cuando tú te fuiste de luna de miel tras la apertura en Londres y me dejaste solo —dijo Rett—. No pienso esperar. No quiero darle la oportunidad de cambiar de opinión.

—Así que es eso —dijo Brock riéndose—. Tienes miedo de que entre en razón. Tal vez debamos irnos a la iglesia ahora mismo.

—No le des ideas —protestó Skye—. Tuve que luchar para disuadirlo de llevarme a rastras al juzgado.

—No, tengo una idea genial. Esto es diferente —Rett le pasó un brazo por la cintura—. Toda la familia está aquí. Podemos ir a la iglesia y que el padre Paul nos case ahora mismo.

Skye se volvió para mirarlo y le dio un golpecito en la mejilla.

—Eso no va a ocurrir. Para empezar está el pequeño asunto de la licencia.

Rett agachó la cabeza y la besó.

—A primera hora del lunes nos encargaremos de ese pequeño detalle.

—A sentarse todo el mundo. Y a comer —dijo la abuela—. Podemos seguir hablando mientras cenamos. Este año tenemos muchas cosas que agradecer.

—¿Estás segura de que no quieres atrasar la fecha? —le susurró Rett al oído mientras la acompañaba a su silla—. Así Rick estaría feliz.

—Es mi boda. Pero si prefieres hacer feliz a Rick… —Skye dejó la frase a medias y se encogió de hombros.

—Viciosa —le dijo él con una sonrisa—. Estás intentando librarte de mí.

—Yo no voy a ninguna parte. Y la boda tampoco. A no ser que quieras darme más tiempo.

—Oh, no —deslizó un dedo por sus labios—. Dijimos que en Navidad.

—Eso pensaba yo —Skye se sentó a la mesa y le explicó su razonamiento a la familia—. Sabemos que las Navidades son una época ajetreada para todos, pero imaginamos que ya estaríamos juntos e iríamos a la iglesia de todas formas; así que la boda sería una cosa más del día.

—Y así será —le aseguró Savannah sentándose a su lado—. Bueno, ya sé que tienes algunas ideas sobre lo que quieres. Así que cuéntamelas. ¿Has pensado en los colores?

—Tengo que ir con colores de Navidad. Tendré que ver qué encuentro, pero había pensado en un marfil cremoso para el vestido y un burdeos para mi séquito.

—Esperad, no oigo —dijo Jesse levantando su plato—. Cámbiame el sitio —le dijo a su marido.

—A mí también —Sami se puso en pie y le indicó a Alex que se moviera.

Aquello inició una auténtica redistribución de los asientos mientras las mujeres relegaban a los hombres a un extremo de la mesa para sentarse en torno a Skye y planear la boda.

Bajo la mesa, Rett le apretó la mano antes de cederle el asiento a

la abuela.

Skye le devolvió el apretón. Era difícil creer que ella fuese el centro de tanta atención.

Durante unos minutos se quedó callada mientras las demás evaluaban sus ideas y sugerían nuevas opciones. Aquella amistad y aquel afecto eran difíciles de aceptar para alguien que había pasado tantos años rechazando la intimidad de cualquier tipo.

Savannah miró a Skye preocupada y se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo callada. Así que suspiró y se obligó a relajarse. Ahora eran sus hermanas. Su distanciamiento no las había mantenido alejadas y le parecía mal negarles su participación cuando ella se moría por hablar de la boda.

Pero antes de lanzarse a ello, tenía una petición que hacer. Le estrechó la mano a la abuela por encima de la mesa.

La abuela le devolvió el gesto con una sonrisa.

—¿Abuela, quieres llevarme al altar?

—Oh, querida —dijo la anciana con lágrimas en los ojos—. Será un honor.

Rett estaba sentado en la zona de audiovisuales viendo una clásica comedia navideña en la tele. Skye estaba dormida entre sus brazos.

Él había bajado el volumen, pero el silencio había hecho que ella se moviera y necesitaba descansar. Había estado trabajando mucho las últimas semanas.

¿Quién habría dicho que diciembre era tan intenso en bodas?

Le pasó los dedos por el pelo y disfrutó de su textura contra sus dedos. Le encantaba el hecho de que Skye encontrase tiempo para Ryann y para él incluso cuando tenía que fotografiar dos o tres eventos en una semana, preparar su boda y preparar la Navidad.

Rett llevaba viviendo allí cinco años y nunca había tenido un árbol de Navidad. Pero aquel año tenían dos: uno en el piso de arriba y otro allí abajo.

Ya no era un piso de soltero; era un hogar donde vivía una familia.

Pero el esfuerzo estaba pasándole factura a Skye, y a él no le gustaba verla tan cansada. Ella no había querido una luna de miel.

Probablemente porque consideraba que el suyo era un matrimonio de conveniencia y que una luna de miel no sería apropiada.

Se equivocaba en ambas cosas.

Su matrimonio no podía ser más real para él. Y deseaba pasar un poco de tiempo a solas con ella; solos los dos, concentrados el uno en el otro.

La acción de la pantalla llamó su atención y Rett se rió.

Sin duda echarían de menos a Ryann, pero el tiempo entre adultos también era importante.

Mirándose ahora, no entendía cómo se había aferrado a su vida de soltero. A pesar de lo que pensaba al principio, adoraba a Ryann. Rick tenía razón al hablar de lo fuerte que era ese sentimiento. No había principio ni fin para el amor que sentía por la niña.

Y por Skye. No había estado preparado para eso. Incluso cuando se había reconocido ese amor a sí mismo, no sabía lo intensos que podrían llegar a ser sus sentimientos.

Deslizó el pulgar por el dedo anular de Skye, que aún no llevaba anillo.

Era una amante increíblemente generosa, apasionada y receptiva, salvo por las pequeñas partes que se guardaba para sí misma. Después de hacer el amor, Rett sentía cómo la distancia crecía entre ellos, incluso aunque la tuviera entre sus brazos.

Sabía que temía perder a otro ser querido y se había convencido a sí misma de que, si no amaba, no saldría herida. Y tal vez eso fuera cierto, pero eso no era vivir de verdad.

Y Rett se daba cuenta de que no era suficiente para él. Durante un tiempo había pensado que sería suficiente tenerla en su vida sin más, pero no deseaba una parte de ella. La deseaba entera.

La amaba demasiado como para conformarse con algo que no fuese su corazón.

Sus dos intentos de lograr una proposición romántica habían caído víctimas de la precipitación del momento. Había acabado por llevar el anillo consigo a todas horas con la esperanza de encontrar el momento perfecto.

Quedaban dos días hasta Navidad y la boda estaba programada para después de la misa de vigilia. Se estaba acabando el tiempo. La noche siguiente la pasarían en casa de la abuela, y Skye estaría en una habitación lejos de él. Tenía que encontrar el momento, porque

aquello era demasiado importante como para estropearlo.

Necesitaba saber que lo amaba antes de la misa de Nochebuena, porque si la respuesta era negativa, no habría boda.

—Todo será precioso mañana —dijo Savannah con un bostezo —. No puedo creer que hayas organizado esta boda en menos de un mes.

—He tenido mucha ayuda —dijo Skye mientras subía las escaleras con su amiga. Y dama de honor. Por supuesto, Rett le había pedido a Rick que fuese su padrino. Los gemelos pasaban mucho tiempo juntos, así que Skye y Savannah se habían hecho amigas. Era normal que Skye le pidiera ayuda para la boda. Y su colaboración había sido inestimable a la hora de organizar el evento.

Savannah negó con la cabeza.

—Tú has hecho casi todo el trabajo. Y es magnífico, por cierto. Una ceremonia preciosa con la comunidad, seguida de una noche de bodas. Y después una Navidad en familia con el añadido de una tarta de boda. Es brillante.

—Es todo lo que siempre he soñado en una boda.

—Tuviste una visión, lo que hizo que las decisiones fueran fáciles. Gracias a Dios. Tu agenda ha estado al completo. ¿Cómo te sientes sabiendo que mañana tú serás la novia?

Buena pregunta.

—No me lo creo —y eso era quedarse corta. Tenía las emociones a flor de piel. Estaba excitada y asustada, ansiosa y temerosa.

Skye no podía creerse que hubiera dejado que Rett la convenciera para casarse.

Había dicho que la haría feliz y lo había hecho. Demasiado feliz. Su vieja amistad había regresado. Hablaban de todo, se reían de las mismas cosas, se divertían juntos y con Ryann.

Rett se volvió loco con las compras navideñas y Skye disfrutó viéndolo. La mañana de Navidad, Ryann sería una niña feliz. Los hombres estaban abajo en ese momento, preparando las bicis y las casas de muñecas.

Todo era demasiado perfecto.

Skye lo deseaba, y eso hacía que su miedo aumentara. Ya se

había implicado demasiado.

Savannah se detuvo al pie de las escaleras. Tenía lágrimas en los ojos. Le dio la mano a Skye y la apretó con fuerza.

—La abuela está muy emocionada por que le pidieras que te acompañara al altar. Fue muy generoso por tu parte. Gracias.

—Savannah, el honor es mío —contestó Skye—. Yo no tengo familia. La abuela es lo más cercano que he tenido a una abuela desde que tenía seis años. No se lo pediría a nadie más.

—Oh. Vas a hacerme llorar.

—No hagas eso. Si no, empezaré yo también. Y me niego a tener los ojos rojos el día de mi boda.

—Oye, yo estaré a tu lado.

—Gracias. ¿Qué más cosas tenemos que hacer mañana?

—De hecho estamos bastante preparadas. Las flores llegarán a la iglesia a las dos. La tarta llega a las tres. Luego estaremos preparados hasta que llegue el momento de vestirse para la ceremonia. Lo más difícil será mantener la tarta fuera del alcance de los niños hasta el día de Navidad.

—Espero que todo vaya bien. Por mi experiencia, siempre hay algún fallo que anima las cosas. Suelen salir unas fotos memorables.

—Así es como yo lo veo. Siempre que no sea algo serio, añadirá diversión a la aventura.

—No sé si aventura y boda pueden ir juntas.

—Claro que sí —Savannah le dio un abrazo—. ¿No lo sabes? El matrimonio es la aventura de la vida.

—Oh. El estómago acaba de darme un vuelco.

Savannah se rió.

—A Rett y a ti os irá bien. Tenéis la base de la amistad; eso es bueno para un matrimonio.

—Espero que sea suficiente. ¿Cómo lo sabes con seguridad?

—No lo sabes. Confiáis el uno en el otro y trabajáis juntos. El resto sale solo —Savannah volvió a bostezar—. Bueno, será mejor que me vaya a la cama. Duerme un poco, mañana será un día muy largo.

—Estoy tan cansada que no creo que haya manera de que no duerma esta noche. Buenas noches.

—Buenas noches —Savannah se dio la vuelta y entonces se detuvo—. Skye, te equivocas. Ahora somos tu familia.

Capítulo 14

Familia. Los Sullivan le daban mucha importancia a la familia. Skye suponía que era por haber perdido a sus padres cuando eran tan pequeños. Eso hacía que estuvieran más unidos. Y la abuela era el pegamento que los mantenía unidos.

Skye estaba sentada en la cama del dormitorio de invitados de la abuela, echándose crema y admirando la flor de Pascua y las velas que la abuela había colocado sobre la cómoda. Había puesto un toque navideño en todas las habitaciones de la casa. Para Skye era una muestra del amor que sentía la mujer hacia aquéllos que estaban en su vida.

La casa ya estaba llena. Skye y Rett tenían una habitación para cada uno; Rick, Savannah y el pequeño Joey tenían otra. La abuela tenía a Ryann. Las dos se llevaban como uña y carne.

Al día siguiente llegaría más gente. Los hermanos de Rett de la ciudad, Brock y Ford, y sus familias planeaban llegar por la tarde y quedarse hasta después de la boda. Y Alex y Cole llegarían con los suyos al alba para que todos pudieran abrir los regalos juntos.

La mañana de Navidad iba a ser algo inmenso.

¿Cómo lo conseguía la abuela? ¿Cómo abría su corazón tanto cuando el riesgo de la pérdida era igual de grande? Skye ni siquiera podía pensar en el afecto que sentía por Rett y por Ryann sin asustarse.

Algo golpeó la ventana e hizo que Skye diera un respingo. Una tontería. Probablemente fuese una rama que se habría movido por el viento. Dejó la crema en la mesilla de noche, se frotó las manos y después los codos. Oyó otro sonido. Estaba claro que algo había golpeado el cristal.

Se acercó a la ventana, descorrió las cortinas y negó con la cabeza al ver a Rett subido a una escalera. Él la ayudó a abrir la ventana.

—Tonto, ¿qué estás haciendo? ¿Quieres convertirme en viuda antes de ser esposa?

—Tengo que hablar contigo y ésta es la única manera de tenerte

a solas.

—Bueno, tendrá que esperar. Se supone que no puedes verme antes de la ceremonia el día de la boda. Da mala suerte.

—Queda un cuarto de hora para la medianoche. Tengo quince minutos. Además, creo que nosotros hemos hecho nuestra propia suerte. En parte por eso estoy aquí.

—Bueno, por lo menos entra. Hace frío fuera. Y no quiero que te caigas.

—No puedo. La escalera es la parte romántica.

¿Romántica?

—¿Vas a pedirme que huyamos juntos para casarnos? Me temo que es un poco tarde para eso.

—Sabes que me casaría contigo en cualquier parte y en cualquier momento. Querías una boda familiar, así que mañana te estaré esperando.

Y allí estaba el auténtico romance. Sí, colarse en su habitación la noche antes de la boda era un gesto romántico. Pero el verdadero romance residía en darle la boda de sus sueños.

—Sería incluso más romántico si entraras para que pudiera besarte.

—Me has convencido —subió un peldaño más y la escalera se tambaleó contra la pared.

Asustada, Skye estiró los brazos y agarró los laterales de acero.

—Cuidado.

Finalmente Rett deslizó una pierna a través de la ventana y entró. Una vez dentro, la tomó entre sus brazos y la besó.

—Eso está mejor —dijo—. Siento no haberte dado el romanticismo que merecías. No pensé en ello porque lo que tengo contigo es de verdad. No tengo que fabricarlo. Y puede que me hayas salvado de la escalera, pero es demasiado tarde para no caer. Porque ya he caído rendido a tus pies.

—Estás loco. ¿De qué hablas?

De pronto se puso serio, le agarró la mano izquierda, se la llevó a la boca y le dio un beso en los dedos.

—Te quiero, Skye Miller. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?

Sin palabras, Skye se quedó mirando su cara y el amor que brillaba en sus ojos azules. Allí estaba la declaración que siempre había soñado, y no tenía sentido en absoluto.

—Rett. Ya he accedido a casarme contigo.

—Accediste a lo que crees que es una unión parental. Sé que ésa es la sugerencia que te hice. Pero no es suficiente para mí, para nosotros. Te quiero, y sé que eso te asusta, pero te estoy pidiendo que me des una oportunidad. Que nos des una oportunidad.

—Rett, sabes que me importas.

—Skye, me quieres igual que quieres a Ryann. Pero te da miedo admitirlo. Te da miedo perder más cosas en tu vida. Pero no puedes vivir tu vida asustada. Eso no es vida.

—No hagas esto, Rett.

—Nos merecemos encontrar la felicidad, Skye. Sé que hace quince años lo estropeé. Debería haberte seguido, pero era un arrogante, estaba herido y pensaba que regresarías. No voy a cometer el mismo error no diciendo las palabras —le abrió la mano y Skye sintió su aliento y la presión de sus labios en la palma—. Te quiero.

Buscó algo en el bolsillo y, cuando abrió la mano, en ella había una pequeña caja de terciopelo. La abrió y dentro había un anillo de diamantes de compromiso.

—Por favor, cásate conmigo.

—Oh, Dios mío.

Inmediatamente Skye reconoció el anillo que había descrito la abuela. Rett había diseñado aquel anillo el verano que ella había perdido el bebé. La abuela dijo que nunca llegó a hacer el anillo, pero sí lo había hecho. Y lo había guardado hasta entonces, porque era su anillo.

Sintió un vuelco en el corazón.

Se quedó mirando el anillo con deseo, pero puso las manos en la espalda.

—Es precioso. No sé si puedo darte lo que necesitas.

—Yo sí lo sé —dijo él con seguridad—. Eres la mujer más fuerte que conozco. Mira lo que has conseguido en tu vida. Has sufrido y te has enfrentado a ello bloqueando tus emociones, pero incluso entonces acudiste a ayudar a Ryann cuando te necesitaba.

—No creo que pueda sobrevivir a perderte de nuevo —susurró ella.

—La vida no viene con garantías de nada, y no puedo prometerte que no me muera. Pero puedo prometer que tendremos

una buena vida en común el tiempo que nos quede.

Dejó el anillo sobre la repisa de la ventana, le colocó las manos a ambos lados de la cara y la besó. Deslizó la lengua por sus labios en busca de la entrada. Cuando ella se rindió, la introdujo suavemente y la devoró con dulzura para demostrarle su amor, su respeto y su devoción.

—Te deseo en mi vida. Lo que no deseo es que la madre de mis hijos tenga miedo de vivir. Y no creo que eso sea lo que deseas para Ryann.

Ella negó con la cabeza. Nunca antes había pensado en sus inseguridades de ese modo. Claro que no quería que Ryann viviera su vida con miedo a intentarlo, con miedo al amor.

—Sí, duele cuando perdemos a alguien importante para nosotros. Pero no renunciaría a un solo minuto con alguien para ahorrarme el dolor.

Ella agachó la cabeza y pensó en todas las veces en las que se había deseado eso mismo; pero no era cierto, nunca había sido cierto.

—Dije que hacemos nuestra propia suerte; lo hacemos al aprovechar cada momento de felicidad que podamos cada día. Yo nunca he dejado de quererte. Y creo que estábamos hechos el uno para el otro. Si lo que tenemos termina esta noche, me dolerá. ¿Cuál es la diferencia entre sufrir ahora y sufrir más tarde?

—Rett…

—No. No contestes. Demuéstramelo. Te quiero. Espero que tú me quieras lo suficiente para luchar por nosotros.

La besó dos veces más y después salió por la puerta. Skye se mordió el labio y miró el anillo colocado sobre la repisa de la ventana; un anillo hecho sólo para ella.

El día de Nochebuena amaneció despejado y sin previsiones de lluvia ni nieve. La casa de la abuela se convirtió en el cuartel general de la novia mientras que los hombres se juntaron en casa de Cole. Dado que su única tarea era vestirse y estar en la iglesia a tiempo, los hombres estaban envolviendo y montando los regalos. Lo que significaba que los niños se habían quedado con las mujeres.

A Skye eso le parecía bien; de lo contrario, no habría tenido ni

un minuto de descanso. Por un lado le encantaba toda la parafernalia de ser la novia, pero por otro seguía dándole vueltas a la cuestión de si caminaría hacia el altar o no.

Después de que Rett se marchara la noche anterior, había entrado en un agujero negro de desesperación.

Ella era la tonta.

Se engañaba a sí misma pensando que podría controlar sus emociones. En eso parecía que Rett la conocía mejor de lo que se conocía ella a sí misma. No era una amistad lo que sentía por él.

Lo amaba con todo su corazón.

Pero al igual que una niña asustada, no veía lo que no quería ver. Reconocer sus sentimientos significaría tener que actuar en base a ellos. Luchar o huir.

Su primer instinto fue huir. Lo único que deseaba era salir corriendo, proteger el mundo aislado que había creado para sí misma.

Había sacado su maleta y había guardado todas sus pertenencias, dispuesta a huir igual que había huido quince años atrás. Fue el espacio vacío el que la detuvo. Espacio que habían ocupado las cosas de Ryann en el camino de ida.

Se quedó mirando la maleta medio llena y se dio cuenta de lo que sería su vida si daba rienda suelta a su fobia; sería una existencia a medio llenar.

Finalmente no había huido, pero tampoco había deshecho la maleta.

Ahora estaba sola en su habitación, contemplando su reflejo en el espejo. Tras ella la casa estaba en silencio. Todos salvo la abuela y ella se habían ido ya a la iglesia.

Le habían concedido ese momento para tranquilizarse y prepararse para la ceremonia. Un momento que necesitaba. Había estado en piloto automático casi todo el día, mientras su mente luchaba contra lo que su corazón deseaba.

A no ser que lo arriesgara todo, lo perdería todo.

Sabía que le permitiría ver a Ryann, mantener los derechos de la custodio. Pero serían como unos padres divorciados que se la intercambiaban cada fin de semana. Se mostrarían cordiales el uno con el otro cuando se vieran en las ocasiones especiales.

Pero eso era seguro, ¿no? Era lo que deseaba, ¿verdad? Cansada

de aquella batalla constante en su mente, tomó aliento, decidida a desconectar. Se fijó en el espejo y contempló su reflejo.

Estaba guapísima.

El vestido con cuello de caja sin mangas era de un bonito tono marfil, entallado en el corpiño, que se abría en una falda con un fajín burdeos atado a la espalda con un lazo. Una cascada de rosas marfil en miniatura, entrelazadas con perlas y encaje le recogían el pelo a la izquierda.

Realmente se sentía como una princesa.

De pronto sólo deseaba ver la cara de Rett mientras caminaba hacia él por el pasillo de la iglesia. Y se dio cuenta de que ésa era su respuesta. La vida era mejor con Rett en ella.

Llamaron a la puerta y entró la abuela, elegante con un traje rosa y un sombrero burdeos que combinaba con el vestido de Savannah y el fajín de Skye. Se detuvo y juntó las manos.

—Oh, querida, estás radiante.

—Gracias —respondió Skye.

—Rett es un hombre muy afortunado —la abuela se fijó entonces en la maleta colocada en el rincón—. Es afortunado, ¿verdad?

Skye agachó la cabeza. Obviamente Rett había advertido a su abuela de que podía huir. Y ella no había dicho nada en todo el día. ¿O acaso habían estado todos hablando y especulando a sus espaldas?

La inseguridad debió de notársele en la cara, porque la abuela dio un paso al frente y le estrechó las manos.

—No, mi querida Skye. Rett habló sólo conmigo y he respetado tu privacidad. Somos una familia unida, pero todos sabemos guardar un secreto. Descubrirás que a veces puede ser muy enervante.

Skye la abrazó.

—Yo soy la afortunada por casarme con mi mejor amigo, un hombre que comprende mis inseguridades y me quiere igualmente —las lágrimas se acumularon en sus ojos e intentó no parpadear para no echar a perder el maquillaje—. Lo quiero mucho.

—Lo sé, querida —la abuela le entregó un pañuelo de papel de la caja que había sobre la cómoda—. Nunca me cupo la menor duda. Ahora no llores, o los ojos te harán juego con el fajín.

Skye se rió y se secó los ojos.

—No podemos permitirlo.

—¿Nos vamos? Alex está esperando para llevarnos a la iglesia.

El corazón le dio un vuelco con entusiasmo y anticipación.

—Estoy preparada.

La gente del pueblo llenaba la iglesia. Los buenos deseos de la congregación conmovieron a Skye. Durante la misa, la abuela, Alex, su familia y ella habían estado sentados en la parte de atrás, mientras que el resto de la familia estaba delante con Rett.

Con no más de veinte bancos, la iglesia compensaba su falta de espacio con su presencia. Cole había llevado de su vivero flores de Pascua, coronas de pino y rosas que inundaban con los olores navideños toda la iglesia.

Las columnas majestuosas, tres a cada lado, se acercaban hacia el altar y creaban alcobas huecas llenas de mesas con velas y estatuas. La luz de las velas realzaba la iluminación tenue y captaba el brillo de las vidrieras, que reflejaban el color de las joyas, lo que le recordó a Rett.

Qué apropiado que su boda tuviera lugar rodeada de joyas resplandecientes.

Desde donde ella estaba, junto al vestíbulo, vio a Rett, alto, orgulloso y muy guapo en el primer banco, junto al padre Paul.

Su amor por Rett era tan grande que dejaba a un lado todas sus dudas. Le había dicho que era fuerte, y aquel día se lo creía. Y disfrutaría de cada minuto que pasara con él, sin importar que fueran muchos o pocos, sin arrepentirse en el futuro.

Porque merecía la pena.

Cuando terminó la misa, nadie abandonó su asiento, salvo los Sullivan involucrados en la boda, y esos asientos fueron ocupados con rapidez. El organista comenzó a tocar entonces la marcha nupcial.

—Ha llegado el momento —Savannah le entregó el ramo de rosas a Skye—. Lo has logrado. La iglesia está espectacular, tú estás preciosa y ese hombre te ama. Feliz Navidad.

Tras un abrazo rápido, Savannah se dio la vuelta y comenzó la procesión por la iglesia.

Junto a Skye, la abuela le ofreció el brazo.

—¿Preparada?

—De pronto estoy impaciente —contestó Skye con una sonrisa —. Quiero correr ahí arriba y reclamar a mi hombre.

—Oh, querida, prefiero que caminemos.

—Entonces adelante.

En cuanto abandonó la puerta y vio la mirada de Rett al otro lado de la iglesia, Skye ya no se fijó en nada más, sólo en él. Sus ojos azules brillaban con deseo y amor. Sintió un calor intenso cuando su cuerpo respondió a su llamada de devoción.

Y de pronto estaba allí, y Rett le estrechó la mano y la acercó a él delante del cura.

—Has venido —dijo él.

—Yo tampoco he dejado de quererte nunca —contestó ella.

La música se detuvo y el padre Paul dio un paso al frente.

—Estamos aquí reunidos…

—Lo siento, padre —dijo Rett—. Antes hay algo que debo hacer.

Antes de que Skye pudiera preguntarse qué tramaba, Rett la dobló hacia atrás sobre su brazo y la besó para decirle sin palabras lo mucho que se alegraba de verla.

Toda la congregación aplaudió. Savannah se rió, Rick silbó, el padre murmuró.

Lentamente Rett volvió a incorporarla.

—Eso sí que ha sido romántico —dijo ella.

—Pues esto acaba de empezar —Rett dio un paso atrás y, sin dejar de mirarla, asintió para que el cura continuase.

El padre Paul se aclaró la garganta.

—Queridos hermanos, estamos aquí reunidos para unir en santo matrimonio a Skye Miller y a Rett Sullivan.

Fin